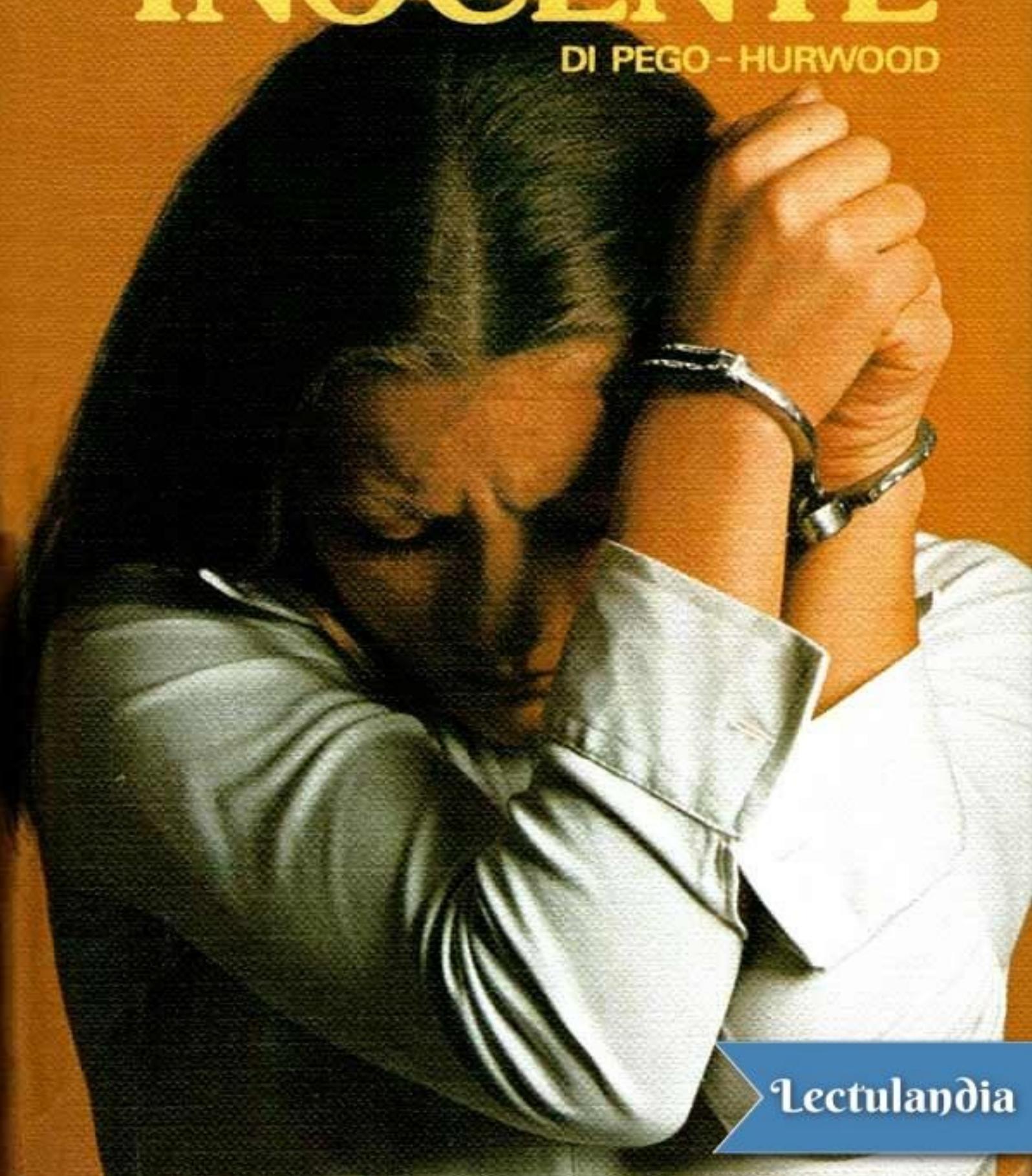


# NACIDA INOCENTE

DI PEGO - HURWOOD



Lectulandia

Christine Parker es una niña de catorce años víctima de un hogar desestructurado. Un día Chris decide escaparse de casa. No es la primera vez, ya que su vida en casa de sus padres se le hace insoportable y sueña con ir a vivir con su hermano mayor Tom. Debido a sus reiteradas fugas, esta vez sus padres deciden que lo mejor es internarla en un reformatorio. Entonces comienza un auténtico infierno para Chris.

Entra en el reformatorio como una niña, inocente y sensible. Pero las humillaciones y el sufrimiento que allí sufre la transformará completamente. Le robarán la inocencia y la libertad...

**Lectulandia**

Gerald Di Pego - Bernhardt J. Hurwood

# **Nacida inocente**

**Nacida inocente 1**

ePub r1.0  
sentinel 03.06.14

Título original: *Born innocent*  
Gerald Di Pego - Bernhardt J. Hurwood, 1975  
Traducción: J. A. Bravo

Editor digital: sentinel  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

Es una pesadilla, se dijo Chris Parker una y otra vez. ¡Dios mío, que no sea más que una pesadilla! De un momento a otro voy a despertarme, y papá y mamá estarán otra vez peleándose a gritos en la habitación de al lado. Me taparé la cabeza con las mantas y fingiré que no me entero. Como siempre. Pero estaré en casa y en mi cama, y sabré que no es verdad esto que está pasando..., no es verdad..., no es a mí...

Formulaba estos ruegos sin palabras, intentando desesperadamente ver las cosas como ella quería, como hacía siempre que le daba una pesadilla. Pero esta vez no le salió bien. El duro contacto de las esposas que la unían al guardia, cuyo rostro parecía el de un espantajo de feria, era demasiado real. Las esposas le hacían daño, y en sus pesadillas nunca se hacía daño. Siempre soñaba con sombras oscuras que se movían, o le parecía caer a través del vacío, o se veía corriendo a lo largo de unos raíles, perseguida por el tren, y los pies iban haciéndosele de plomo hasta no poder continuar. Otras veces le ardían los ojos y no podía mantenerlos abiertos por más que lo intentase. Pero nunca soñó nada que le hiciera verdadero daño.

Cerró los ojos esperando a que el dolor desapareciera, mas cuando volvió a abrirlos, las cosas seguían igual. Un airecillo cálido le acariciaba las mejillas, pero ella se echó a temblar. Su corazón latía con fuerza y sintió crecer la náusea en la boca del estómago. Era lo que notaba siempre que tenía que escapar. Pero ahora no había ningún sitio a donde ir, ni modo alguno de soltarse. Se sintió como un ser diminuto e indefenso atrapado por una fuerza tremenda y fatal. Un ratón con su pata cogida en una trampa, una rana en manos de un muchacho que desconociera su propia fuerza, un forastero extraviado y agotado en los tiempos del viejo Oeste, cayendo accidentalmente en manos de una multitud enfurecida que lo arrastraba hacia la horca.

De súbito, el cerebro de Chris regresó a la realidad, y sus últimos jirones de esperanza en cuanto a estar soñando se desvanecieron, se evaporaron como el humo que hacía brotar la plancha de su madre. Cuando se cerró a sus espaldas, de un portazo, la entrada de la comisaría, dejó de notar el perfumado ambiente de la noche y se vio sumergida en una pesadilla real mucho más terrorífica de lo que nunca imaginó. Unos fluorescentes alumbraban con sus fríos rayos las paredes, pintadas de verde como en un hospital, a cuyo reflejo todos parecían malhumorados o enfermos.

Las botas del policía resonaron sobre las frías losas al recorrer el siniestro corredor. Un olor desagradable invadió el olfato de Chris; era una mezcla de desinfectante, humo rancio de cigarrillos, transpiración de sobacos y de pies sucios. Se estremeció otra vez cuando el guardia la hizo pasar por otra puerta, a una habitación donde siete personas más aguardaban en pie, con aire despistado y nervioso, delante de un pupitre. Detrás del mismo, sin gorra y con aspecto de necesitar un afeitado, un

sargento apuntaba algo. Alzó la mirada con expresión de indiferencia cuando Chris fue introducida y situada a la derecha de los demás.

—¿Los ficho a todos? —preguntó el sargento.

—A ésta no —replicó el polizante que había traído a Chris, indicándola con el mismo gesto de la cabeza que un carnicero emplearía para señalar un costillar de ternera a un cliente.

—Ni a esas dos —intervino un funcionario que estaba al lado del sargento—. Llévatelas.

Apuntó con el pulgar a una mujer de mediana edad y mirada vidriosa, y a otra que debía andar por la treintena. Chris la miró y se preguntó qué habría hecho. Llevaba el pelo revuelto; su rostro era una máscara de rabia reprimida, y tenía los dedos índice y medio con manchas pardas de nicotina. Tal vez era una... aunque nadie pudiese adivinar sus pensamientos, le costaba formar la palabra en su mente, hasta que por fin se abrió paso hasta su conciencia como un súbito eructo en un lugar público, produciéndole idéntica sensación de vergüenza... una puta.

—Vamos —dijo el polizante con una seña, tirando de Chris. No tuvo más remedio que seguirlo, con las otras dos mujeres cerrando la procesión, por otro corredor igualmente sórdido y frío, de cuyas paredes se desprendían tiras de sucia pintura verde como consecuencia de alguna antigua gotera. Alguna que otra bombilla eléctrica colgaba desnuda del techo.

Nadie habló mientras el guardia hacía pasar a Chris y a las dos mujeres adultas por una puerta situada al final del corredor, y que daba a otro pasillo tan desapacible como el anterior. Chris recordó todas esas películas de la televisión en que aparecen los presos conducidos a la celda de los condenados a muerte, y se estremeció una vez más, involuntariamente. Sus pensamientos fueron brutalmente interrumpidos por un tirón en su muñeca, y cuando levantó la mirada vio que el policía se había detenido frente a una puerta.

—Aquí es —dijo—. Tendremos que esperar el ascensor.

Apretó un botón y nadie dijo nada, mientras el gemido distante de un motor eléctrico anunciaba la lenta llegada del ascensor, que se le representó imaginariamente a Chris como una jaula colgada de un cable.

La puerta se abrió y el policía hizo entrar a las tres mujeres. Luego, sacándose un llavero del cinturón, abrió la anilla de las esposas de Chris que había cerrado en torno a su propia muñeca, y con un gesto brusco la fijó en una argolla de hierro que estaba en la pared del fondo del ascensor.

¿Por qué hacen todo esto conmigo?, se preguntó Chris reteniendo las lágrimas y lanzando disimuladamente ojeadas a los rostros de las dos mujeres, cuya expresión forzada no lograba ocultar del todo el odio que ardía en su interior. El ininterrumpido viaje del ascensor pareció durar siglos. Nadie habló mientras el guardia se hurgaba

distraídamente la nariz, y la más joven de las dos presas, que estaba cerca de Chris, eructó esparciendo relentes agrídulces de alcohol, ajo y muelas estropeadas. Chris apartó el rostro sin querer, y la furcia enseñó los dientes en una sonrisa sardónica.

—¿Qué pasa contigo, pequeña? —silbó—. ¿Tienes remilgos, o algo así?

—Cierra el pico, muñeca —cortó el policía.

—¡No me llames muñeca, cerdo! —replicó la otra. El ascensor se detuvo con un sobresalto y Chris formuló una silenciosa plegaría de agradecimiento, temiendo que la discusión hubiera degenerado en algún acto terrible de violencia vengativa por parte del policía, como solía ocurrir en las películas que había visto.

Lo primero que vio Chris al abrirse la puerta del ascensor fue una matrona de rostro pétreo, en uniforme y con un revólver de cañón corto al cinto.

—Ahí queda eso, Molly —dijo el guardia, quitándole las esposas a Chris, que a ella ya le parecían formar parte de su cuerpo. Se frotó la muñeca, dolorida por los tirones, y miró a su alrededor sin saber a dónde dirigirse.

—Vamos, vamos, que no tenemos todo el día —dijo la matrona—. Media vuelta a la izquierda, y ¡andando!

Las dos mujeres mayores se pusieron en marcha con aire de familiaridad, como si ya hubieran recorrido muchas veces aquel mismo camino. En cambio, Chris se detuvo un segundo antes de seguirlas por otro corredor no muy diferente del primero que había encontrado al entrar en el local de la comisaría. Cuando llegaron al extremo opuesto, las cuatro mujeres se detuvieron ante una gran puerta con remaches de acero, y aguardaron hasta que la misma se abrió con estrépito.

—Entrad —ordenó la matrona, y cruzaron el umbral para detenerse de nuevo cuando la puerta de acero se cerró a sus espaldas, con un estampido tremendamente definitivo. Chris apenas daba crédito a sus ojos. Estaba ante lo que pareció ser un presidio de máxima seguridad, pero que no era, de hecho, sino la mísera cárcel del condado. A pocos pasos había una puerta corredera de acero idéntica a la que acababan de franquear. También ésta se abrió con ensordecedor rechinamiento metálico, pero por alguna razón el estampido que hizo al cerrarse fue tan inesperado para Chris que la hizo encogerse como golpeada por una fuerza invisible.

—Bien. Pasad adentro —dijo la matrona, y cuando Chris siguió a las otras dos mujeres se dio cuenta de que las habían encerrado en una celda grande con ventanas enrejadas, muros de piedra cubiertos de garabatos y una serie de literas poco acogedoras. Sentada en el suelo en el rincón del fondo de la celda, una mujerona borracha apoyaba la espalda contra la pared, murmurando incoherencias. Más cerca, una mujer de unos treinta años, de mirada dura y aspecto de carnicera, paseaba sin cesar arriba y abajo, tocando los muros con las manos; de vez en cuando se detenía para rascar el cemento mientras lanzaba miradas furiosas, para luego reanudar sus paseos. Las demás permanecían sentadas con aire apático, muchas en diversos grados

de embriaguez, y otras tumbadas en las literas mirando al techo o fijando sus ojos vidriosos en el vacío. Nerviosa, Chris se refugió en un rincón y entonces se fijó en una mujer alta y delgada que se apoyaba de espaldas contra la pared del fondo de la celda. Había manchas de sangre seca en sus ropas, y en la mejilla izquierda tenía un feo hematoma azulado que transformaba todo el rostro en una caricatura grotesca.

Chris se estremeció, sin comprender todavía cómo había ido a parar allí. Era una mujer-niña bajita y un poco regordeta, de cabello castaño y lacio que le llegaba hasta los hombros, y ojos grandes color avellana, de expresión asustada. Llevaba unos tejanos azules algo desteñidos y excesivamente estrechos, con la camisa arrugada colgándole por fuera. En cualquier otro lugar, en el patio de una escuela, en un quiosco de bocadillos o en la calle, se habría confundido con el ambiente hasta el punto de pasar inadvertida. Allí, por el contrario, en medio de aquel abigarrado grupo de vagabundas, borrachas y delincuentes habituales, destacaba como un capullo de rosa arrojado a un basurero.

Aunque muy pocas de sus compañeras de celda habían hecho caso de ella al entrar, Chris experimentó la horrible sensación de ser investigada, escrutada como una oveja en el matadero. Se acurrucó aún más en su rincón, y de súbito algún sexto sentido la hizo reparar en una mujer que estaba contemplándola con gesto de avidez. Las miradas de ambas se encontraron y la mujer se relamió los labios con gesto obsceno. Chris sintió como un cosquilleo en todo su cuerpo. Tembló, cruzó los brazos sobre el pecho y se cogió los hombros con las manos. La mujer hizo ademán de acercarse y Chris se halló con las espaldas pegadas a la pared, mientras su corazón latía con fuerza y su respiración se hacía entrecortada, silbando en precipitados jadeos. Pero entonces la mujer pasó de largo, limitándose a lanzarle una rápida mirada despreciativa, y ya no hizo más caso de ella.

Chris se dejó caer al suelo poco a poco. Rodeó sus rodillas con los brazos y apoyó la cabeza en aquéllas. Mientras miraba al vacío rogaba desesperadamente que nadie volviera a acercársele y que alguien, no sabía quién ni cómo, viniera para sacarla de allí. Al fin y al cabo, pensó, ¿qué he hecho yo? No he cometido ningún delito. Escaparme de casa, eso fue todo. ¡Vaya cosa!, Y, de todos modos, ¿qué daño iba a hacer yo? No he molestado a nadie, ni infringido ninguna ley.

Se sentía terriblemente fatigada y al mismo tiempo perseguida por desconocidos temores de lo que podría ocurrir si se quedaba dormida. Hizo un esfuerzo por vencer el sueño que se apoderaba de ella, pero finalmente se dio por vencida y cayó en un sopor intranquilo.

## 2

Chris despertó de súbito, alzó la mirada y vio que el sol entraba por entre los barrotes de la ventana. Le dolía todo el cuerpo y tenía un pie dormido, por haber estado toda la noche en posición forzada. El ruido del agua en un lavabo la despabiló por completo, y se puso en pie preguntándose si por fin vendrían a llevársela. Notó que su estómago vacío protestaba, pero no sentía hambre.

—Christine Parker —exclamó una voz al otro lado de la puerta de la celda.

Un relámpago de alivio cruzó su mente. Chris corrió a la puerta. ¡Mis padres! ¡Han venido a recogerme! Gracias a Dios, pensó.

—¡Estoy aquí! —gritó—. Estoy aquí. ¿Puedo irme ahora?

Era otra matrona la que aguardaba fuera de la celda. Pero, en vez de contestar, rebuscó en un gran llavero que llevaba al cinto y, después de descorrer el cerrojo, abrió la puerta de par en par.

—Vamos, acompáñame —dijo la mujer, sin dar más explicaciones y sin que el tono de su voz dejase traslucir nada, ni amenazas ni promesas. Al seguir a la mujer con paso rápido, Chris apenas prestó atención al abrir y cerrar de las distintas puertas metálicas.

—¿Van a enviarme a casa? —preguntó débilmente Chris, con voz plañidera.

—Calla y sígueme —dijo la matrona sin volverse y andando con rapidez hacia la puerta del ascensor. Y en ese momento el corazón de Chris dio un vuelco, porque al lado de la puerta estaba otro policía, con otro par de esposas en las manos.

—Muy bien, nena —dijo con indiferencia—. A ver las manos.

Ella sintió una opresión en el pecho y preguntó débilmente:

—¿Por qué? ¿Qué quiere hacer? ¿A dónde vamos?

—Vamos, niña, que no tenemos todo el día. A ver las manos.

Con mucha experiencia le rodeó las muñecas con las esposas y las cerró; luego se volvió hacia la matrona:

—Conforme —le dijo—. Vamos a sacarla de aquí.

Y luego, dirigiéndose a Chris:

—Vamos, niña. Andando.

La empujó suavemente y entraron en el ascensor. El guardia apretó un botón y la puerta se cerró.

—¿A dónde me lleva? —preguntó Chris.

—Tranquila, que nadie va a hacerte daño —contestó él—. Tú límitate a acompañarme.

—Pero ¿a dónde vamos?

—Ya lo verás. No te pongas nerviosa.

La puerta del ascensor se abrió al llegar a la planta principal, y el policía la sacó

al consabido pasillo por donde ella había pasado la noche anterior.

—¿Ha venido mi padre a buscarme? —preguntó.

—Mira, niña —replicó él con un principio de impaciencia en la voz—, no hagas preguntas y acompáñame. Como dije antes, no tenemos todo el día.

Cruzaron el corredor, varias puertas y otro corredor, hasta llegar a un pequeño vestíbulo con una salida que daba a la calle.

—¿Ha venido mi padre? —repetía Chris con ansiedad—. ¿Está aquí?

—No ha venido nadie —exclamó el guardia con brusquedad, evidenciando ya su impaciencia—. Vamos. Ya te he dicho dos veces que no tenemos todo el día.

El guardia abrió la puerta que daba al exterior. Al sentir el calor del sol y la caricia del aire fresco, Chris experimentó una ligera esperanza pese a todas sus dudas. Había varios coches de patrulla estacionados junto al edificio, y el guardia hizo que le siguiera hasta uno de ellos. Cuando estaban a medio camino entre el edificio y el automóvil, se abrió la puerta de la comisaría y salió un policía dando voces para que se detuvieran.

—¡Eh! ¡Espera un momento...!

El guardia que conducía a Chris se detuvo de súbito, casi haciéndola tropezar.

El policía de la puerta exclamó

—¿Por qué no la dejas para la tarde? Hemos de trasladar a otras dos.

—Ni hablar —dijo el primero—. Es mi tarde libre. Me la llevo ahora.

Se volvió a Chris y prosiguió:

—Vamos. Por aquí.

Se encaminó con rapidez hacia uno de los coches patrulla, casi arrastrando a la muchacha. Abrió la puerta posterior y la hizo entrar. Con torpeza, casi cayéndose al no poder servirse de sus manos esposadas, Chris ocupó su asiento. Luego él dio la vuelta y se puso al volante. Giró la llave de contacto y el motor se puso en marcha con un rugido.

Chris supo intuitivamente que no la llevaban a casa. ¿A dónde, entonces? ¿Por qué no le quitaba las esposas? Las preguntas se agolparon en su cerebro hasta que se sintió mareada. Recordó que en la clase de educación cívica le habían enseñado que todo el mundo tiene unos derechos, incluso los menores de edad. Lo único que ella había hecho fue escapar de su casa. ¿Acaso era un crimen? No había sido la primera vez, pero ella siempre regresaba. Y ahora la detenían y la esposaban, y la encerraban en aquella prisión horrible con toda esa gente tan espantosa. Y luego... ¿a dónde se la llevaban? ¿Qué pretendían hacer con ella? Reprimió un sollozo. De súbito, notó que el coche se había desviado y enfilaba un sendero de grava que conducía a un edificio bajo y alargado. Lo rodeaba un jardín vallado que alguna vez fue verde, pero que ahora estaba agostado y seco. Un lugar que probablemente estaría lleno de lagartos y escorpiones. El policía detuvo el coche, se bajó y abrió la puerta posterior para que

Chris pudiese apearce.

—Entra por ahí —dijo, señalando la puerta principal del edificio. En algún tiempo debió estar pintada de gris, pero ahora la pintura se veía ampollada, rajada y envejecida. Deteniéndose frente a los escalones, el policía apretó un botón y pudo oírse un timbre lejano. Al cabo de uno o dos segundos, hizo eco a la llamada el zumbido del portero automático describiendo el cierre de la puerta. El policía la empujó y Chris le siguió al interior. Mientras él cerraba la puerta, la muchacha miró a su alrededor. Luego, después de una breve vacilación, le siguió hasta un mostrador que estaba al fondo del vestíbulo. Allí aguardaba un hombre de unos treinta años, de aspecto simpático, que vestía una camisa deportiva, y alargó la mano para hacerse cargo de los papeles que le entregaba el agente.

—Un transporte de la cárcel del condado para la protección de menores, señor Everson —dijo el policía. El hombre llamado Everson tomó la documentación de manos de aquél y paseó por ella una superficial ojeada.

—¡Hum! —exclamó—. Edad, catorce años. ¿Se puede saber por qué la han tenido en el calabozo toda la noche?

El policía se encogió de hombros.

—¡Bah!... Era muy tarde ya cuando la recogimos.

—Aquí estamos de guardia día y noche, Jim. Ya lo sabes.

El policía bajó la mirada nervioso, y se contempló los pies mientras murmuraba, como si hablase para sí mismo:

—Mira..., yo qué sé.

Everson no disimulaba su contrariedad.

—Vamos, Jim, quítale las esposas. Esto no es una cárcel, ¿qué te has creído?

—Vale, vale —dijo el policía manoseando sus llaves. A toda prisa liberó las muñecas de Chris y se metió las esposas en el cinturón.

Mientras se frotaba las manos, aliviada y agradecida por verse libre de aquella restricción, Chris se fijó en una mujer morena y bastante atractiva que había ido a reunirse con Everson detrás del mostrador.

Everson aún estaba repasando la documentación. Alzó la mirada y dijo:

—Christine, te presento a mi ayudante, María Sánchez.

—¿Quién es? —preguntó la mujer, sin demasiada curiosidad.

—Es una fugitiva —explicó el guardia, y Everson añadió:

—Se llama Christine Parker.

—¿Hay que darle de alta? —preguntó María, comprendiendo que el guardia ya no tenía jurisdicción sobre la muchacha. Chris miró a Everson y luego a María, nerviosa.

—¿Puedo telefonar a mis padres? —inquirió con voz dócil.

—Sus padres han solicitado un mandamiento judicial esta vez —intervino el policía en tono profesional.

—¿Cómo? —preguntó María.

Everson emitió un suspiro; parecía algo incómodo:

—Quieren ponerla bajo tutela —dijo.

—Aquí ya no me necesitáis para nada —dijo el policía—. Me largo. Que lo paséis bien.

Se encaminó hacia la puerta sin volverse para mirar a Christine. Everson pulsó el mando del portero automático para dejarle salir, y Chris se quedó mirando, como aturdida. Luego se volvió hacia María y Everson.

María dijo:

—Acompáñame, Christine.

Había una puerta giratoria detrás del mostrador. Chris la cruzó sobre los pasos de María y luego se detuvo confusa. Sentía un peso en el pecho y le pareció como si las palabras le salieran con gran dificultad, pero era necesario.

—Por favor —aventuró—, ¿puedo telefonar a mis padres?

María no respondió, y los ojos de Chris se volvieron automáticamente hacia Everson, quien dijo:

—Yo podría llamar a tus padres si fuese para entregarte a su custodia, pero ahora estás bajo la tutela del tribunal, y hasta que ellos...

—Pero ellos no lo saben —le interrumpió Chris.

—Sí lo saben —dijo Everson sin rodeos—. Están al corriente de todo. Ellos han decidido traspasar la potestad al tribunal. Conque vamos ya.

—Tendrás que darme tu cinturón —dijo María, alargando la mano.

Chris dudó, no entendiendo al principio lo que le pedían, pero María continuaba con la mano firmemente tendida. ¿Para qué necesitarán mi cinturón?, se preguntó, pero dándose cuenta de que no tenía sentido resistirse, empezó a desabrochar la hebilla y a pasar el cinturón por las presillas de los tejanos. Luego se lo entregó a María, quien lo recogió con la rutinaria tranquilidad de un tendero aceptando diez centavos en pago de un paquete de goma de mascar.

—Muy bien, Chris, —dijo María—. Sígueme ahora.

Se volvió para abrir una puerta que daba a un largo corredor, y a Chris le pareció revivir los horrores y la pesadilla de la noche anterior en los locales de la comisaría. Era una galería larga, estéril y blanca. Había celdas a ambos lados y cada puerta tenía una mirilla a la altura de los ojos. Detrás de algunas se veían rostros mirando afuera mientras pasaban María y Chris. Aquello inquietaba a Chris y le daba miedo. ¿Quiénes eran? ¿Por qué las tenían allí? Se oían voces ahogadas en el interior de las celdas, pero era imposible distinguir más que eso: murmullos, susurros y palabras entrecortadas. Mientras caminaba detrás de María por el corredor, fue mirando, como hipnotizada, de mirilla en mirilla, según iba pasando delante de las puertas. Tras una de ellas, una muchacha apretó los labios contra la tela metálica y le lanzó un beso.

Chris se apartó de un salto. Otra susurró:

—¿Cómo te llamas, pequeña?

Chris alzó la mirada y distinguió un par de ojos grandes y fosforescentes que la contemplaban fijamente.

—¿Cómo te llamas? —repitió la desconocida. Chris dudó un instante; no quería mirarla, e ignoraba si le convenía responder. Temiendo instintivamente las consecuencias, pasó de largo y alcanzó a María, que se había detenido frente a la última celda, al extremo del corredor.

—Hemos llegado.

María descorrió el cerrojo de la puerta y, con un gesto de la cabeza, indicó a Chris que entrase; luego cerró otra vez con llave. Aturdida por las fuertes palpitaciones de su pulso, Chris se apoyó tímidamente en la pared, recorriendo con la mirada los rostros de las demás ocupantes de la celda. Eran diez chicas cuyas edades variarían quizás entre los dieciséis y los dieciocho años. Había algunas negras y un par de origen chicano. Chris no se atrevió a mirar de frente a ninguna, mientras todas fijaban su atención en ella.

Una de las muchachas se acercó a la puerta y dijo:

—¡María! ¿No quedamos en que me tocaba salir hoy?

—Mañana —replicó María en tono de fastidio, como si aquello fuese una rutina diaria.

Otra se acercó y, con un gesto del pulgar en dirección a Chris, preguntó:

—¿Quién es ésa?

María no hizo caso y la segunda muchacha se volvió hacia Chris:

—Hay una litera libre —dijo, señalándola al otro lado de la celda.

La que había preguntado acerca de su salida se aferró con rabia a la tela metálica y gritó para que María la oyese:

—¡Ayer también decías que mañana, y mañana es hoy!

Casi enferma de miedo y confusión, Chris decidió desentenderse de lo que estaba ocurriendo y se encaminó directamente a su litera para sentarse en ella sin mirar a nadie. Se quedó contemplándose los zapatos, con las manos cruzadas sobre el regazo, mientras María replicaba a la reclamante:

—Voy a comprobarlo.

—Menudo rollo —murmuró la otra con sarcasmo, mientras el rostro de María desaparecía de la mirilla. Chris se sintió sola y abandonada. Levantó un poco la cabeza y trató de espiar a sus compañeras sin llamar la atención. Una larguirucha que estaba tumbada en una litera atravesada en medio de la celda se quedó mirando a Chris con no disimulada hostilidad. Chris apartó la mirada en seguida y vio que se le acercaba una joven negra, muy atractiva, de unos quince años. Con una sonrisa, la joven tomó asiento en la litera vecina y dijo:

—Hola. Soy Josie.

—Vaya rollo —dijo otra. Alguien profirió una carcajada, pero Josie no hizo caso. Chris estaba tan nerviosa que temblaba y no pudo evitar que se notase en su voz:

—Me llamo Chris.

Observó que Josie llevaba una correa de cuero en una muñeca. Durante unos momentos, Josie pareció haber olvidado la presencia de Chris; empezó a tocarse la correa, mientras miraba fijamente una serie de cicatrices que tenía en el brazo. Luego alzó la mirada y le dijo a Chris:

—¿Ya te ha visto el tribunal?

—No.

—¿Es la primera vez? —inquirió Josie.

Chris asintió con la cabeza, sin decir nada.

—¡Bah! Seguro que te toca el juez Millburn —dijo Josie con aire de entendida.

Ahora se les había reunido una chica de aspecto hombruno cuya sonrisa zalamera molestaba a Chris. Ésta rodeó los hombros de Chris con un brazo y dijo en tono sugerente:

—Tú lo que necesitas es un apretón.

—Piérdete —intervino Josie.

—Vete al infierno —escupió la recién llegada, apartándose.

Josie no le hizo caso. Preguntó:

—¿Qué has hecho tú, Chris?

—Escaparme de casa.

—¡Ah! Seguramente el juez Millburn te enviará al pesebre.

Se puso en pie, disponiéndose a alejarse. Chris estaba estupefacta. ¿Qué había querido decir Josie?

—Espera, Josie —dijo—. ¿Qué es el pesebre?

Josie sonrió:

—¡Bah! Es la Escuela-Reformatorio del Estado. Yo estuve allí —dijo, y fue casi como si lanzase una bravata.

—¿De veras? —se asombró Chris ante la indiferencia de Josie.

—Ya lo creo —dijo ésta—. Y mañana me toca volver. Me la he cargado con todo el equipo. Y ni siquiera fue culpa mía. El imbécil con el que salía se dio la castaña con el coche, y todas las latas vacías de cerveza salieron disparadas por la ventanilla, a cientos.

Meneó la cabeza, con una sonrisa. Algunas oyentes, entendiendo la comicidad de la situación, se echaron a reír.

La chica que pretendía salir al día siguiente se acercó para decir irónicamente:

—¡Seguro! Tú nunca tienes la culpa de nada.

—No era yo quien conducía. Un poco flipada sí que iba, a lo mejor.

—Cuéntaselo a tu abogado —dijo la otra.

Josie le lanzó una mirada de profundo fastidio:

—¿No sabes que nosotras no tenemos abogado, tonta?

—Te nombran uno, si te has dedicado a la carrera —replicó su interlocutora.

—La vieja de Josie sí que hace la carrera —intervino otra—. Y se gana muy bien la vida, ¿no es cierto?

El rostro de Josie se convirtió en una máscara de rabia:

—Muérete ya —escupió.

—¿Qué importancia tiene? —terció la primera—. ¿Aún no te enseñó el oficio tu vieja?

Josie alzó la mirada:

—Tenía miedo de que le hiciera la competencia —dijo, recobrando su buen humor. Algunas chicas rieron.

—¿Y qué? —la desafió la otra—. ¿Se la hacías?

Josie se quedó mirándola fijamente:

—¡Has acertado, muñeca!

Las demás celebraron la broma con más carcajadas. Chris contemplaba a Josie con incredulidad, no muy segura de entender lo que acababa de oír.

—Josie —dijo en voz baja, para que no pudieran oírla—. ¿Cómo se está en el pesebre?

—¡Eh! A ver si calláis vosotras dos —dijo una que estaba acostada en su litera. Chris la miró, sorprendida. La otra agregó—: Quiero dormir un poco, conque a ver si os calláis de una vez.

Chris se levantó y fue a sentarse en la litera de Josie. Quería saber más cosas acerca del pesebre. Necesitaba averiguar, pero Josie estaba otra vez distraída con su correa, por lo que Chris miró a su alrededor para ver si hallaba alguien dispuesto a contestar a su pregunta. Alguien bostezó. Parecían haber olvidado que ella estaba allí, tan absorbidas estaban cada una en sus propios pensamientos.

### 3

Había mucho movimiento en los pasillos del Tribunal de Menores. Se veía a padres iracundos, padres que lloraban, padres nerviosos, abogados aburridos, criaturas asustadas, tutores fatigados y, por encima de todo ello, un olor a cerrado, rancio y mohoso.

Un niño muy pálido y con los ojos muy abiertos le decía a su padre:

—No te preocupes, papá, no te preocupes.

El abogado que les acompañaba intervino:

—Se trata de dos demandas distintas. Dos demandas por hurtos en comercios — les recordó.

El padre, con los rasgos contraídos por la ira, se volvió hacia su hijo.

—Ahora escucha, y óyeme bien —dijo, agitando su índice frente al rostro del muchacho—. No quiero volver a pisar este lugar, ¿entiendes?

El chico le miró de frente y dijo en voz muy baja:

—Ni yo tampoco, papá. Ni yo tampoco.

—Bien, pues más vale que ésta sea la última vez —advirtió el padre.

Chris apartó su atención de ellos para fijarse en su compañera de banquillo. Ambas habían compartido la misma celda, la noche anterior. La muchacha ignoró a Chris para dirigirse a un chico que se sentaba a su izquierda, y le sonrió diciendo:

—¡Aaaay! Ese juez se va a morir cuando me vea otra vez aquí. ¡Seguro que se muere!

La puerta del Tribunal se abrió y salió una familia, con abundantes sollozos, y a continuación una mujer en uniforme de tutora, que llevaba una tablilla con papeles. La mujer se detuvo junto a la puerta, consultó su tablilla y luego llamó en voz alta:

—¡Christine Parker! ¡Christine Parker!

Chris se puso en pie, nerviosa, y miró a la funcionaria.

—Yo soy Christine Parker —dijo con voz tímida—. ¿Mis padres no han...?

—No, no han venido —la interrumpió la tutora—. Sígueme.

Temblorosa, aprensiva y casi enloquecida de miedo, Chris siguió la espalda uniformada al interior de una sala vacía. Allí estaba el juez, un hombre de cabello gris y toga negra que miraba sombríamente a Chris desde su estrado, al que ella se acercó, nerviosa. Nunca había estado en un tribunal, aunque había visto muchos en las películas de cine y en la televisión. Siempre creyó que la sala estaría llena de espectadores, pero en aquélla no había nadie salvo el juez, la tutora, un ujier y un escribano. De pie junto al banquillo, se sintió intimidada por la altura del estrado, y le costó levantar la mirada hasta el juez; le molestaba tener que echar la cabeza atrás para mirarle a la cara.

—Christine —dijo el juez, mirando una carpeta que tenía en las manos—, la otra

vez que te escapaste de casa se te abrió expediente. Aquí dice que estabas en libertad vigilada bajo la custodia de tus padres. Y ahora has vuelto a escaparte.

Bajó la mirada hacia ella, como si aquello constituyera una ofensa personal.

Chris vaciló un momento, y luego inquirió hablando con voz educada:

—Preferiría vivir en casa de mi hermano. ¿No puedo vivir con mi hermano?

El juez consultó el expediente y meneó la cabeza.

—Tus padres han firmado una declaración —continuó— diciendo que no desean responsabilizarse de tu custodia, y renunciando a su patria potestad. Por tanto, ahora estás bajo la protección de este Tribunal. —Chris apenas daba crédito a sus oídos. El juez seguía hablando como un disco viejo—: Actualmente no disponemos de hogares de adopción apropiados. Por consiguiente, y sintiéndolo mucho, no veo más solución que confiarte a la tutela de la Escuela-Reformatorio del Estado, hasta nueva disposición de este Tribunal.

Chris no podía creerlo... ¡no podía creerlo! Sus padres no iban a hacerle tal cosa. ¡Era imposible! Sin duda había algún error. Aquello no era verdad. El juez estaba mintiendo; estaba diciéndole todas esas cosas para asustarla. Quiso atraer su atención, pero él estaba completamente sumergido en sus papeles. Era como si ella hubiese dejado de existir. La tutora se le acercó y, con un movimiento de cabeza, le indicó la salida. Chris comprendió que no le quedaba más que obedecer.

El regreso a la residencia correccional no duró más de quince o veinte minutos. Chris había perdido la noción del tiempo. Un sinfín de pensamientos atormentaban su mente. ¿Cómo sería la Escuela? ¿Dónde estaba? ¿Sería como el correccional, o se trataría de otra cárcel? ¿Y lo de papá y mamá? ¿Cómo pudieron firmar aquellos papeles? ¿Cómo pudieron? No podía ser verdad. ¿Y lo de Tom? Ella le había dicho al juez que quería vivir en casa de su hermano. Ni siquiera contestó a eso. A lo mejor, ni siquiera lo oyó. Quizá sería posible regresar a la sala y decírselo y explicarle que su hermano Tom se haría cargo de ella. Si le quedaba algún lugar a donde ir, ese lugar era la casa de Tom. ¡Siempre habían estado tan unidos! Sólo allí podría ella ser verdaderamente feliz. ¡Dios mío, si pudiera estar allí! Estaba segura de que Tom, de un modo u otro, sabría arreglarlo todo. Quizás ella podría explicárselo a alguien y entonces le avisarían y él vendría para hacerse cargo de ella. Pero ahora Tom estaba casado. Tal vez no le fuese posible venir. No necesitaba venir; ella iría a donde él estuviese, con tal de que se lo dijeran. Alguien tendría que avisarle...

Chris estaba tan absorbida por sus pensamientos que apenas se dio cuenta de que habían vuelto a la residencia correccional. Una vez más se vio a sí misma en el vestíbulo, a donde la habían conducido al principio desde la cárcel del condado. Estaba quieta y, al levantar la mirada, reconoció al señor Everson sentado detrás de su mostrador y hablando en voz baja con un agente de uniforme. También estaba allí María Sánchez. Ésta se acercó a Chris con una sonrisa la tomó del brazo y ambas se

dirigieron al mostrador. Everson alzó la mirada:

—¿Estás preparada? —preguntó con expresión impasible. María se adelantó a responder:

—Sí, está todo preparado. —Luego, volviéndose hacia Chris, dijo—: Este agente es quien debe acompañarte a la Escuela. Estarás bien allí. Ahora, hasta la vista.

Everson abrió la puerta y Chris la cruzó para reunirse con el agente.

—Hasta la vista —respondió Chris automáticamente. Everson le hizo una señal, indicando algo que estaba a su espalda.

—Eso de ahí es tuyo —dijo.

Ella se volvió y entonces vio una vieja y estropeada maleta que habían dejado sobre un banquillo. Se acercó, mirándola con incredulidad. Era suya, en efecto; estaba cubierta de las etiquetas turísticas que ella solía coleccionar, etiquetas de todos los países del mundo —de la India, de Francia, de España— que le habría gustado visitar, y con los que a menudo soñaba. No podía dar crédito a sus ojos. Se quedó contemplándola un rato más, y luego se volvió para encararse con Everson:

—¿Quién la ha traído? —preguntó en tono plañidero. Él no respondió, fingiendo estar ocupado con los papeles de su mostrador.

—¿Dónde está Hank? —preguntó María. El oficial le lanzó una mirada y dijo:

—Ojalá estuviera aquí. Pero soy yo el que tiene que llevársela y no él.

Nada de esto tenía significado para Chris, por lo que siguió dirigiéndose a Everson:

—¿Quién ha traído esto? —repitió—. Por favor, dígame quién ha sido.

—Tu padre —dijo Everson, sin atreverse a mirarla a los ojos.

Chris no quiso creer lo que acababa de oír. Se quedó mirándole fijamente; luego parpadeó un par de veces y empezaron a formarse lágrimas en sus ojos. Entonces miró a María:

—¿Por qué no me dijeron que había venido? ¿Por qué? —lloró.

Everson agregó, siempre sin mirarla de frente:

—Pasó por aquí antes de dirigirse a su trabajo —explicó—. Me dijo que no podía esperar. No quería faltar al trabajo.

Chris se volvió de nuevo para mirar su maleta con incredulidad:

—¿Y no dijo nada más?

—No —respondió Everson.

Ella se acercó despacio a la maleta, la cogió por el asa, la levantó y se encaminó a la puerta. Allí aguardó en compañía del agente hasta que Everson accionó el portero automático. El agente abrió la puerta y ambos salieron.

Fuera había una furgoneta grande. Parecía, exactamente, el camión de la perrera municipal. Chris se estremeció al verla. Tenía en la parte posterior una puerta doble, con las ventanillas recubiertas de tela metálica. El agente abrió sin pronunciar palabra

e hizo entrar a Chris. Ella levantó su maleta, la dejó sobre la banqueta interior del vehículo y tomó asiento a su lado mientras el oficial cerraba la puerta con llave. Chris estaba aturdida. No soy para ellos más que un cachorro sin dueño, pensó; eso es lo que soy. Miró sin ver cómo el agente se ponía al volante y el furgón arrancaba, recorriendo el sendero de grava que daba a la carretera.

Mientras enfilaban el acceso a la carretera principal ganando velocidad, Chris miró por la ventanilla trasera, viendo discurrir el camino que dejaban atrás y el árido paisaje que los rodeaba. Y mientras permanecía así, con los ojos llenos de lágrimas, se sintió más abandonada, más sola de lo que nunca se había sentido en toda su vida.

Cuando la furgoneta se desvió de la carretera y emprendió un camino secundario, deteniéndose finalmente frente a una gran verja, Chris se volvió para mirar a través de la tela metálica que la separaba del conductor. Pudo ver la gran puerta de acero que se abría sobre ruedas accionadas por un dispositivo de mando a distancia. Aquí debe ser, pensó. ¡Dios mío! Y ahora, ¿qué? Pero al menos no parecía otra cárcel, por lo que elevó una silenciosa plegaria de gratitud a su ángel guardián, quienquiera que fuese, por aquel pequeñísimo favor. Una vez expedito el paso, la furgoneta entró avanzando poco a poco, y se pudo escuchar cómo la puerta rodaba otra vez para cerrarse, con un «clic» final. Luego siguieron por el camino de acceso hasta un edificio bajo, limpio y de aspecto moderno que, como pronto iba a saber, albergaba las oficinas de la Escuela-Reformatorio femenino.

Al llegar frente a la entrada, el oficial frenó bruscamente, cerró el contacto y se apeó. Una vez más, Chris notó aquella sensación de algo pesado y frío que le oprimía el pecho, y clavó los dedos en la tela metálica buscando algún apoyo, algo a que sujetarse, mientras miraba hacia fuera preguntándose qué iba a ser de ella ahora.

El oficial abrió la puerta trasera y dijo:

—Hemos llegado. Vamos.

Pero Chris no se movió. Se quedó allí, aferrada a la tela metálica, rehusando soltarse, como si la furgoneta fuese el único lugar capaz de proporcionarle algún refugio.

—Vamos, sal de ahí —dijo el oficial con impaciencia—. No tenemos todo el día.

En vez de mirarle, ella se sujetó con más fuerza y se puso a temblar. Él la miró al rostro y luego a las manos. Inclinandose y actuando con suavidad, la obligó a soltar la tela metálica.

—Anda, Chris. No puedes quedarte aquí todo el día —dijo.

Al notar aquel contacto, ella regresó a la realidad. Lentamente recogió su maleta, salió del vehículo y siguió a su guía hasta entrar en el vestíbulo del edificio administrativo.

—Ahora veremos a la señorita Porter —la informó el oficial—. Ella te explicará todo lo que debes saber. Voy a conducirte a su oficina.

Cynthia Porter era una mujer de unos treinta y cinco años, de porte acicalado y rostro serio. Tenía los cabellos oscuros, la sonrisa postiza y los ademanes resueltos. Sentada detrás de su escritorio, indicó a Chris una silla frente al mismo. Nerviosa, Chris tomó asiento al borde de la silla, muy erguida, mientras Cynthia Porter empezaba a hablar con la voz regular y bien timbrada de quien se ha aprendido un discurso de memoria y no hace sino repetirlo una y otra vez.

—Bienvenida a la Escuela, Chris —dijo, luciendo su sonrisa postiza—. Deseo

explicarte un poco cuáles son las reglas que rigen aquí, cómo funciona este lugar y, hasta cierto punto, qué puedes esperar de nosotras. Bien, aquí yo vengo a ser como una especie de mediadora. En mi calidad de directora adjunta, soy tu enlace con el Tribunal y con tus padres. A mí me corresponde contarle a la gente cómo se porta Chris. Y siempre me gusta darle a la gente buenas noticias.

Volvió a sonreír. Chris quiso contestar algo, pero le temblaban los labios y no consiguió articular palabra.

—¿Fumas? —preguntó su interlocutora—. Puedes hacerlo, si quieres.

Por toda respuesta, Chris hizo un gesto negativo con la cabeza. Entonces Cynthia se inclinó hacia delante y asumió una expresión solemne:

—Ahora, Chris, quiero que sepas que esto no es una cárcel. Tenemos una verja, pero sirve principalmente para que no entren intrusos. Tenemos puertas cerradas con llave, pero a medida que vayas progresando habrá menos puertas cerradas para ti. Deseamos poder confiar en ti, Christine, ¿comprendes?

Ella no respondió, aunque escuchaba atentamente. Cynthia prosiguió:

—Todo lo que debas hacer se te explicará con claridad, y se te indicará el camino a seguir, dividido en varios grados. Ante todo debes merecer tu pleno lugar en la comunidad. A continuación pasarás al primer grado, luego al segundo, y así sucesivamente. Cuando alcances el grado cuarto ya estarás preparada para salir, serás licenciada.

Hizo una pausa para subrayar el significado de sus palabras, exteriorizó otra sonrisa postiza y luego la borró de sus facciones para proseguir:

—Voy a explicarte lo que entendemos aquí por licenciarse, Chris. Significa ser una persona capaz de desenvolverse en la vida, no meterse en dificultades y adaptarse a la sociedad. Ahora, espero que expongas tus preguntas.

—¿Qué he de hacer para merecer mi lugar en la comunidad? —inquirió Chris sin rodeos.

Cynthia asumió su mejor expresión de cordialidad.

—Bien, ante todo se trata de llevarse bien con las compañeras y con el cuadro de profesoras —dijo—. No provocar peleas, no crear dificultades, y no mezclarse en acciones homosexuales, así como poner esa clase de acciones en conocimiento de la celadora de tu dormitorio. Eso es para tu propia protección.

A esto se puso en pie, rodeó el escritorio y mostró a Chris una carpeta con su nombre escrito sobre la cubierta en gruesas letras negras:

—Entonces serás una muchacha de primer grado. Si eres aplicada en tus estudios, así como en las labores de hogar, pasarás al segundo grado. Si todo va bien, podrás cumplir los cuatro grados en pocos meses.

Chris alzó la mirada:

—¿Y entonces?

—Entonces, o bien regresarás a tu casa, o ingresarás en un hogar de adopción o una casa de familia.

—Podría ir a casa de mi hermano —sugirió Chris—. Podría ir ahora mismo, si le avisa usted. No creo que necesite permanecer aquí.

Cynthia abrió la carpeta y revolvió un manojito de papeles. Luego suspiró:

—Temo que no sea posible. Toda tu familia ha sido consultada, y se decidió que éste sería el lugar más adecuado para ti, por ahora.

—Pero ¿y mi hermano...? ¿Han hablado con él?

Cynthia consultó sus papeles una vez más:

—Sí —respondió.

Chris abrió mucho los ojos:

—No lo creo..., no puedo creerlo —dijo.

—Pues, así es —replicó Cynthia sin la menor vacilación—. ¡En efecto! Aquí lo dice. Lo tengo todo por escrito.

Chris se sintió como si acabase de recibir un garrotazo en el estómago. «No saben de qué están hablando —pensó—. ¡Qué importaban todos aquellos papeles! ¿Cómo podían saber lo que Tom y ella habían sido el uno para el otro?». No podía creerlo; era imposible, no podía ser, y eso era todo.

Notando lo delicado de la situación, Cynthia pasó a la etapa siguiente de su programa rutinario.

—Ahora deseo presentarte a nuestro director general, el señor Thorpe, antes de enseñarte tu dormitorio. ¿Te parece bien?

La hizo salir a un corredor relativamente alegre y bien iluminado. Mientras lo recorrían, Chris vio a una mujer rubia y delgada de unos treinta años, deportivamente vestida, que se acercaba en sentido contrario. Cynthia sonrió.

—Hola, Bárbara —la saludó al pasar. La mujer devolvió el saludo y se fijó en Chris, dirigiéndole una inclinación de cabeza y una sonrisa que, inopinadamente, despertó en el corazón de la muchacha un calor que no había vuelto a sentir desde la época en que su hermano dejó la casa de sus padres para contraer matrimonio. Fue algo muy breve y completamente espontáneo, pero de algún modo Chris supo que era auténtico, y confió en volver a ver a aquella simpática mujer.

Cuando llegó con Cynthia ante la puerta del despacho del director Thorpe, éste se hallaba enfrascado en una conversación telefónica.

—Un momento —habló por el auricular; luego, alzando la mirada hacia Cynthia, sonrió con indiferencia y dijo—: Hola.

Cynthia hizo entrar a Chris.

—Señor Thorpe —anunció—, le presento a Parker, Christine Parker.

Como si alguien hubiese accionado un interruptor, Thorpe exhibió inmediatamente una sonrisa de anuncio de pasta dentífrica en honor de Chris, quien

correspondió con una inclinación de cabeza muy formal.

—Hola, Chris —dijo—. Supongo que Cynthia te habrá puesto al corriente ya. Si tienes alguna pregunta, no temas formularla. ¿Todo va bien? ¿De acuerdo? —Chris asintió—. Entonces, ya sabes que tanto Cynthia como yo estamos siempre a tu disposición, ¿vale? Hasta la vista.

Luego, dirigiéndose de nuevo al teléfono, continuó:

—¿Hola? Disculpe —y reanudó la conversación interrumpida.

Siguiendo a Cynthia, Chris salió de nuevo al pasillo. Estaban a medio camino de regreso a la oficina de aquella cuando les salió al paso otra mujer.

—¡Ah, Emma! —dijo Cynthia—. Acérquese, por favor.

La mujer se reunió con ellas, miró a Chris y dijo:

—¡Ah, es ella! Ya me dijeron que había una nueva.

Chris no supo si le gustaba esa persona o no. Era una mujer de mediana estatura y de rostro agrio, que llevaba su cabello negro en un moño muy apretado. Tenía los ojos brillantes y las facciones muy acusadas; se veía que en otro tiempo había sido hermosa, pero ahora su rostro reflejaba toda una vida de preocupaciones y tensiones. Chris se fijó en ella detenidamente. Sin duda, no presentaba un aire amenazador; parecía más bien indiferente. Su mirada no se cruzó con la de Chris, quien adivinó instintivamente que, buena o mala, aquella mujer no era una persona con quien se pudiera establecer una relación de confianza.

Cynthia entregó a la mujer un papel de los que llevaba en la carpeta, y luego se volvió hacia Chris diciendo:

—Chris, te presento a la señorita Lasko, que es la celadora de tu dormitorio. Te dejo con ella. Nos veremos pronto. Hasta luego.

El corazón de Chris, no es que diera un vuelco, pero tampoco se puso a saltar de alegría. Siguió brevemente con la mirada a Cynthia mientras ésta se alejaba, y luego se volvió hacia Lasko, que estaba fijando el papel recibido en una tablilla que llevaba. Luego se puso a caminar en sentido contrario.

—Vamos —dijo sin volverse—. Es por aquí.

Chris la siguió, pero luego se detuvo de súbito, diciendo:

—¿Y mi maleta...?

—Ya la hemos dado de alta —dijo Lasko sin volverse siquiera para mirarla—. Ahora vamos a darte de alta a ti, antes de pasar al dormitorio.

Chris sintió contrariedad y aprensión, mas obedeció. ¿Qué significaban aquellas palabras?, se preguntó. Mientras seguía los rápidos pasos de Lasko por el corredor, salieron a su encuentro dos chicas.

—Hola —dijo una de ellas, con una sonrisa. Chris quiso responder, pero le falló la voz. La otra chica dijo a sus espaldas:

—Oye, Lasko, ¿vas a ponerla en tu dormitorio?

Sin volverse, Lasko respondió:

—Sí. —Y continuó la marcha.

—Queremos que esté con nosotras —dijo la chica con cierto énfasis. Lasko no les hizo caso y condujo a Chris hacia unas duchas, cerrando la puerta cuando hubieron entrado.

—Muy bien —empezó en tono profesional—. Quítate la ropa, que vas a ducharte.

Chris vaciló, experimentando una súbita timidez. Comprendiendo que no tenía otra solución, empezó a desabrocharse lentamente la camisa, se la quitó y entregó la prenda a Lasko. La celadora la inspeccionó con el aire profesional característico de un agente de Aduanas.

—Vamos, vamos. Adelante —urgió Lasko. Chris procuró darse más prisa. Primero se quitó los zapatos; luego abrió la cremallera de los tejanos y se los quitó. Lasko se puso a registrar con la misma indiferencia empleada con la camisa.

—Bien —dijo—. No te quedes ahí parada. He dicho que te desnudes del todo.

Chris se sonrojó; no obstante metió los pulgares en los costados de las bragas, se las quitó y las entregó a la celadora, quien las examinó igualmente y luego las arrojó al montón de la ropa de Chris, sobre la taza de un lavabo. Desde fuera se oyó la voz estridente de una de las chicas:

—¿Qué, señorita Lasko? ¿Está buena?

A lo que siguieron grandes risotadas de otras chicas que sin duda acompañaban a la que había hablado.

—A ver si cerráis el pico —exclamó Lasko en voz fatigada, tomando su tablilla y marcando un signo en un formulario. Aunque no hacía frío, Chris temblaba incontroladamente de nerviosismo y vergüenza.

—Perfecto —dijo Lasko—. ¿Cuándo tuviste tu último período?

Chris reflexionó durante un minuto.

—... Hará unas dos semanas —dijo finalmente.

—¿Hace dos semanas que terminó? —preguntó Lasko.

—Sí —murmuró Chris. Lasko anotó ese dato en su tablilla, y continuó:

—¿Te han hecho algún análisis por enfermedad venérea?

—No, nunca —dijo débilmente Chris.

—Bien, pues te lo harán mañana.

Luego, dejando a un lado la tablilla, se acercó a Chris. Ésta se encogió y se puso perceptiblemente rígida mientras la celadora empezaba a inspeccionar sus cabellos, separándolos con los dedos y tocándole el cuero cabelludo centímetro a centímetro, hasta que finalmente pareció darse por satisfecha. A estas alturas Chris ya temblaba de modo visible, con los brazos cruzados sobre los pechos, cogiéndose los hombros con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Lasko dio un paso atrás y frunció el ceño.

—¿Por qué pones los brazos tan pegados a los costados? —preguntó con desconfianza—. ¿Qué escondes ahí?

Alargó rápidamente la mano para coger el brazo de Chris.

—¡No! ¡No! —se resistió ella.

—¡Levanta los brazos! —ordenó Lasko.

Temblando cada vez más, Chris obedeció. La celadora inspeccionó ambas axilas hasta convencerse de que no ocultaba nada.

—Bien —dijo—. Ahora date la vuelta.

Chris se mordió el labio. Era lo único que podía hacer para no romper en lágrimas. Nunca en toda su vida se había sentido tan avergonzada; tan ultrajada, y sin embargo no podía hacer otra cosa sino permanecer allí, aguantando aquella inspección indigna, despersonalizadora y humillante.

—Muy bien, muy bien —iba diciendo Lasko, siempre en el mismo tono de indiferente aburrimiento. Chris se sintió sacudida por un relámpago de odio, y un escalofrío recorrió su columna vertebral mientras tensaba los músculos del rostro y cerraba los ojos. Tembló y de sus labios se escapó un gemido cuando Lasko registró hábilmente las partes íntimas de su cuerpo que ninguna otra persona había violado jamás. De súbito, los dedos indiscretos la dejaron en paz y Chris lanzó un torturado suspiro de alivio. Lasko se encogió de hombros, fríamente.

—Muchas chicas esconden drogas ahí, si se les presenta la ocasión, ¿sabes? Es muy corriente. Dúchate ahora.

Sin poder dominar su temblor, Chris entró en la ducha. Lasko le alargó seguidamente una botella de plástico.

—Toma, usa esto para el cabello —dijo—. Ahora mismo te traigo una toalla.

La celadora se alejó y Chris, agarrando la botella convulsivamente, empezó a sollozar en silencio. Unas lágrimas abrasadoras rodaron por sus mejillas y gotearon sobre sus pechos.

—Vamos, muévete —la urgió Lasko desde lejos—. No tenemos toda la noche.

Insegura, Chris empezó a manipular los grifos de la ducha dando paso al agua poco a poco, graduándola con cuidado para asegurarse de que ningún extremo de temperatura violase su cuerpo más de lo que lo había sido ya. Al apretar la botella de plástico notó un olor penetrante y desagradable. Era el desinfectante contenido en el jabón líquido. Esto la hizo sentirse aún más miserable. ¡Dios mío, ayúdame!, pensó. ¡Que alguien me ayude!

¿Qué dirían sus padres si pudiesen verla ahora? ¿Qué le parecería a papá? Sólo el pensarlo la hizo temblar aún más... ¿Y su madre? ¿Qué haría su madre? Seguramente se echaría a llorar y se tomaría otro trago. Y Tom. Si Tom se enterase no lo permitiría. Él procuraría sacarla de allí. Era necesario conseguir que se enterase. Tendría que telefonarle o hacerle llegar una carta de algún modo. ¡Si pudiese comunicarse con su

hermano! Era su única esperanza, la única persona en el mundo que realmente se preocupaba por ella. Bastaría poder hablarle, y él la sacaría. Entonces la pesadilla habría cesado. Salir de allí y encaminarse a su casa sólo era cuestión de un poco de tiempo. ¡Estaba segura! Aquella esperanza era su único consuelo.

Bastante conmovida todavía, pero ya algo recobrada de las humillaciones de la inspección, Chris salió con Lasko del edificio principal en dirección a los dormitorios. Su cabello húmedo le caía sobre los hombros en mechones lacios que se le pegaban a los lados de la cara. Chris tuvo que admitir que el ambiente en general era agradable y nada carcelario, aunque no podía olvidar que toda la zona estaba cercada por una valla coronada de alambre espinoso.

Los dormitorios propiamente dichos ocupaban uno de esos edificios de arquitectura impersonal que podrían encontrarse en cualquier vecindad de clase media. Pero cuando Lasko se metió la mano en el bolsillo para sacar la llave con que abrir la puerta de entrada, Chris tuvo que recordar la inevitable realidad de que no podría entrar ni salir cuando le viniera en gana. Ellos no lo llamaban una cárcel y, sin embargo, eso era precisamente.

Al entrar en los dormitorios, Lasko y ella fueron recibidas por una mujer delgada de veintitantos años.

—Hola, Lasko —saludó.

Lasko se volvió hacia Chris:

—Es Betty Ramos, mi ayudante.

Chris le hizo una inclinación de cabeza a Betty. Aun siendo más joven y atractiva que Lasko, exhibía los mismos modales indiferentes, superficiales y fríos; como un guardián en una especie de zoo humano involuntario.

Betty dijo:

—¿Quizá convendría que yo...?

—No —la interrumpió Lasko—. Yo me hago cargo de ella.

Luego, volviéndose a Chris, dijo.

—Pasa por aquí.

Recorrieron una galería, de la que partían corredores en ambos lados. Algunas chicas se asomaron a la galería, mirando a Chris con curiosidad; otras permanecieron escondidas en los pasillos, limitándose a lanzarles ojeadas al pasar, mientras ella seguía a la celadora.

Algunas de las chicas le hicieron ademanes de saludo: una negra muy alta, desde un pasillo; otra, delgada, de aspecto insignificante, desde otro. Desde una puerta cercana, una morena muy bonita que llevaba tejanos ceñidos y una camiseta sonrió cordialmente a Chris.

—Soy Denny. Bienvenida al pesebre —dijo con impertinencia. Chris la saludó con la cabeza pero no pudo decirle nada, preocupada como estaba por seguir el rápido paso de la celadora. Entonces vio a Josie, la joven negra con quien había compartido la celda en la residencia correccional.

—¡Eh, Chris! —gritó Josie. Chris se detuvo y sonrió cálidamente, toda llena de alegría inesperada al ver un rostro conocido y amistoso.

—Hola —respondió, sintiendo la punzada de las lágrimas. No estaba tan sola, al fin y al cabo; tenía una amiga.

—¡Eh! Que se venga conmigo, Lasko —pidió Josie. La celadora no hizo caso.

Una chica pálida de cabello rubio sucio, con una mirada extrañamente vacua, se acercó para preguntar:

—¿Es virgen?

Del interior de una habitación salió un silbido agudo, como cuando un muchacho llama a su perro. La sonrisa de Chris se desvaneció, y apretó el paso para reunirse con Lasko, que se había detenido frente a una puerta abierta.

Denny, la morena bonita que había dado la bienvenida a Chris, se acercó y preguntó:

—¡Eh, Lasko! ¿Qué ha hecho ésta?

Sin volverse para mirarla, Lasko replicó:

—Cállate, Denny.

Luego, dirigiéndose a Chris, agregó:

—No se permiten visitas a los dormitorios de las compañeras. Nada de conversaciones después de apagar la luz. Nada de peleas. Ni, menos aún, demostraciones de afecto...

Josie, que se había reunido con ellas, la interrumpió:

—Aquí no puedes tener amigas. Si lo haces, en seguida se figuran que eres tortillera.

Lasko no le prestó atención.

—Te quedarás aquí con Janet —le dijo a Chris—. Tu litera es la de arriba.

—Janet está mochales —declaró Josie torciendo el gesto—. No tendrás a nadie con quien hablar.

—Intentará suicidarse otra vez —intervino una voz con ligero acento español a espaldas de Chris—. Ten cuidado.

Denny alzó la voz para preguntar:

—¡Eh, Lasko! ¿Está enjaulada por prostitución?

Al salir del cuarto, la celadora levantó la mirada y dijo:

—Vete a paseo, Denny.

—¿Conque sí, eh? —saltó Denny—. Pues tú vete a...

—¡Cuidado! —la interrumpió Lasko, mirándola fijamente.

Sin más palabras, se alejó por el corredor dejando que las chicas se las arreglasen solas. Chris se acercó dubitativamente a su litera y levantó el brazo para depositar su maleta sobre la misma. En la litera inferior estaba echada Janet. Era una india mestiza, esbelta, con largas piernas y cabello negro. Llevaba vendadas ambas

muñecas, y su rostro parecía anormalmente pálido.

—Chica, cómo apestas —murmuró.

—Es el jabón que me dieron para el cabello —trató de disculparse Chris—. Resulta que...

Se interrumpió sin acabar su frase, dándose cuenta de que a Janet le traía sin cuidado lo que ella fuese a decir. Ofendida y defraudada por tal actitud, Chris se apartó y sintió entonces una nueva punzada de soledad.

Se acercó a la ventana. Estaba protegida por la parte exterior con una recia tela metálica, y permitía divisar unos campos áridos y, a lo lejos, la imponente valla. Deprimida por este panorama, se volvió y empezó a vagar sin objeto por la habitación, fijándose en todos los detalles, procurando grabarlos en su memoria, puesto que aquél iba a ser su hogar. Las paredes estaban groseramente enyesadas y cubiertas de inscripciones. Se puso a leerlas. «María con David», decía una. En un rincón, un garabato casi indescifrable: «Flipada hasta la médula». Se quedó mirándolo un rato, y luego se fijó en otro, que decía: «A quien entre en esta habitación: Te quiero». A duras penas consiguió dominar las lágrimas. Entonces oyó fuera la voz de Lasko que decía:

—¡Atención! Tenéis diez minutos para fumar.

A lo que sucedió en seguida el rumor de muchos pasos y voces que hablaban en la galería. Sin embargo, no manifestaban ninguna excitación, y los pasos no eran apresurados. Había en todo ello algo de letárgico y aburrido.

Chris recorrió el pasillo y se asomó a la galería. Las chicas salían de sus habitaciones y, poco a poco, el ruido se hizo más intenso, a medida que se reunían todas. Las conversaciones se animaron y se oyó alguna que otra risa. Hubo protestas, y gritos, y discusiones. Luego todas empezaron a moverse en la misma dirección, hacia donde, como iba a averiguar muy pronto, estaban los comedores. Cuando salió a la galería se reunieron con ella Josie y otra muchacha, de origen chicano que tenía el cabello portentosamente negro.

—Vamos —dijo Josie—. No te quedes ahí a solas.

A medida que las tres iban acercándose al comedor se escuchaba con más intensidad el sonido de un disco de rock, mezclado con la algarabía de un televisor.

La chica no miró a Chris, torció el gesto y se tapó la nariz.

—¡Uf! —exclamó—. Siempre se conoce a las novatas por el jabón matapijos. ¡Cristo!

Josie rió.

—Ésta es Ria, una ladrona de las más finas. ¿Quieres un cigarrillo, Chris?

Ésta meneó la cabeza sin dejar de caminar.

—Por cierto, ¿qué hiciste tú, Chris? —quiso saber Ria.

—No hizo nada, hombre —intervino Josie—. Se escapó de casa, nada más.

Cuando el trío entró en el comedor, lo primero que sorprendió a Chris fue ver a Betty Ramos yendo de un lado a otro, dando fuego a todas las internas. Comprendió que seguramente no se les permitía poseer encendedores, ni siquiera cerillas. Pero ellas ponían caras divertidas, como si les causara cierta satisfacción perversa que una de sus guardianas hubiera de atenderlas como una simple criada.

Mientras Josie y Ria daban lumbre a sus cigarrillos, Chris se volvió y se fijó en una recién llegada. Era una rubia talluda, de mirada penetrante y gruesa mandíbula. Se contoneaba con aires hombrunos, y miró a Chris de arriba abajo, de un modo sensual e insinuante. Chris experimentó en seguida una reacción de hostilidad, pero la rubia se limitó a guiñarle el ojo y se volvió.

—Ésa es Moco —susurró Josie—. Ten cuidado con ella.

Sintiéndose todavía muy desplazada, pese al innegable interés de Josie por ganarse su confianza, Chris se apartó del grupo para refugiarse en un rincón. Estuvo allí unos momentos sin hacer nada, y luego regresó para reunirse con Josie y Ria. Se dio cuenta de que Moco se abría paso hacia donde ella estaba, pero no le dio importancia. De súbito, Chris notó que una mano vigorosa la aferraba por la muñeca y la arrastraba hacia la puerta. Lanzó un grito de sorpresa, pero nadie le hizo caso. Era como si nada ocurriese, como si ella hubiera decidido salir por su propia voluntad.

Entonces recordó las instrucciones de Lasko: nada de peleas. Temiendo verse acusada de haber iniciado una refriega, y dándose cuenta de la superior estatura y fuerza de Moco, Chris se dejó conducir fuera del comedor y al interior de una habitación, donde fue empujada a trompicones, por lo que lanzó un involuntario grito de miedo. Al verse momentáneamente suelta, Chris reaccionó con viveza, pero se encogió al ver que la rubia se abalanzaba sobre ella. Retrocedió levantando el brazo para cubrirse, pero Moco la cogió por los faldones de la camisa y la hizo retroceder hasta acorralarla contra la pared. Entonces, pegando su rostro al de Chris, rugió:

—Óyeme bien, muñeca. Yo soy la que manda aquí, ¿entiendes? Soy la dueña del cotarro, y la que no obedece cuando Moco ordena algo... —Hizo una mueca perversa y se pasó el filo de la mano por el cuello, en expresivo gesto.

Chris estaba demasiado espantada para decir palabra, mientras Moco la zarandeaba por la habitación sin dejar de agarrarla por la camisa.

—¿Qué dices ahora, eh? —la desafió Moco—. ¿A lo mejor te gustaría luchar conmigo, eh? ¡Anda! ¡Ven y pégame!

Su voz era una ronca provocación, y lanzaba una risa seca y amenazadora.

—¡Anda, acércate y pégame! ¡Pégame, anda!

Por el rabillo del ojo, Chris vio que había dos chicas más en la habitación. Compañeras de cuarto de Moco, supuso. Ahora se habían bajado de las literas y se acercaban, rodeándola en un círculo amenazador.

Una de ellas, la de los ojos muertos, sonreía de una manera extraviada, con las narices ligeramente dilatadas, y respirando con un jadeo rápido y excitado. Moco arrinconó de nuevo a Chris, haciéndola vibrar de terror. Luego, con infinito alivio, Chris vio que Josie y Ria se precipitaban hacia el interior de la habitación, con la alarma pintada en sus rostros. Aunque temían a Moco, no querían que le hiciese nada malo a Chris.

—¡Eh! —gritó Josie—. ¡Déjala en paz!

—Eso —agregó Ria, con la voz temblándole de miedo—. No ha hecho más que llegar.

Chris, demasiado asustada para moverse, permaneció apoyada en la pared, inmóvil y con el rostro ceniciento.

—¡Dale! ¡Dale! —azuzó una de las espectadoras.

—¡Tú cállate, Crash! —la empujó Josie, mientras Moco hacía una mueca con los labios. Intentaba besar a Chris; ésta volvió la cabeza hacia la derecha con un gesto de repulsión, y los labios de Moco rozaron su mejilla. Moco debió considerar que se había apuntado un tanto, y soltó la camisa de Chris con una sonrisa de triunfo. Temblando, Chris se volvió de cara a la pared.

Cambiando súbitamente de actitud, Moco rodeó amistosamente con el brazo los hombros de Chris y dijo con voz suave:

—Eres bonita.

—¡Es fea! —gruñó Crash.

—Tú sí que eres fea, borrega —despreció Josie.

Ignorando a las demás, Moco susurró al oído de Chris:

—Date la vuelta.

Chris vaciló y luego, lentamente, con desconfianza, se volvió para hacer frente a su verdugo.

—¿Tienes novio? —le preguntó Moco.

Chris no se atrevía a mirar de frente a su antagonista. Meneó la cabeza.

—¿Tienes alguna amiga? —insistió Moco. Chris denegó de nuevo con la cabeza, conteniendo las lágrimas.

—¿Quieres ir conmigo? —propuso Moco. Chris seguía guardando silencio; era lo único que podía hacer para no echarse a llorar. Moco sonrió de un modo enigmático. Aquella sonrisa expresaba tanto la atracción que sentía hacia Chris como el placer sádico de dominar. Se hizo atrás—: Ya hablaremos de eso —añadió, satisfecha.

Josie tocó el hombro de Chris para tranquilizarla e hizo ademán de sacarla del cuarto.

—Ven —dijo amablemente.

—¡Eh! Espera un minuto —ordenó Moco, de nuevo en tono de amenaza. Josie vaciló, con una mirada de aprensión. Moco se plantó firmemente, con los brazos en

jarras—. Dile lo del chocolate.

Josie la miró de reojo y luego, volviéndose a Chris, explicó:

—Cuando la celadora te dé alguna pastilla, como por ejemplo un calmante, ¿sabes?, en vez de tragártela te la escondes debajo de la lengua, y luego se la das a Moco. ¿Entendido?

Intimidada, miró de nuevo a Moco, mendigando su aprobación. La otra sonrió, disfrutando con su poderío.

—A Moco le gusta volar —dijo, provocando una risita de Crash.

Chris no veía llegado el momento de irse. Por último, cuando salió de la habitación con Josie y Ria, lanzó un suspiro de alivio. Las tres regresaron directamente al comedor. Otro disco de rock atronaba el local. Dos muchachas bailaban, completamente ajenas a todo lo demás, como hipnotizadas por el ritmo y los acordes de la música. Josie y Ria se abrieron paso hacia un sofá, obligando a Chris a tomar asiento entre ambas.

—Oye, procura mantenerte a diez metros de distancia de Moco en todo momento, ¿entiendes? —dijo Josie—. Una vez la vi agarrar una silla y abrirla la cabeza a una persona, como si tal cosa. —Hizo chasquear los dedos—. Es una incorregible y nada le importa, ni le tiene miedo a nadie.

—No le importa quedarse aquí toda la vida —terció Ria—, ni teme a la celda de incomunicación.

Luego, dirigiéndose a una de las chicas que estaban en el comedor, gritó:

—¡Eh, Fats! ¡Que ése es mi cinturón! A ver si no se te olvida.

Josie iba a añadir algo más cuando alzó la mirada y vio entrar a Denny, que sonreía alegremente. Inclinandose sobre Chris y hablando en voz baja, le susurró:

—Y ten cuidado con Denny, también. Ha estado muchas veces en el manicomio.

Chris dudó unos instantes y luego habló, dirigiéndose primero a Ria y después a Josie:

—¿Es verdad que... una puede salir de aquí en pocos meses?

Ria sonrió amargamente:

—¿Para qué? ¿A dónde te crees que vas a ir?

En ese preciso instante, una negra alta y fornida se acercó a Josie.

—Vamos, Josie —la desafió—. A ver quién puede más.

Josie torció el gesto.

—¡Anda ya, Jax! Ahora no tengo ganas.

—¿Qué te pasa? —dijo la otra con sarcasmo—. ¿Te rajas?

Se había hecho un súbito silencio en el comedor, y Josie se dio cuenta de que todas las miradas estaban fijas en ella. Miró con desplante a Jax:

—¡Qué caray! Vamos allá.

Ria compuso una expresión de fastidio.

—Ganará Josie —dijo.

Chris frunció el ceño, sin entender de qué se trataba. Era como si hablasen con palabras corrientes de algo completamente absurdo para ella.

Josie la miró y susurró:

—Oye, Chris. Tú quédate vigilando la puerta, y avísanos si viene Lasko, ¿vale?

Chris seguía sin comprender nada y, olvidándose de la puerta, contempló fascinada a las dos muchachas mientras éstas daban fuertes chupadas a sus cigarrillos. Pero su curiosidad se convirtió en sorpresa y horror cuando vio que apretaban lentamente las colillas encendidas sobre la piel de los brazos desnudos. Ambas se armaron de valor cuando empezaron a quemarse sus carnes. Chris las contemplaba, incrédula e hipnotizada. Pronto asaltó su olfato el olor acre a carne quemada. Josie se mordió los labios, con la mirada de dolor, pero sin dejar de apretar con firmeza el cigarrillo encendido contra la piel de su brazo. A Jax le corría el sudor por la cara; fue la primera en ceder y arrojar lejos la colilla.

—¡Maldita sea! —ladró, mientras sus lágrimas empezaban a mezclarse con el sudor. Todas se sobresaltaron ante la irrupción de Lasko, cuya voz resonó en todo el local:

—Muy bien, Josie, Jax. Las dos quedáis arrestadas en vuestras habitaciones.

Ambas se precipitaron hacia ella, vociferando simultáneamente, protestando, y al mismo tiempo suplicando perdón:

—¡Oh, Lasko, por favor...!

—¡Pero si no hacíamos nada!

—Sé muy bien lo que estabais haciendo. Aquí no se toleran desafíos, ya os lo advertí. ¡A vuestras habitaciones las dos!

Josie se volvió de súbito hacia Chris, con los ojos encendidos de rabia:

—¡Estúpida! ¿No te dije que vigilaras? —gritó, dándole a Chris un empujón antes de abandonar el comedor escoltada por la celadora. Cogida por sorpresa, Chris trastabilló a un lado, con el rostro lleno de dolor. No era el golpe, flojo al fin y al cabo, lo que le hizo daño, sino más bien la herida moral que le producía el verse golpeada y probablemente rechazada de modo definitivo por la única persona que le había demostrado amistad. Fue la culminación de una larga jornada de calamidades: conteniendo las lágrimas, salió corriendo del comedor. Cuando llegó a su cuarto, se arrojó sobre su litera y lloró hasta quedarse dormida.

## 6

Bárbara Clark, la maestra, manipulaba un transmisor-receptor portátil mientras aguardaba junto a la puerta de la clase, sonriente, viendo pasar a las internas que charlaban y murmuraban entre sí. Era un local grande y sencillamente amueblado, con una gran pizarra al fondo, en medio de la cual colgaba un gran mapamundi. La habitación era clara y bien ventilada y, a diferencia de las clases de las escuelas corrientes, las mesas y sillas podían desplazarse a voluntad. Junto a la pared opuesta a la puerta había un desvencijado piano vertical. A medida que iban entrando, las chicas elegían sus puestos, ocupaban sus asientos, arrastraban los pies y removían las sillas de un lado a otro.

Moco entró, ocupó la banqueta frente al piano y se puso a tocar con un estilo improvisado, salvaje y suave al mismo tiempo, que habría revelado un posible talento si alguna vez se decidiera a aplicarse con seriedad. Crash ocupó la misma banqueta junto a Moco, le rodeó los hombros con un brazo y empezó a escuchar con arrobó, mirando al vacío.

Sentada lejos de las demás, y evidentemente sin hacer caso de la música ni de las conversaciones, otra muchacha hacía punto con tanta dedicación, que parecía hallarse en otro planeta.

Chris ocupó una silla al fondo de la clase y miró a su alrededor con disimulada expectación. Tuvo una sorpresa agradable cuando vio que la maestra era Bárbara, recordando la sonrisa que le había dirigido al llegar. Mientras contemplaba el rostro de Bárbara, le pareció que era alguien con quien se podría hablar, alguien que sabría escucharla con atención y comprenderla.

Cuando entró la última, Bárbara hizo un precipitado recuento. Luego acudió al transmisor-receptor, apretó el botón para hablar y dijo:

—Está bien. Han entrado once.

Se colocó el transmisor-receptor en el cinto y se encaminó a su estrado.

Denny le cortó el paso y le rodeó impulsivamente el cuello con los brazos, rogando:

—¡Echemos una partida de cartas, mamá!

Bárbara sonrió, se soltó amablemente y ocupó su pupitre.

—Luego, quizá —concedió tranquilamente; en seguida, mirando en derredor, preguntó—: ¿Dónde está Carla?

—Incomunicada —la informó Ria—. Ayer quiso fugarse.

Bea, una chica risueña y de aspecto despabilado, con una espléndida peluca «afro», intervino con una sonrisa burlona para decir:

—Ni siquiera consiguió llegar hasta la valla. Qué tonta. Josie está arrestada en su habitación.

—Y ¿dónde está Ann? —dijo Bárbara, sin dejar de recorrer la clase con la mirada.

—Se ha quedado en el salón de belleza —dijo la chica que hacía punto.

—Falta le hace —se burló Moco—. Y a ti también, Paula —dijo, dirigiéndose a la que hacía punto.

—Aplicáte el cuento —la defendió Bárbara amigablemente.

—Pues usted tampoco es Miss América —replicó Moco.

Bárbara, acostumbrada por lo visto a escaramuzas como aquélla, se limitó a cruzar los brazos y observó:

—¡Bah! Sólo me disfrazo así cuando hago de maestra, Moco. Tendrías que verme haciendo la carrera.

Todas las chicas celebraron la broma con grandes risotadas. Aprovechando su ventaja, ella miró a su alrededor y siguió preguntando:

—¿Dónde está Jax?

—En arresto —respondió Denny, quedándose quieta un momento. Luego dirigió a Bárbara una mirada penetrante y rogó:

—Anda, mamá. Déjalo correr y que no haya clase hoy.

—Sí —intervino Moco—. Que sea nuestro día libre.

Se inclinó hacia delante, llena de esperanza.

Bárbara no hizo caso de ninguna de ellas, como si no hubieran dicho nada, y miró a Chris.

—Tú eres Chris, ¿no es cierto? —preguntó.

Chris se ruborizó y asintió ligeramente con la cabeza. Al ser su primer día de clase, se sentía insegura, no sabiendo cómo comportarse. Las demás parecían tan aplomadas, tan seguras de sí mismas. Tenía miedo de decir o hacer algo equivocado..., de cometer una «plancha» y manifestar así su vulnerabilidad.

—Christine la virgen —se mofó Crash, lanzando miradas a su alrededor para recoger las risas de aprobación de las demás.

—Si lo es —observó Bea—, será la única de esta clase.

—¡Qué dices de esta clase! —declaró Ria con énfasis—. ¡Mejor dirás de toda esta maldita escuela!

Crash volvió su atención a Bárbara:

—Anda, mamá —suplicó, temblándole un poco los gordezuelos mofletes—. No queremos trabajar.

—Eso —corroboró Bea—. Charlemos.

Sintiendo crecer la rebeldía entre sus alumnas, Bárbara comprendió que se imponía de su parte un cambio de actitud.

—Escuchadme todas —empezó—. Por hoy ya hemos perdido bastante el tiempo. Ahora todas vamos a trabajar un poco, os guste o no.

Hubo una tempestad de quejas y vigorosas manifestaciones de protesta. Chris asistió a ellas con indiferencia, sintiéndose todavía muy ajena a todo aquello. De un modo instintivo comprendía que si manifestaba el menor interés en las actividades escolares se ganaría fatalmente la enemistad de las demás muchachas. Un solo paso en falso podría bastar para que se volvieran contra ella, y su vida resultaría mucho más calamitosa de lo que ya era. Lo que le estaba pasando era como irse a vivir a un barrio diferente y ser una novata en la pandilla del vecindario. En cualquier caso, le parecía verse constantemente vigilada. Tendría que andarse con mucho cuidado, si no quería tener más problemas. Estaba, por ejemplo, aquella cuestión de la virginidad. ¿Sería posible que ella fuese la única virgen de toda la escuela? Allá en el colegio todas sus amigas hablaban de aquello continuamente, pero no en plena clase como acababa de ver. Estaba muy violenta, porque nunca había tenido que tantear a ciegas en una situación desconocida como aquélla.

Bárbara no aguardó a que las quejas cesaran por sí mismas, sino que se puso en pie armándose de un largo puntero.

—Hoy hablaremos de geografía —empezó con tranquilidad—. A ver, ¿qué país es éste? —preguntó, indicando una zona del mapa.

Hubo un silencio. Hubo toses y carraspeos, y remover de sillas y arrastrar de pies por el suelo. Luego, fijándose en Denny, la maestra dijo:

—¿Qué país es éste, Denny?

Denny frunció el ceño y vaciló.

—¿Alemania? —aventuró en tono dubitativo.

Bárbara intentó disimular su contrariedad.

—Vamos, Denny. Sabes perfectamente qué país es. Inténtalo otra vez.

La aludida guardó silencio.

—Bueno, no importa —balbuceó Bárbara—. ¿Qué dices tú, Crash?

El rostro regordete de Crash permaneció totalmente inexpresivo:

—Se me ha olvidado —murmuró en voz baja. Chris se quedó asombrada. ¿Era posible que fuesen todas tan ignorantes? ¡Pero si aquello se enseñaba en la escuela primaria! Sin embargo, algo la aconsejó no levantar la mano, y cuando Bárbara volvió la mirada hacia Chris, la muchacha se removió en su asiento con visible embarazo.

—¿Y tú qué dices, Chris? —dijo animadamente Bárbara—. ¿Sabes tú qué país es ése?

—Francia —dijo Chris a pesar de su aprensión.

Inmediatamente lamentó haber contestado, al sentir la mirada de todas las demás fija en ella como si quisieran horadarle la piel.

Bárbara sonrió y desplazó el puntero.

—¿Y este otro? —preguntó.

—España —respondió Chris otra vez, involuntariamente.

—Vaya rollo —despreció Moco, volviéndose para golpear las teclas del piano. Chris se dejó caer en su silla deseando que se abriese la tierra para tragársela

—Qué importa, al fin y al cabo —intervino Denny con una mueca de desdén.

—Sí —dijo Bea—. ¿Para qué necesitamos saber todo eso? ¿Acaso tendremos oportunidad de visitar nunca uno de esos países?

—Y de todos modos, ¿qué me importa! —silbó Denny.

Bárbara contempló los severos rostros de sus alumnas, notando no sólo el agudo malestar de Chris sino también la tensión que fácilmente podía desencadenarse y dar lugar a una fea situación. Ella perdía pocas veces la compostura, pero cuando lo hacía lograba un efecto de sorpresa con las chicas, haciendo que volvieran a la realidad. Pese a los modales impertinentes, informales y a menudo hostiles que afectaban frente a ella, sabía que en el fondo la respetaban, por notar en ella una serenidad y una humanidad de que, como bien sabía, solían carecer los demás miembros del personal.

—¿Qué es lo que te importa a ti, Denny? Anda, dímelo —urgió Bárbara.

—Vacilar.

—¡No quiero volver a oír eso! —la interrumpió Bárbara airadamente—. ¡Ni una palabra más!

Empezó a pasear arriba y abajo, mirándolas a todas de frente.

—¡Vacilar y salir con chicos! —las remedó—. ¡Estoy cansada y harta de oírlo! ¡Cansada y harta!

Bea pareció intimidada:

—¿Qué pasa contigo, mamá? —preguntó en tono humilde.

Bárbara se interrumpió para tomar aliento, y luego suspiró:

—Nada. Que se acabó la clase, eso es todo.

Luego, volviéndose súbitamente, se acercó al mapa y se puso a enrollarlo poco a poco, con aire de frustración y tristeza. ¡Dios mío!, pensó, si pudiera ganármelas. ¡Si pudiera ganarme sólo a una de ellas!

Miró a la novata Chris, tan vulnerable, tan solitaria en medio de aquel grupo hostil de criaturas empedernidas. Bárbara habría querido protegerla de algún modo, pero sabía que las demás eran colectivamente más fuertes que ella sola. Con sus burlas y su intimidación, la obligarían a rodearse de una concha, de la que luego no podría librarse. No obstante, pensó Bárbara, ella seguía luchando por ganarse aunque sólo fuese a una de las chicas. Tal vez esa chica pudiera ser Chris. Tal vez.

Bárbara se armó de valor, proponiéndose no dar por terminada la clase sin apuntarse un tanto positivo. Se acercó pausadamente a su pupitre y se apoyó en él.

—Muy bien —dijo—. Hoy no habrá más preguntas, pero voy a contaros la historia de una pobre campesina que se hizo soldado, y no sólo eso, sino que llegó a

ser capitana de muchos ejércitos.

Bea se adelantó con interés:

—¿Es un cuento, mamá, o se trata de una persona auténtica?

—¡Ah! Se trata de una persona que existió en realidad —aseguró—. Se llamaba Juana y vivió en Francia.

Chris se tranquilizó, y mientras Bárbara empezaba a relatar la familiar historia de Juana de Arco, ella se reclinó en su silla y se puso a mirar por la ventana, distrayéndose muy pronto con sus propios pensamientos. Se acordó de su hermano Tom. Recordó las cosas que solían hacer, cómo jugaban y lo unidos que habían estado, sin que nadie consiguiera separarlos nunca... Durante un rato, el tiempo pasó sin sentirlo. En realidad, dejó de existir para ella, hasta que un timbrazo, anunciando el fin de la clase, la devolvió a la realidad. Permaneció inmóvil mientras las demás chicas se ponían en pie ruidosamente, charlando y piando como pájaros afanosos por escapar de su jaula. Mientras se dirigían a la puerta, Bárbara las precedió con su transmisor-receptor portátil, contándolas a medida que salían.

Chris fue la última en salir de la clase y, mientras pasaba junto a Bárbara, notó una mano sobre su hombro.

—Chris —dijo Bárbara.

Ella dudó y miró a la maestra con aprensión:

—¿Sí?

—He visto en tu expediente que tus calificaciones escolares eran buenas, aunque faltabas mucho a clase. ¿Problemas con la familia?

Chris bajó la mirada:

—Sí —dijo con un hilo de voz.

El transmisor de Bárbara emitió varios crujidos y luego se oyó una voz brusca y metálica que decía con tono impaciente:

—¿Dónde está Parker?

Bárbara alzó el aparato hasta sus labios, accionó el mando emisor y contestó:

—Yo la acompaño. —Luego, guardándose el aparato, se dirigió a Chris—: ¿Quieres que hablemos de eso alguna vez?

Chris se encogió de hombros, volvió la cara y se dispuso a reunirse con las demás. Necesitaba desesperadamente confiar a alguien sus más íntimos pensamientos, pero algo indefinido le sellaba los labios. Bárbara caminó a su lado sin decir nada más. Chris deseaba hablarle, pero no podía. Tenía miedo. Al mirar hacia delante vio a Denny que se había detenido y volvía el rostro lanzándole una mirada peculiar. La mirada hizo que Chris se sintiera incómoda, pero se le pasó tan pronto como Denny dio media vuelta y continuó andando para reunirse con las demás.

—No cabe duda de que conoces el mapamundi —empezó Bárbara intentando resucitar la conversación—. ¿Te gusta la geografía?

—Sí —respondió Chris.

—¿Te gustaría viajar?

—Ya lo creo —dijo Chris, animándose considerablemente—. En realidad, me gustaría ser azafata, y así conocer otros lugares.

Bárbara vislumbró un rayo de esperanza y sonrió.

—«Vuele a Denver con Chris» —bromeó.

Chris sonrió involuntariamente.

—Sin escalas —añadió aún Bárbara.

¡Oh, Dios mío!, pensó Bárbara. Hay una esperanza; ojalá consiga conquistarla.

Pasaron varios días y Chris, poco a poco, empezó a adaptarse a la rutina del Reformatorio. Aún la ponía nerviosa la presencia de Moco, y había algo indefinible en la personalidad de Denny que la hacía sentirse claramente incómoda con ella. Recordó lo que había dicho Josie acerca de que Denny, como se expresó, había estado muchas veces en el manicomio. Chris se preguntaba por qué razón. Denny no coincidía con su idea de una loca, pero de todos modos era bastante rara. Luego estaba Lasko. Sin duda no era la fiera que creyó Chris al conocerla, aunque ciertamente no le inspiraba mucha confianza. En cambio, Bárbara sí que era distinta. Le gustaba Bárbara. No sólo era buena maestra, sino además bonita, y cordial. Alguien con quien se podía hablar. Pero lo que consolaba a Chris por encima de todo fue que Josie no le guardó rencor por lo ocurrido. Josie tenía experiencia, y comprendió que Chris jamás había visto desafíos de aquella especie entre muchachas. Así, aunque le habían ordenado que vigilase para dar aviso cuando apareciese Lasko, ella se quedó tan embobada con la función, como decía Josie, que no se enteró. Sin embargo Chris, pese a su comienzo de amistad con Josie, y hasta cierto punto con Ria, aún se mantenía cautelosamente alejada de las demás.

Crash era realmente estúpida y no la soportaba nadie, a excepción de Moco. Y, por lo que Chris sabía, Moco sólo la aguantaba porque Crash era capaz de hacer cualquier cosa que se le ordenase, y prácticamente era esclava de Moco. En cuanto a Jax, no era tan mala, pero siempre se la veía con Denny, y algo le decía a Chris que, cuantos menos tratos tuviese con ambas, mejor. Paula le inspiraba a Chris un poco de compasión, sin saber muy bien por qué. Le parecía que lo que Paula deseaba en realidad era que la dejaran en paz, y como hasta cierto punto Chris sentía lo mismo, respetaba ese deseo de otra persona de la que instintivamente comprendía que era mucho más desgraciada que ella misma.

La otra chica con quien simpatizaba realmente era Janet. Aunque habían empezado con el pie torcido el primer día, poco a poco y con las muchas horas de compañía en la misma habitación llegaron a entenderse. A Chris le parecía que Janet era tremendamente huraña. No hablaba mucho, aunque bien mirado era natural, porque estaba avergonzada de estar embarazada, y había cometido un intento de suicidio. Muy pronto Chris aprendió a dejarla sola con sus pensamientos cuando se daba cuenta de que era esto lo que deseaba, y a hacerle compañía cuando notaba que tenía ganas de conversación. No atreviéndose a afrontar posibles reacciones desagradables, evitaba religiosamente hacerle ninguna pregunta sobre asuntos íntimos; pero cuando Janet le contaba algo voluntariamente, Chris la escuchaba con todo su corazón, dispensándole a cambio toda la comprensión a su alcance.

Era un recreo después de la comida, a primeras horas de la tarde. Chris paseaba sola rodeando uno de los campos deportivos donde dos equipos estaban alegremente enzarzados en un ruidoso y algo violento partido de fútbol. Como no le gustaban demasiado los juegos de competición, pasó de largo, hasta llegar a otro terreno donde estaba celebrándose un partido de voleibol. Se quedó un rato mirando y luego se encaminó hacia una parcela de césped donde había varios grupos de muchachas hablando y tomando el sol. Chris no se decidió a irrumpir entre ellas, por lo que prosiguió su paseo. A unos quince metros había un grupo de columpios que nadie usaba. Aquello le trajo recuerdos de su infancia, de cómo le gustaba columpiarse cuando era niña. Recordó cómo solía cerrar los ojos para imaginar que algún día el columpio se echaría a volar, elevándose hacia el cielo como un gran pájaro majestuoso, y ella seguiría volando y volando hasta dar la vuelta al mundo por encima de los océanos y los bosques y los desiertos y las montañas. Había sido uno de sus juegos favoritos. Por un instante le pareció que habían pasado siglos desde la última vez que se subió en un columpio. Se sonrió y corrió hacia uno de ellos; después de ocuparlo, cogió las cadenas que lo sustentaban del soporte de hierro echó la cabeza atrás, cerró los ojos y se dio impulso.

En pocos instantes, había recobrado la antigua sensación. De un momento a otro iba a elevarse por el aire, salvando la valla, y sería libre como un águila volando por encima de las nubes, y podría jugar con los rayos del sol y dejarse llevar por los vientos.

La burbuja se rompió de súbito cuando empezó a oír risas a su alrededor. A su lado, en los dos columpios restantes, estaban Josie y Ria columpiándose, riendo y lanzando chillidos de deleite. Chris se sintió a gusto por primera vez desde su llegada a la escuela. El sol la calentaba y la brisa acariciaba sus mejillas. Mantuvo los ojos abiertos ahora, mirando alternativamente a Josie y a Ria. No muy lejos, sentada en la hierba, estaba Janet, quien alzó la mirada y sonrió débilmente, haciendo luego un saludo con la mano. Con los cabellos al viento, Chris devolvió el saludo.

Entonces hubo una nota discordante. Oyó una voz airada y familiar que gritaba:

—¡Eh! ¡Eh!

Miró a un lado. Allí estaba Denny con los brazos en jarras, mirando a dos de sus amigas que se apresuraban hacia los columpios. Otras chicas se acercaban entre risas y griterío. Pronto quedaron ocupados todos los columpios y empezaron a volar de un lado a otro como otros tantos péndulos, mientras las chicas que se habían quedado en tierra esperaban su turno y empujaban, con grandes risas y animación. Sólo Denny prefirió quedarse aparte, en la hierba, con una expresión sombría y enigmática en el rostro; sus ojos entrecerrados lanzaban miradas penetrantes. Chris la vigilaba por el rabillo del ojo, fingiendo no reparar en ella, porque había algo en la expresión de Denny que le daba escalofríos, aun sin saber por qué.

Cuando el tiempo del recreo llegó a su fin, el personal de la escuela empezó a reunir a las chicas, en una escena que le recordó a Chris los encierros de ganado que había visto en tantas películas del Oeste. Una vez reunidas, las hicieron formar en doble fila y desfilaron hacia sus respectivos alojamientos. Mientras se acercaban a su dormitorio, Chris pudo ver a Lasko, con su eterno transmisor-receptor portátil en la mano. Algo, una especie de sexto sentido, la hizo girarse. Procuró no parecer demasiado asustada. Allí estaba Denny, a sus espaldas. Sonreía y, aunque para un espectador no enterado pudiera parecer cordial y sincera, a Chris le pareció ver falsedad en ella. La mirada de sus ojos era fría y calculadora, por lo que resultaba positivamente molesta. Chris aventuró una sonrisa y esperó hasta que la otra se puso a su lado; luego ambas prosiguieron su camino hacia los dormitorios.

—¿Qué te ha parecido el pesebre hasta ahora? —preguntó Denny con indiferencia.

Chris se encogió de hombros.

—Aún no lo sé —dijo precavidamente.

—¡Bah! Te gustará más cuando conozcas a Johnny —replicó Denny.

Chris la miró con asombro. ¿Qué significaba aquello?, se preguntó. No había chicos en el Reformatorio.

Jax se les unió a tiempo de oír las últimas palabras de Denny.

—¡Ah, sí! Le gustan las chicas nuevas —comentó con una mueca.

—¿Quién es Johnny? —preguntó Chris, procurando disimular su confusión.

Denny sonrió a medias, con un gesto extraño y forzado, y arqueó un poco la ceja.

—Es alguien perfecto para ti —declaró.

—Vamos, de prisa —dijo Lasko, urgiendo a las rezagadas—. Entrad todas, en seguida.

Chris no hizo ningún comentario y entró, encaminándose directamente a su habitación. Janet estaba durmiendo en su litera, por lo que Chris procuró moverse con cuidado para no despertarla. Además, no estaba de humor para hablar con nadie. Se preguntaba quién sería Johnny. ¿Era de creer que existiese un misterioso intruso capaz de colarse en las habitaciones de las chicas por las noches? Parecía inverosímil, pero en aquel lugar cualquier cosa era posible. Se suponía que aquella institución servía para que las chicas aprendieran a comportarse en la vida y se convirtieran en buenas ciudadanas. Pero Chris notaba en el ambiente que sería más acertado figurársela como un lugar donde aprender todo lo que no debe hacerse y cómo hacerlo.

Subió a su litera y se tumbó, contemplando las paredes llenas de garabatos. El sol del crepúsculo penetraba con sus rayos dorados por la ventana y llenaba la habitación de un suave resplandor. Chris volvió a pensar en Johnny. Quizá fuese el mote de alguna chica, a quien aún no conocía. Alguien por el estilo de Moco. Chris se

estremeció sin querer y se acurrucó en su litera. «Lo que pretenden es meterme miedo —pensó—. Están esperando mi reacción. Es una especie de prueba».

Decidió conservar la calma. El mayor error sería dejarse intimidar ahora. Si no ponía al descubierto sus debilidades, no daría lugar a que se aprovecharan de ellas. Era su única protección, su única defensa. Actúa con calma, oculta tus impresiones y no te descubras. La decisión tomada hizo que Chris se sintiera mejor, y se tranquilizó un poco. Tal vez convendría echar un sueñecito, pensó. Aún faltaba un poco para la hora de cenar, y media hora de sueño sería mejor que nada. Era lo más parecido a verse en libertad, por lo que cerró los ojos y muy pronto cayó en un sueño ligero y sin pesadillas.

Pese a la siesta, aquella noche Chris se sintió más cansada de lo normal. Y aunque la jornada había sido lo más parecido a un día feliz desde su llegada a la escuela, estaba extrañamente deprimida. Quiso mirar un rato la televisión en el comedor, mas no podía fijar su atención en nada. Aun bajo la vigilancia de Lasko, varias chicas empezaron una pelea por no estar de acuerdo en cuanto al canal que deseaban ver. Lo que menos deseaba Chris era verse envuelta en una discusión de tal género. Aún le faltaba seguridad para tratar de imponerse. Le habría gustado charlar con Josie y Ria, pero éstas habían permanecido en sus habitaciones, y Chris tenía miedo de lo que pudiera pasarle si infringía el reglamento y Lasko la pillaba en una habitación ajena. Janet se fue a dormir tan pronto como acabó la cena, y las únicas conocidas que quedaban eran Denny, Jax y Crash, con ninguna de las cuales deseaba tener nada que ver. Estaba preocupada pensando que, si se quedaba más rato, tal vez aparecería Moco para reunirse con sus cómplices. Y en tal caso, podría verse atacada de nuevo, con o sin Lasko.

Chris miró de reojo y vio que Crash había traído una labor de punto estropeada para que Lasko la ayudara a deshacer el lío. Viendo distraída a la celadora, Chris creyó llegada la ocasión para salir disimuladamente, tomar una ducha caliente y meterse en la cama.

El baño estaba desierto, cosa que le produjo a Chris un considerable alivio, pese al ambiente poco confortable del lugar con su azulejo frío y sin adornos. Decidió entrar y salir con la mayor rapidez posible. Colgó la toalla y se desnudó a toda prisa, amontonando la ropa en un estante cerca del lavabo, al otro lado del baño. Abrió los grifos y reguló la temperatura del agua; a continuación se metió en la ducha, disfrutando la cosquilleante caricia del agua caliente. El continuo rumor del correr del agua de los grifos y el chapoteo reverberaban en el cuarto vacío, aumentando la ilusión de hallarse totalmente aislada del mundo circundante. Mientras se enjabonaba agradeció el no tener que usar aquel producto maloliente que le habían dado el día de su llegada, y durante un rato se distrajo con la estimulante cascada de agua caliente y

espuma.

Pensando ya en acostarse, cerró los grifos, cogió la toalla y empezó a secarse a toda prisa. La ducha le había relajado los nervios y estaba deseando retornar a su habitación, donde pasaría toda la noche en tranquilo sueño. Cuando se vio lo bastante seca como para ponerse el pijama, se envolvió en la toalla y salió de la ducha. Entonces se quedó helada del susto, al ver a Denny y Moco que le cerraban el paso. Chris retuvo súbitamente el aliento, y un timbre de alarma se puso a repicar en su mente.

Las dos muchachas se habían interpuesto entre Chris y sus ropas, y era evidente que no pensaban cederle el paso. Su corazón empezó a palpar con fuerza, y la adrenalina circuló por todas las fibras de su cuerpo. Quiso retroceder, y entonces vio por el rabillo del ojo que alguien salía de la ducha vecina disponiéndose a sujetarla por detrás. Una mano ancha y negra se abatió sobre su boca, y un brazo poderoso le rodeó la cintura, apretándola como un fleje de acero. Quiso gritar, pero no pudo emitir sino un gemido apagado que murió en su garganta, seguido de un doloroso jadeo. Luchó como un animal acorralado, intentando desesperadamente librarse de la presa de su agresora, adivinando que se trataba de Jax. Mientras se debatía y se retorció, Moco la sujetó de los brazos, gruñendo como una fiera. La arrastraron a través del cuarto hasta el vestuario, donde la hicieron caer al suelo. A pesar de sus desesperados esfuerzos, Chris no pudo quitárselas de encima, pues eran mayores y más fuertes que ella. Abriendo los ojos con terror, vio que Denny se acercaba llevando en la mano un madero largo de color azul: el mango de una ventosa para desatranca lavabos. Chris trató de gritar otra vez, pero la mano de Jax seguía cerrándole firmemente la boca. Moco no dijo nada, sino que, acercándose con un movimiento rápido como el de una serpiente, alargó la mano y le arrancó a Chris la toalla, dejándola desnuda e indefensa.

Los fríos azulejos del piso parecían quemar su carne desnuda. Denny se arrodilló ante Chris con una sonrisa complacida, blandiendo el mango de madera ante sus ojos.

—¡Eh! —murmuró en voz baja, y luego dijo, subrayando bien cada palabra—: Quiero presentarte a Johnny.

Con un sobresalto de terror, Chris libró los brazos de la presa de Moco y quiso golpear y arañar a Jax. Entonces notó unas manos que le separaban brutalmente las rodillas y su horror aumentó en grado indescriptible. Aunque la mano seguía impidiéndole exhalar una sola queja, los gritos y sollozos no cesaron en su garganta hasta que creyó que iban a rompérsele las cuerdas vocales.

Con una expresión aberrante en los ojos, Denny se inclinó hacia delante y súbitamente Chris sintió entre las piernas un frío lancinante que en seguida se convirtió en un dolor insoportable. Las oleadas de agonía agarrotaron su vientre coincidiendo con el frenético vaivén que Denny imprimía a su instrumento de tortura.

Chris se notó lacerada, desgarrada interiormente; una puñalada súbita habría sido menos dolorosa. Luego sintió que la sangre le corría caliente por los muslos y las nalgas, y no pensó sino que iba a morir.

—Está bien; basta ya —ordenó finalmente Moco.

Chris permaneció inmóvil, sollozando desconsoladamente, con los ojos cerrados para no ver a Denny, que esgrimía el mango dispuesta a atacarla de nuevo.

—¡Basta he dicho! —repitió Moco violentamente, sin apartar sus ojos fascinados del inerte cuerpo de su víctima.

Denny retrocedió con desgana, y las tres atacantes salieron cautelosamente del cuarto de baño como otros tantos fantasmas, mientras Chris yacía en el suelo como una muñeca rota.

Finalmente abrió los ojos, y poco a poco volvió a distinguir con claridad lo que le rodeaba. Estremecida por los espasmos de la conmoción, gimió como un cachorro herido. Al recobrar los sentidos volvió el dolor. Su respiración era un silbido jadeante y entrecortado, pero al darse cuenta de que la habían dejado sola y de que la tortura había cesado sacó fuerzas para incorporarse, vacilando sobre sus piernas.

Temblaba y estaba tan mareada que tuvo que apoyarse en las paredes. Entonces percibió un lejano rumor de música y risas. No le quedaban ya lágrimas. Ni siquiera le quedaban fuerzas para odiar. Una parte de su alma había sido arrancada de ella y destruida para siempre.

Durante los días siguientes, Chris permaneció encerrada en sí misma, a tal punto que hasta Josie y Ria se preguntaban qué le habría ocurrido. Nadie dijo ni una palabra de su violación; incluso en presencia de sus asaltantes, Chris no oyó mencionar para nada el incidente, lo cual no dejó de proporcionarle cierto alivio. Sólo el pensamiento de haber experimentado semejante humillación ya le parecía casi peor que el recuerdo de la espantosa experiencia en sí. Había perdido el apetito, y durante las comidas se limitaba a revolver los alimentos con expresión ausente. En cierta ocasión, cuando Lasko observó y comentó su falta de apetito, Chris intentó comer algo a la fuerza y se atragantó hasta casi vomitar. Lo único que soportaba era beber algo de leche, pero a no ser por esto se habría pasado los días sin ningún alimento. No ignoraba que estaba perdiendo peso; tenía la tez amarillenta y las mejillas chupadas, mas no le importó.

Lo peor eran las noches. Antes, el sueño había sido su único refugio frente a las pesadillas de la realidad; en cambio, ahora las pesadillas se abrían paso hasta el santuario de su descanso. Las noches, mientras permanecía con los ojos abiertos contemplando la oscuridad, luchaba desesperadamente contra el sueño temiendo verse acosada por imágenes repugnantes y recuerdos terribles. Pero, como no podía evitar el sueño completamente, se adormecía para sufrir luego continuos sobresaltos. No a causa de pesadilla alguna, sino por efecto de su miedo inconsciente a los terrores del sueño. Y, si bien esos terrores no adquirían ninguna forma definida, siéndole imposible identificar cuál de ellos era el que la roía en lo más íntimo, en realidad el verdadero terror sin nombre era un miedo incontenible, letal y torturante: el miedo a perder la razón.

Los días transcurrieron sin que las cosas mejorasen para Chris. Por más que se esforzase en apartar de su mente las escenas de aquella noche, el recuerdo de las mismas volvía con insistencia... Las manos arrastrándola por el cuarto, el acre aroma del sudor y los gruñidos brutales de sus atacantes..., los rostros deformados con sus miradas enfebrecidas, y, por encima de todo, el dolor insoportable..., el desvalimiento. Era como si volvieran a sujetarla contra su voluntad, para forzarla una y otra vez a contemplar nuevamente el ultraje hasta que se grabase de manera indeleble en su cerebro, hasta que llegase a ser una parte de su persona, lo mismo que sus brazos y piernas, sus manos y su rostro...

Tenía los nervios a flor de piel. Las sombras y los rincones oscuros la amenazaban con terrores desconocidos, más temibles por cuanto no podía concretarlos. El menor ruido inesperado la hacía sobresaltarse súbitamente y le

cortaba la respiración de un modo penoso. Le bastaba pasar por delante de la puerta del cuarto de baño, aunque estuviese cerrada, para que su corazón se pusiera a palpar con violencia. El que antes había sido un refugio reparador ahora era un lugar de espanto, y cuando permanecía desnuda y vulnerable bajo el potente chorro de agua caliente, cada chapoteo y cada rumor de las cañerías la obligaban a encogerse. Entonces trataba de cerrar los ojos, pero sólo para que su imaginación febril le representase la evocación de las caras; en el ruido del agua al correr imaginaba escuchar los viciosos jadeos y las voces de sus verdugos. Incluso después de volver a abrirlos para inspeccionar el baño desierto seguía experimentando tanto pánico, que una vez no pudo resistirlo y huyó a su habitación sin pensar en secarse, temblando de frío y dejando un rastro de húmedas pisadas.

A lo largo de las jornadas, incluso el contacto de una mano amiga en su hombro, por parte de Josie o de Ria, hacía que se echase atrás involuntariamente.

Aunque procuró sumergirse de nuevo en la rutina diaria, participar en las actividades de las demás y hacer cuanto se le pidiera, Chris empezó a encerrarse cada vez más en sí misma. Durante las horas de clase, su imaginación se perdía en intrincadas elaboraciones fantásticas. Solía imaginar que sus padres, llenos de remordimiento por haberla rechazado y encerrado en aquel lugar horrible, regresaban para llevársela a casa prometiéndole mil veces comportarse en adelante mejor con ella. Todo era hermoso; su madre había dejado de beber y su padre ya no le gritaba ni la golpeaba.

El hogar estaba lleno de alegría y venían sus amigos a visitarla. Se quedaban con ella durante horas, riendo, charlando, poniendo discos y haciendo cosas absurdas y divertidas. Era tal y como no había sido nunca, pero que debió ser y quizá llegaría a ser alguna vez.

En otro de sus ensueños, su hermano Tom se la llevaba a su casa para vivir juntos. Era como cuando ambos eran niños, y volvían a jugar como entonces. Aunque él estaba casado, nada había cambiado en realidad. La esposa de Tom trataba a Chris como a una hermana, y los tres llevaban una vida idílica cuyas horas estaban llenas de sol, alegría y amor.

Chris no ignoraba que sólo eran fantasías, pero al mismo tiempo le servían como cables de salvamento a los que sujetarse. Bastaba que una pequeñísima parte de aquellas fantasías se reflejase en la realidad: eso equivalía a un tesoro, a un rayo de sol para ver en la oscuridad, a un poco de esperanza que retener y alimentar. Pero algunos días no podía ni soñar despierta, y éstos eran los peores.

Todos los días se les asignaba alguna tarea. Chris solía trabajar en el salón de belleza de la escuela, donde lavaba el cabello y peinaba a las chicas, intentando ayudarlas a fingir que se arreglaban para otros ojos que no fuesen los de sus compañeras de siempre. El «salón» en sí era una triste imitación de los verdaderos,

con sus desvencijadas sillas de aspecto anticuado, su instalación de segunda mano y sus espejos rajados.

Una tarde, Chris estaba peinando a una compañera pálida y delgada que afortunadamente no le daba mucha conversación. Así, Chris podía ejecutar todas las manipulaciones del oficio, que realizaba automáticamente, y al mismo tiempo entregarse a sus ensoñaciones particulares.

Entonces apareció Jax. Sólo con ver a aquella negra corpulenta y vigorosa que la había maltratado tan cruelmente, le bastó a Chris para que le flaqueasen las piernas y le temblase todo el cuerpo, pese a sus esfuerzos por dominarse. Procuró evitar la mirada de Jax. Ésta, notando el malestar de Chris, empezó a trabajar alegremente, moviéndose con gestos lentos y hábiles y sin mirar a Chris, pero procurando amargarle la tarde a fondo. Cada vez que podía tropezaba con Chris y procuraba empujarla. Ella temía tanto su proximidad que durante un buen rato se quedó inmóvil, sin saber qué hacer, mientras luchaba obstinadamente por contener las lágrimas que acudían a sus grandes ojos de color avellana, que ahora parecían sumergidos siempre en una niebla de perpetua tristeza.

Lo más penoso para Chris era el hecho de no tener a nadie con quien hablar..., nadie capaz de comprenderla realmente. No podía franquearse con nadie del personal, ni siquiera con Bárbara Clark, por temor a las consecuencias. Josie y Ria quizá sabrían comprenderla, pero ¿y si no era así? ¿Qué pasaría si se echaran a reír y tomaran lo ocurrido como una broma un poco pesada? Chris consideró varias veces la posibilidad de hablarles, pero acabó por abandonar la idea, principalmente por no saber cómo reaccionarían ellas. ¿Y suponiendo que no lo tomaran como una broma? ¿Y si se volvían contra ella con desprecio? Hasta era posible que se burlasen de su debilidad. De hecho, era consciente de pasar por una situación difícil, una prueba en que tenía que desenvolverse sola. Le bastaba saber que estaban allí, dispuestas a continuar su amistad cuando ella hubiera serenado sus ideas; con eso se sentía un poco reconfortada. De franquearse con alguien, habría elegido a Janet, su compañera de habitación. Pero Janet estaba embarazada y a menudo solía encontrarse indispuesta; teniendo en cuenta que había intentado suicidarse y todo, a Chris le pareció que no sería buena idea contarle sus problemas. Y además, pensándolo bien, Janet y ella no hablaban mucho en realidad. Se comprendían y se respetaban mutuamente el deseo de no ser molestadas; habían llegado al punto en que con un significativo intercambio de miradas podían decirse más cosas que en una hora de conversación. Pero de otro lado, Janet ya tenía demasiadas preocupaciones y no era cuestión de abrumarla con las suyas, puesto que no podría aportarle ninguna solución.

De todos los miembros del personal, Bárbara Clark fue la única que tuvo algún miramiento para con Chris. El cambio de su comportamiento era demasiado evidente como para pasar inadvertido, y correspondía al personal observar y analizar tales

casos. Bárbara estaba segura de que Chris tenía alguna preocupación muy honda, pero había aprendido en duras y amargas experiencias que una iniciativa precipitada podía dar lugar a consecuencias desastrosas. Decidió actuar con cautela, convencida de que, si había en la escuela alguna chica susceptible de ser salvada, no era otra sino Christine Parker.

Al cabo de varios días, las sospechas de Bárbara se convirtieron en una seria preocupación. Se fijó en cómo reaccionaba Chris cuando estaban presentes Moco y Crash, o Denny y Jax. Estaba claro que les tenía miedo y le incomodaba mucho la presencia de aquéllas. Trató de interpretar su observación. El lesbianismo de Moco era una continua fuente de problemas para el personal, y la devoción canina que le tributaba Crash venía a complicar la cuestión. Otra situación difícil era la que planteaba Denny, siempre al borde de la psicosis, aunque ésta no había demostrado ninguna hostilidad contra Chris. Tal vez, por ser Denny y Jax tan amigas, el mal carácter de la segunda destacaba más en comparación con la pasividad de la primera. Pero faltaba una pieza en el rompecabezas; con las chicas novatas solían producirse situaciones parecidas, pero allí había algo oscuro. En muchos casos, la adaptación a la vida del Reformatorio se realizaba con un mínimo de problemas. Bárbara esperaba que lo de Chris no fuese más que un período de adaptación, aunque excepcionalmente difícil. Mientras no se hubiera ganado la confianza de Chris hasta el punto de recibir sus confidencias, no cabía hacer otra cosa sino dar tiempo al tiempo.

Pasaron más días y la actitud de Chris no mejoró. Extrañada por la falta de progresos, Bárbara se preguntó si no sería mejor sonsacar a Chris en presencia de las demás, de una manera sutil, en vez de esperar una oportunidad de hablar con ella en privado.

Aquella mañana, el ambiente de la clase era muy tirante porque las muchachas tenían una larga sesión de duro y aburrido trabajo escolar. En aquel oficio, Bárbara había aprendido muy pronto que tras un inesperado cambio de táctica, pasando por ejemplo del trabajo serio a una charla cordial, el alivio de las chicas era tan grande que las hacía bajar la guardia sin que se dieran cuenta. Cuando esto ocurría, se lograba con frecuencia un desahogo emocional que no habría sido posible obtener por otro procedimiento.

Bárbara no dejó entrever cuáles eran sus planes para aquella mañana. Montó guardia junto a la puerta con su transmisor-receptor, haciendo el recuento de sus alumnas; luego, como de costumbre, dio el parte y cerró con gesto eficiente. Como solía, se apoyó en su pupitre y aguardó con paciencia a que las chicas se acomodaran en sus sillas, disponiéndose de mala gana a soportar lo peor. Y, también como de costumbre, Moco y Crash ocuparon juntas la banqueta del piano, la segunda siempre atenta a lo que hiciese la primera. Siguiendo con los ojos las acciones de la rubia de

mandíbula cuadrada, Crash se colocó frente a Bárbara, inclinada hacia delante, con los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en las palmas de las manos.

Chris eligió un sitio alejado, cerca de la puerta. Su rostro carecía de expresión y tenía los ojos hinchados por los muchos llantos a solas y noches insomnes. Después de escuchar el habitual concierto de carraspeos, toses y arrastrar de sillas, Bárbara paseó la mirada sobre sus alumnas y luego se apartó del pupitre. Se acercó a la ventana, miró afuera unos instantes, y luego regresó junto al pupitre reasumiendo su anterior postura.

Inclinándose levemente hacia delante y observando bien a sus oyentes, empezó:

—¡Eh, chicas! Hace un día espléndido. ¿Por qué no lo dedicamos a charlar? Ya recuperaremos el trabajo durante la clase de mañana. ¿Qué os parece? Vamos, acercaos todas.

La reacción fue exactamente la que ella esperaba. Hubo un inmediato suspiro colectivo de alivio, acompañado de murmullos y comentarios expectantes.

—¡Ay, mamá! ¡Eres estupenda! —exclamó Denny, palmoteando.

Bea mostró todos los dientes en una ancha sonrisa y adelantó su silla. Crash pareció salir de su letargia habitual y, después de lanzar una rápida ojeada a Moco por sí tenía algo que objetar, exclamó llena de euforia:

—¡Ay, sí! ¡Magnífico!

Janet, cuyo vientre ya empezaba a dar muestras de los progresos de su embarazo, se arrellanó en el asiento y empezó a hacer punto. Su presencia sirvió de tema para una discusión sobre el embarazo, la maternidad y las responsabilidades consiguientes. Durante un rato, la cosa pareció ir por caminos positivos, hasta que Moco se removió en su asiento, hizo una mueca y resopló:

—¡Bah! ¡A quién le importan los críos! Hay que darles de comer, cambiarles los pañales y toda esa basura. ¿Cómo puede una divertirse teniendo que cargar todo el día con uno de esos mocosos que no paran de llorar y todo lo enredan?

Janet interrumpió súbitamente su labor, aunque sin alzar la mirada. Bárbara se sintió abrumada por una sensación de inutilidad. Moco era una verdadera potencia negativa y destructora; resultaba muy nociva para las demás.

—Nadie te obliga a tener hijos —observó con énfasis—. Lo que digo es que si los tienes, o vas a tenerlos, debes darles una oportunidad. Debes asegurarte de que no cometen los mismos errores en que caísteis vosotras, o cayeron vuestros padres. Necesitan sentir que se les ama y se les necesita...

—¡Una mierda! —intervino Josie, con desprecio—. Eso no es lo que hacía mi vieja. Siempre decía que yo no servía para nada, más que para...

—Nadie te obligaba a creerlo —la interrumpió Bárbara apretando los puños—. No debes creer a quien te diga que no sirves para nada.

—¿Aunque sea tu propia madre? —terció Ria con sarcasmo.

—No debes creer eso jamás —insistió Bárbara como si quisiera sacudirlas, meterles a la fuerza un poco de sentido común en las cabezas—. Fijaos bien y veréis que la mayoría de vosotras estáis aquí por cosas que ni siquiera son delitos: hacer novillos, escaparse de casa...

—Que nos dejen salir, entonces —la desafió Ria, poniéndose en pie de un salto.

—¡Qué más quisiera yo! —exclamó Bárbara con una expresión de rabia y angustia en su rostro—. Pero ¿a dónde? ¿Para qué? Decidme una meta. Fijaos vosotras mismas una meta.

Se volvió para mirar a Chris, que durante toda la discusión había permanecido rígida y distante, como si viviera en otro mundo.

—Chris dice que quiere ser azafata —declaró Bárbara con los ojos brillantes, buscando provocar una respuesta—. Eso es una meta, por ejemplo.

—¡Eh, mamá! A mí me gustaría ser domadora de leones —dijo Josie poniéndose en pie y haciendo restallar un imaginario látigo con un amplio gesto de su brazo derecho.

Su desplante fue recibido con una discreta carcajada.

Moco se reclinó de espaldas contra el piano y dijo, mirando a través de la ventana:

—A mí me gustaría montar a caballo y galopar lejos..., muy lejos...

—Hasta llegar a Tahití, con sus bellas nativas —propuso Bea irónicamente.

Ni siquiera el temor a las iras de Moco pudo evitar una explosión general de hilaridad. Las cosas no estaban saliendo exactamente como Bárbara había planeado, pero al menos había logrado hacerlas reaccionar. El estímulo al menos había puesto en marcha su imaginación.

Chris, que se hallaba justo al borde del campo visual de Bárbara, hacia la derecha según se miraba a la clase, se incorporó entonces como hipnotizada, con una expresión ausente en sus ojos velados. Nadie pareció darse cuenta.

—Muy bien —estaba diciendo Bárbara—. ¿Qué más? ¿A quién le gustaría ser maestra?

Estaba tan ocupada procurando animar el diálogo que no reparó en el ruido de la silla de Chris cuando ésta se puso en pie. Como una sonámbula, Chris se encaminó despacio hacia la puerta.

La clase inició un abucheo en respuesta a la sugerencia de Bárbara.

—¡A quién puede interesarle una cosa tan aburrida! —jadeó Bea. Al mirar a su alrededor en busca de muestras de aprobación, observó que Chris se acercaba a la puerta, por lo que se levantó apuntándola con el dedo y alzando la voz para dominar el clamor general—: ¡Oye, tú! —gritó—. ¿A dónde va ésa?

Bárbara se volvió con una súbita mueca de alarma y aprensión en el rostro.

—¿Qué estás haciendo, Chris? —preguntó.

En vez de responder, Chris vaciló un segundo en el umbral, temblando. Luego, como si hubiese tirado de ella una cuerda invisible, abrió la puerta y salió.

—¡Chris! —gritó Bárbara—. ¡Por el amor de Dios! ¿A dónde vas?

Lo mismo pudo dirigirse a un robot. Pues, sin dar muestras de haber oído ni una sola palabra. Chris apretó el paso y siguió andando, con decisión ahora, cada vez más lejos del edificio. Automáticamente, Bárbara se llevó la derecha al transmisor-receptor y salió corriendo detrás de Chris. Sorprendidas por este imprevisto desarrollo de los acontecimientos, las demás chicas se pusieron en pie, derribando sillas con las prisas, y salieron en seguimiento de Bárbara formando un grupo excitado, adivinando el oculto dramatismo que siempre acompaña a un incidente súbito.

—Pero ¿qué hace? —exclamó Josie sin que nadie le hiciera caso.

Chris aceleró su paso cuando vio que Bárbara salía tras ella. Su corazón latía con fuerza y sentía el pulso en las sienes, mientras fijaba la mirada en la lejana valla de la escuela.

—¡Chris! —la llamó Bárbara, echándose a correr hasta alcanzarla. La tomó del brazo, pero Chris se soltó de un tirón y se revolvió como una fiera.

—¡No quiero quedarme aquí! —gritó. Y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Abrió la boca como si fuese a añadir algo más, pero no pudo pronunciar palabra. Tragando saliva, se volvió y reanudó su marcha hacia la valla, más de prisa y más decidida que antes. Bárbara trató de retenerla nuevamente.

—¡Éste no es el modo de salir de aquí, Chris! —gritó—. ¡Chris! Sólo conseguirás empeorar las cosas. Háblame, por favor. Quizás yo pueda...

La voz se le quebró de sorpresa al ver que Chris echaba a correr. Rehaciéndose, gritó:

—¡Por favor! ¡Te estás haciendo daño a ti misma!

Y se lanzó a perseguirla. Pero Chris corría más, con los cabellos al viento y llorando tanto que las lágrimas le nublaban la vista haciéndola tropezar mientras se aproximaba a la valla.

Las demás chicas, reunidas alrededor de la puerta o corriendo detrás de Bárbara, rompieron de súbito en gritos y aclamaciones de ánimo. Era como si se hubieran convertido en «hinchas» de un equipo en un partido de rugby, animando a su jugador favorito mientras éste corría hacia la línea de meta para marcar unos puntos.

—¡Corre, Chris! ¡Corre! —chilló Josie, con la voz embargada de emoción.

—¡Corre! —gritaba Ria—. ¡Corre!

El grueso y normalmente inexpresivo rostro de Crash estaba enrojecido de nerviosismo y admiración.

—¡Mira tú...! —jadeó.

Abandonando toda esperanza de recurrir a razonamientos, Bárbara corrió tan de

prisa como pudo, gritando y moviendo frenéticamente los brazos. Pero Chris le llevaba demasiada ventaja.

Chris recorrió a grandes zancadas el pedregal polvoriento, tierra de nadie junto a la valla de la escuela, notando que le faltaba el aliento. El aire seco y el polvo ardiente le quemaban la garganta, haciéndola toser y ahogarse mientras corría de frente hacia la valla. Las lágrimas seguían nublándole los ojos, pero en su mente había un solo pensamiento: la valla..., he de alcanzarla..., tengo que salir de aquí...

Como caído del cielo por acción de alguna gigantesca máquina invisible, apareció un automóvil procedente del edificio administrativo.

—¡Chris! —gritó Bárbara llorando a su vez—. ¡No lo hagas! ¡No lo hagas!

Las chicas que habían corrido en seguimiento de Bárbara estaban embriagadas por la excitación de la caza. La primera de todas era Moco, que sonreía salvajemente. Josie corría como una gran liebre; luego, deteniéndose y haciendo bocina con las manos, gritó:

—¡Por abajo! ¡No intentes saltar la valla!

—¡Hay un agujero en la valla al lado del campo de fútbol! —gritó Ria, señalando frenéticamente con el dedo—. ¡Allí, allí! ¡Corre!

Pero ya el coche había llegado a la altura de Bárbara y reducía ligeramente la marcha. Bárbara reconoció a la conductora, que era Elaine Ferraro, monitor deportivo de la escuela. Bárbara señaló la valla; Elaine asintió y el coche ganó velocidad, levantando una nube de polvo.

Totalmente ajena a lo que ocurría a sus espaldas, y pensando únicamente en alcanzar la valla, Chris corría llorando y jadeando, mientras las lágrimas abrían surcos en el polvo que le cubría la cara. Su objetivo ya estaba cerca, a pocos metros, casi a su alcance. Le dolían todos los músculos del cuerpo, pero no dejó de correr, sin observar a un hombre en traje azul de faena que se aproximaba corriendo por la izquierda, a lo largo de la valla. Tan ajena estaba a todo lo que no fuese su propósito, que tampoco oyó acercarse el automóvil por la derecha, y que en aquellos momentos frenaba levantando otra nube de polvo pardo. Elaine se apeó a toda prisa y corrió hacia Chris, quien había llegado ya a la valla; con una fuerza que le nacía de su propia desesperación, la niña se aferró a la gruesa tela metálica y empezó a escalarla, sacudida por los sollozos al mismo tiempo. El hombre del mono azul llegó a tiempo de sujetarla por el pie izquierdo, pero ella se soltó de un tirón, con un grito de angustia casi animal, y siguió trepando. El hombre profirió una maldición y se puso a trepar a su vez. Elaine Ferraro había llegado también hasta la valla y se puso a saltar con los brazos levantados, tratando de cogerle un pie a Chris, pero no acertó.

—¡Christine! —gritó severamente.

—¡Vamos! ¡Baja en seguida! —gritaba el hombre rodeándole la cintura con un brazo, pero ella se retorció y escapó sin dejar de trepar. Oyó los gritos de las chicas

animándola, instándola a salvar el obstáculo. Ya estaba casi arriba. Impulsivamente, alargó ambas manos y agarró el alambre de espinos, que le desgarró cruelmente las palmas de las manos. Sintió un fuerte dolor y notó que le corría la sangre por los antebrazos, mas no soltó presa, sollozando de un modo convulsivo, mientras las puntas del alambre se clavaban aún más en sus tiernas carnes.

Despreciando el dolor, levantó una pierna para saltar al otro lado. En ese instante, el hombre le sujetó el otro tobillo con una llave de lucha. Chris intentó sacudírselo pero, debilitada por la carrera y por el dolor, no pudo con él. Una mano del hombre cayó sobre su hombro.

—Basta —le dijo suavemente—. Hay que volver.

Horas después, Chris mantenía la vista torvamente fija en el suelo mientras caminaba por el frío corredor de paredes de cemento en compañía de Cynthia Porter, la directora adjunta. Ésta, toda eficiencia y corrección como de costumbre, con sus pantalones marrones y su blusa a juego, llevaba el inevitable transmisor-receptor al cinto como si fuese una pistola en su funda. Chris tenía las manos envueltas en gruesos vendajes, y notaba las palmas embotadas y doloridas. El corazón le latía con fuerza, pues iba a enfrentarse a una situación desconocida, pero su rostro permanecía impassible y frío, disimulando las violentas emociones que la sacudían interiormente. Se detuvieron frente a una puerta de acero ancha y de imponente aspecto, pintada de un color gris oscuro bastante siniestro. A nivel del suelo y en la parte central de la puerta había una gruesa rejilla. Chris se preguntó distraídamente por qué no la habrían instalado más arriba, para poder ver, al menos, sin necesidad de tumbarse boca abajo en el suelo como un reptil.

Se sobresaltó un poco al oír unos pasos procedentes de la galería. Chris se volvió, adivinando que la desconocida que se acercaba era la matrona de la sección de incomunicación. Era una mujer rechoncha, de rostro severo y complexión robusta, que tendría más de cincuenta años. Vestida con una falda negra lisa y una blusa blanca, llevaba colgando del cinturón un grueso manojó de llaves. Tenía los labios delgados y pálidos, y el cabello negro con mechones de canas sujeto en un apretado moño. Contempló a Chris con escaso interés.

—Ten en cuenta que la incomunicación no significa un castigo, Christine —recitó Cynthia con su voz monótona de magnetófono—. Permanecerás aquí para reflexionar acerca de lo que has hecho y para que veas el modo de corregir tu actitud. Ya sabes que habías alcanzado el segundo grado; ahora tendrás que volver a empezar desde cero.

Hizo una pausa para dar tiempo a que aquellas palabras surtieran su efecto; luego, con tono paternalista, agregó:

—Piénsalo, Christine. Cuando podamos apreciar un mejoramiento en tu actitud, regresarás a tu dormitorio. ¿Queda claro?

Chris no replicó. ¿Qué importaba lo que ella pudiera decir?, pensó. Evidentemente, Cynthia tampoco esperaba una respuesta; en todo caso no le dejó tiempo para responder. Sin más palabras, la directora adjunta giró sobre sus talones y anduvo con rapidez hasta la salida del corredor, con frío aire de profesionalidad. Chris la siguió con la mirada hasta que abrió la puerta, salió y desapareció.

La matrona alargó la mano para tocar la cabeza de Chris, y empezó a hurgar entre el cabello. Chris se encogió y volvió el rostro.

—¿No llevas pasadores para el cabello? —preguntó la mujer sin dejar de

registrar.

Chris guardó silencio, y la matrona, dándose por satisfecha al no hallar nada, descorrió el cerrojo, abrió la puerta y le hizo un gesto a Chris para indicarle que entrase. Al otro lado de la puerta se veía una pequeña celda cuadrada con paredes de cemento y un ventanuco enrejado a la altura de los ojos. No había muebles, sino un colchón gris, delgado y sucio, en medio del suelo. Se veía también una jarra de plástico capaz para un litro de agua, con la correspondiente taza de plástico, así como un antiguo y rajado orinal de loza que parecía haber sido rescatado de algún viejo campamento minero de los tiempos heroicos. Chris nunca había visto nada semejante y frunció un poco el ceño, aunque sin decir palabra.

La matrona meneó la cabeza y dijo secamente:

—A algunas no les gusta el orinal y se ensucian en el suelo. Entonces les obligo a limpiarlo. A otras no les gusta el colchón, con que se lo quito y duermen en el suelo.

Se volvió para salir, pero al llegar a la puerta aún se detuvo para agregar:

—Siempre digo lo mismo: no nos importa si no te gusta. No te figures que eres algo especial.

Dichas estas palabras, cogió la puerta y la cerró, produciendo un sonoro estampido que sobresaltó a Chris. Seguidamente pasó el cerrojo.

Con el corazón angustiado y sintiendo la desesperación ya indisolublemente unida a su personalidad, Chris permaneció inmóvil oyendo alejarse los pasos de la matrona, así como el portazo con que cerró al otro extremo del corredor. Con una vaga curiosidad indiferente paseó los ojos por la celda.

Las paredes estaban llenas de garabatos. El primero que llamó la atención de Chris fue la palabra AMOR escrita con grandes mayúsculas desiguales. Amor, se repitió conteniendo un sollozo. ¿Qué sabrían de eso aquellas personas? Luego leyó otra inscripción: «Beber, fumar, joder y luego reventar», proclamaba. Siguió leyendo: «María y Raymond». ¿Quiénes serían?, se preguntó. «Este sitio es una mierda», anunciaba otro. Chris sonrió sin ganas. Muy cierto, pensó. Otro letrero decía: «Los empleados de esta escuela son unos cretinos». La mayoría, convino ella. Bien idiotas tenían que ser para trabajar en un lugar semejante.

Se acercó lentamente a la ventana y apoyó su derecha vendada sobre la tela metálica que habían clavado por dentro. ¿A qué viene esto?, se preguntó distraídamente. ¿Acaso no bastaban los barrotes por fuera? Mirando hacia fuera, vio la faja de terreno árido y polvoriento detrás de la cual se alzaba la valla coronada de alambre de púas. Era horrible, y la hizo estremecerse. Se apartó y empezó a pasear arriba y abajo como un animal enjaulado. Al pensar en ello se detuvo y se dejó caer sobre el colchón, agotada, con la espalda contra la pared y las rodillas levantadas hasta el pecho. Sintió ganas de llorar, pero las lágrimas no acudieron. Se preguntó si le quedaría alguna.

De súbito, una oleada de rabia y de frustración brotó de su interior derribando su apatía. Golpeando furiosamente el colchón con los puños, sin reparar en que estaba haciéndose daño, alzó el rostro al techo y exclamó:

—¿Por qué yo? ¿Por qué yo? —repitió con voz ronca.

Luego se acurrucó adoptando la postura fetal, y cerró los ojos. Con un poco de suerte conseguiría dormir..., y con mucha suerte, pensó, a lo mejor no volvía a despertar jamás.

Chris despertó sobresaltada. Había dormido tan profundamente que se quedó desorientada durante un par de segundos, sin recordar dónde estaba. Luego, cuando poco a poco la dura realidad de su situación se abrió paso hasta su conciencia, experimentó desesperación, soledad y rabia, todo al mismo tiempo. No sólo le dolían las heridas de las manos, sino asimismo todos los músculos de su cuerpo, al haber dormido sobre el incómodo colchón. Contemplando las paredes llenas de garabatos de su celda, se puso en pie con un esfuerzo de voluntad y empezó a pasear dando vueltas, contando las grietas del piso mientras lo hacía. Entonces distrajo su atención el ruido de una puerta al abrirse. Alguien había entrado en el corredor. Se quedó inmóvil, escuchando; los pasos se acercaban. Ella retrocedió hasta apoyar la espalda en la pared más alejada de la puerta, y ladeó un poco la cabeza cuando los pasos cesaron justo delante de su calabozo.

—Chris —dijo una voz conocida al otro lado de la puerta—. Soy yo. Bárbara.

El primer impulso de Chris fue el de precipitarse hacia delante, pero se contuvo en seguida y guardó silencio.

—Chris —repitió Bárbara—. Tengo muy pocos minutos. Sé que estás ahí y puedes oírme.

En vez de responder, Chris reanudó sus paseos, preguntándose qué iba a decir Bárbara luego. ¿Se trataba de algún truco? ¿Volvería a hacer promesas que no era capaz de cumplir?

—Oye, Chris. Ya sabes que no está permitido entrar —continuó Bárbara con una nota de súplica en la voz—, pero al menos podemos hablar.

Chris dudó un momento, y luego se acercó lentamente a la puerta para quedarse inmóvil, mirando hacia la rejilla que tenía a sus pies.

Bárbara hizo otra tentativa.

—Por favor, Chris —rogó—. Quiero ayudarte. Háblame, Chris. —Hizo una pausa—. Quiero escucharte; quiero ayudar.

Chris permanecía rígida como una estatua, mirando la rejilla con intensidad. «¿Lo dice de verdad? —se preguntaba—. ¿Le importo de veras? ¿Realmente desea escuchar lo que yo pueda decirle?».

—Si quieres, volveré cuando tengas ganas de hablar —continuó Bárbara—. Créeme, Chris. Deseo sinceramente ayudarte.

Chris hizo un ademán en dirección a la puerta, pero resistiéndose a hablar todavía. Bárbara emitió un fuerte suspiro.

—Hasta luego —dijo—. Volveré más tarde.

—Hasta luego —murmuró Chris.

En cierto sentido, deseaba hablar con Bárbara. Pero no estaba segura. ¿Se

atrevería a hacerlo? Necesitaba hablar con alguien, pero la terrible duda que la roía no dejaba de insinuarse en todos sus pensamientos, como una fuerza irresistible e invisible. ¿Pensaba alguien en ella de verdad? Sintió una aguda y repentina punzada de arrepentimiento mientras los pasos de Bárbara se alejaban por el corredor. Tal vez debí decirle alguna cosa, pensó Chris. ¿Y si se había enfadado? Entonces, la voz interior le susurró: «No importa; si es verdaderamente sincera, volverá».

Otra vez sola, Chris reanudó sus paseos. Incomunicación. Conocía el significado de esa palabra, la había oído algunas veces, pero nunca se había puesto a reflexionar sobre ello, ya que jamás le fue necesario. Ahora, en cambio, le sobraba tiempo para darse cuenta, y se estremeció al comprobar la gravedad de su situación.

Estaba sola, completamente sola; lejos del calor de un rostro amigo y de una voz amiga; sin nadie con quien hablar, nadie para abrazarla si lloraba. Estaba aislada de toda la humanidad.

Con un hondo y doloroso suspiro, regresó a la ventana, poniendo las manos vendadas sobre la tela metálica. Contempló con tristeza el crepúsculo. Allá lejos, sobre el horizonte, la diminuta silueta de un avión a reacción cruzaba el cielo, dejando una larga estela blanca que los últimos rayos del sol hacían brillar. Chris experimentó una punzada de nostalgia. ¿A dónde iría? Cerró los ojos y trató de representarse el interior de la gran aeronave plateada. Ojalá pudiera estar allí en vez de ser como un pájaro enjaulado. Abrió de nuevo los ojos. El avión había desaparecido y sólo quedaba el trazo de vapor para dar fe de su existencia, comenzando a disolverse ya lentamente.

Chris miró el colchón. Aun hallándolo escasamente confortable, se dejó caer sobre él tumbándose cuan larga era. Quiso hacer almohada con las manos, pero le resultó incómodo al llevarlas vendadas. El peso de la cabeza parecía reavivar el dolor de las heridas. Luego dejó caer los brazos a lo largo de los costados, con las palmas de las manos hacia arriba. Así resultaba un poco más soportable. Clavó la mirada en el techo y empezó a preguntarse cuánto tiempo tendría que permanecer en incomunicación.

Sin darse cuenta, Chris se adormeció de nuevo. Se vio en un avión, sentada junto a la ventanilla, contemplando una algodonosa extensión de nubes. Estaba sola. De repente, el avión empezaba a entrar en picado y caía, caía, caía a través del espacio. Entonces el avión desapareció y ella siguió cayendo, dando vueltas sobre sí misma y cortándosele la respiración. El viento le silbaba en los oídos. Luego hubo un fuerte golpe metálico y sólo se dio cuenta de que estaba sentada sobre su colchón, muy erguida y con la frente bañada de un sudor frío. A través de los barrotes de la ventana se colaba el pálido resplandor de la luna; cuando sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad, vio que habían puesto una bandeja pequeña en el suelo, al lado de la rejilla.

He debido soñar, se dijo. El ruido metálico debió hacerlo la matrona al abrir la rejilla para introducir la cena. Chris se levantó para ver lo que había en la bandeja. Halló un tazón pequeño de sopa aguada, una chuleta de cerdo quemada, un montoncito de habichuelas, otro de puré de patatas, y un cartón de leche.

Era la comida menos apetitosa que había visto nunca, pero al menos significaba una ocasión de distraerse, algo en que fijar la atención.

Levantando torpemente la bandeja con sus manos heridas, regresó al colchón y se sentó al borde del mismo, con las piernas cruzadas. Aunque la cena no parecía muy prometedora, decidió hacer un esfuerzo y comérsela. Con una mueca de disgusto al ver los cubiertos de plástico, dudó dándose cuenta de que los vendajes la estorbarían bastante. Comenzó por la sopa, cogiendo el tazón con ambas manos para llevárselo a los labios. Estaba medio fría y demasiado salada, por lo que volvió a dejarla sobre la bandeja. Cogiendo con dificultad el tenedor, revolvió el puré de patatas. Un solo bocado le bastó. Luego probó las habichuelas; estaban demasiado hervidas y resultaban insípidas. Chris frunció el ceño, molesta. La chuleta de cerdo estaba dura como una suela de zapato; aun siendo parcialmente comestible, la dejó a los pocos bocados. Consideró que lo único que no habrían logrado estropear debía ser la leche, conque abrió el cartón con alguna dificultad y la probó, notando con alivio que estaba buena. Se la bebió despacio, saboreándola gota a gota.

Devolviendo el cartón vacío y los cubiertos de plástico a la bandeja, Chris se puso en pie. Se le había dormido la pierna izquierda, por lo que pisó varias veces con fuerza sobre el suelo de cemento hasta que, después de muchas cosquillas, volvió a la normalidad. Acercó la bandeja a la rejilla de la puerta, le sacó la lengua impulsivamente y reanudó sus paseos.

Después de varias idas y venidas por la celda le acudió a la memoria una musiquilla conocida: *Alone Again, Naturally*. Distraída, empezó a canturrear en voz baja, pensando lo oportuna que resultaba. Pero en seguida se cansó y volvió a tenderse sobre el colchón, tratando de hallar una postura cómoda. El dolor de las manos había cedido un poco, pero las agujetas continuaban en un brazo y una pierna, cosa que la obligó a dar muchas vueltas hasta que por fin encontró una postura medianamente cómoda echada sobre el lado izquierdo.

No había nada que hacer, sino tratar de dormirse otra vez. Se preguntó qué estaría haciendo Janet. Josie y Ria seguramente miraban la televisión. De súbito, irrumpió en su mente el recuerdo de la sonrisa falsamente dulzona de Denny, y sintió una momentánea angustia en la boca del estómago. Al menos, allí dentro no podrían hacerle daño. Se tendió y recordó las muchas películas de dibujos que había visto en que los personajes, cuando no lograban conciliar el sueño, se ponían a contar ovejas. Aunque siempre le había parecido una tontería, esta vez lo intentó. Pero no le sirvió de nada. Empezó a escuchar los latidos de su propio corazón; le parecieron tan fuertes

que apenas daba crédito a sus oídos. A lo lejos se oyó el ladrido de un perro. Chris creyó que no volvería a dormirse nunca. Mas, a medida que iba pensando en una cosa y en otra, poco a poco y sin darse cuenta fue venciéndola una especie de sopor, hasta que se quedó dormida sin enterarse.

La mañana siguiente, poco después del desayuno, Chris oyó descorrer el cerrojo de la puerta. Ella estaba mirando por la ventana, y el ruido la hizo volverse con aprensión. Era la matrona de la sección de incomunicación, con su falda negra, su grueso manojito de llaves y su perpetuo ceño.

—Arriba —dijo la mujer en tono aburrido—. Es hora de hacer ejercicio.

—¿A dónde vamos? —preguntó Chris.

—No preguntes —la atajó la matrona—. Límitate a seguirme.

La mujer condujo a Chris por el corredor, la puerta, la galería y una escalera metálica hasta un patio rectangular con piso de asfalto y rodeado de paredes de ladrillo por todas partes. Allí no había nada, ni un matorral, ni un banco para sentarse. Nada.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Chris frunciendo un poco el ceño.

La matrona se encogió de hombros:

—A mí qué me importa —replicó—. ¿No te enseñaron algo de gimnasia en el colegio? Pasaré a recogerte dentro de una hora.

Con estas palabras se volvió sin más explicaciones y entró en el edificio, dejando que Chris se las compusiera. Ella decidió trotar dando vueltas junto a las paredes; era cuanto podía hacerse, dadas las circunstancias.

Mediada la tercera vuelta se abrió la puerta del edificio y apareció Bárbara Clark. Chris la vio por el rabillo del ojo, pero no dejó su juego.

Al no saber si Chris aceptaría la conversación aquella mañana, Bárbara adoptó una postura humorística, diciendo en tono deliberadamente alegre:

—Supongo que no estarás demasiado ocupada para hablar.

Alegrándose íntimamente de ver a Bárbara, pero no queriendo traicionar sus sentimientos, Chris le lanzó una rápida mirada por encima del hombro sin dejar de correr, y dijo:

—En fin; estaba a punto de irme.

Para no aparentar que estuviera persiguiéndola, Bárbara se limitó a dar un par de pasos adelante y prosiguió:

—Dime cómo puedo ayudarte, Chris.

Como un juguete de cuerda que se detiene poco a poco, Chris redujo su carrera hasta un ritmo de paseo lento y respondió:

—Sácame de aquí.

En aquel momento Bárbara empezó a caminar hacia Chris.

—Lo intentaré —dijo cuando estuvo cerca—. Pero antes debes ayudarme a comprenderte.

Ahora estaba al lado de Chris. Descansando la mano sobre el transmisor-receptor, preguntó en tono neutro:

—¿Por qué trataste de escapar, Chris?

Ella apoyó un brazo en la pared y volvió la cabeza sin responder.

—Chris —insistió Bárbara—, háblame, por favor. No puedo ayudarte si tú no lo haces también.

Chris se volvió, apoyó la espalda contra la pared cruzando los brazos y, enfrentándose a Bárbara, replicó:

—¿Por qué quieres ayudarme?

Deseaba creer a Bárbara, pero al mismo tiempo necesitaba que la convenciesen.

Ambas se quedaron un momento mirándose fijamente, sin decir palabra. En la mirada de Chris, Bárbara vio algo extraño que la llenó de inquietud. Era una expresión de desafío, de beligerancia, de astucia precavida que no le conocía. Así miraban las demás chicas, las que habían abandonado toda esperanza. Bárbara experimentó la desagradable impresión de que, si daba un solo paso en falso, si decía una sola palabra inoportuna, perdería a Chris definitivamente. Fue como estar a punto de coger la mano de alguien que estuviera hundiéndose en un pantano de arenas movedizas, sin saber si las fuerzas propias bastarían para salvar a la víctima. Buscó las palabras adecuadas.

—¿Por qué? —empezó—. Pues porque puedo verte salir, Chris. Te veo labrándote un porvenir en libertad. Todos los días veo chicas que trabajan en tiendas, asisten a la escuela, crían a sus hijos, y me digo: ésta se parece a Denny, ésa podría ser Bea, aquélla podría ser Josie... —se le quebró la voz y meneó la cabeza con pesimismo—. Pero seguramente no ocurrirá nunca. ¡Nunca!

Chris seguía impasible; aún no la había convencido. Bárbara continuó:

—Y ¿sabes por qué no les ocurrirá nunca a ellas? —se interrumpió escrutando el rostro de Chris, mirándola a los ojos para sorprender el destello de una reacción que, sin embargo, no se produjo. Sin achicarse, prosiguió—: Porque Bea fue abandonada, y era una drogadicta antes de los nueve años. Y Josie, porque fue prostituida por su propia madre. Y Denny, porque empezó a ser maltratada y violentada cuando tenía sólo un año.

La expresión de Chris cambió ligeramente, empezando a dulcificarse. «La estoy haciendo mía —pensó Bárbara—. Tal vez lo consiga después de todo».

Miró a Chris con gesto implorante. Confía en mí, parecía decir.

Insistió:

—Pero podría ser diferente para ti, Chris. Puedo verte en tu avión con rumbo al Brasil.

Al ver el súbito cambio de expresión de Chris, Bárbara comprendió que había tocado una cuerda sensible. La mirada de Chris ya no parecía impasible; había excitación en ella, y agitaba las manos sin darse cuenta. ¡Ella también estaba viéndose en aquel avión!

Bárbara sacó partido de su ventaja:

—Y ¿sabes por qué puedo verte allí, Chris, aprovechando todas tus oportunidades? Porque aún estás sana, y porque eres inteligente —Bárbara bajó la voz, subrayando con deliberación cada una de sus palabras—. Todavía tienes una oportunidad, Chris.

Los ojos de Chris empezaron a llenarse de lágrimas. Bárbara lanzó un hondo suspiro de alivio. Fue un suspiro como el que pudiera exhalar un atleta después de un tremendo esfuerzo y de haberse visto al borde del colapso. Bárbara se apoyó en la pared al lado de Chris, y alzó la mirada al cielo.

—Algún día me gustará recibir una postal del Brasil —dijo en tono soñador, mirando a Chris y con una media sonrisa en los labios—. Por eso quiero ayudarte, ¿entiendes?

Chris miró larga y fijamente a Bárbara. ¡Si pudiera creer en ella! Por último, asintió con la cabeza y dijo:

—Sí.

Esta única palabra era todo cuanto Bárbara necesitaba, la señal de que había avanzado un paso, de que había salvado el primer obstáculo. Con una amplia sonrisa, apoyó la mano sobre un hombro de Chris:

—Ahora tengo que irme. Mañana hablaremos más.

Chris se quedó mirándola en silencio mientras se alejaba y entraba en el edificio. Casi involuntariamente, sus ojos se volvieron al cielo como si quisiera ver aún más lejos..., el Brasil..., la libertad...

El resto del día se le hizo a Chris muy largo, pero de algún modo la celda de incomunicación le pareció menos inhóspita que antes. Había entrado un rayo de esperanza que disipaba las sombras. Aunque la comida era tal mala como siempre, pudo comer; el dolor de las manos disminuyó y las agujetas le parecieron más tolerables. Aún estaba amargada y frustrada; seguía sin aceptar el hecho de que sus padres hubieran consentido en que fuese encerrada en semejante lugar. Más aún, habían sido ellos, de hecho, quienes la enviaron allí. Se daba cuenta de que, por mal que anduviesen los asuntos en su casa, no podía compararse en modo alguno con aquella cárcel tan escasamente disfrazada de escuela. En los colegios de verdad, la dejaban a una regresar a casa por la noche; la vida no estaba reglamentada a toque de silbato; no la encerraban a una en una celda obligándola a dormir en un colchón puesto sobre un frío piso de cemento.

Chris se puso a pensar en las cosas que Bárbara le había dicho..., en lo que dijo de las demás chicas. Trató de imaginar qué clase de vida había sido la de Josie, Denny y Bea antes de ingresar allí. Si ella, cuando vivía en casa de sus padres, hubiera tenido la ocurrencia de mencionar las drogas, sólo mencionarlas, su padre le habría calentado la cara... Y su madre..., sí, tal vez se emborrachaba a escondidas, pero nunca se le habría ocurrido infligirle los ultrajes que Josie había tenido que aguantarle a la suya.

Aquella noche Chris se durmió con más facilidad, mientras reflexionaba acerca de las palabras de Bárbara. A lo mejor había hablado con sinceridad. A lo mejor creía verdaderamente que Chris tenía oportunidades de salir, volar al Brasil, ver mundo, sacar partido de su vida. A lo mejor...

A la mañana siguiente, Chris incluso se alegró cuando apareció la matrona para sacarla al patio de gimnasia. Aun negándose a admitirlo, tuvo una gran decepción cuando Bárbara no salió a verla, y trató de olvidarlo dando vueltas y más vueltas a toda velocidad, hasta quedar agotada de fatiga.

De vuelta a la celda, las emociones de Chris alcanzaron el punto de ebullición. Estaba llena de decepción, pero gracias al cansancio físico pudo refugiarse en el sueño la mayor parte del día.

Cuando la despertaron para cenar estaba tan triste que apenas pudo probar bocado. ¿Qué le había pasado a Bárbara? ¿Por qué no había venido? Todas aquellas cosas que dijo, ¿las pensaba de verdad, o habían sido únicamente otro truco para convencerla de que se portase bien y de que fuese una «buena niña»? Chris se apoyó en la pared con el ceño fruncido y contempló la ventana de la celda. Anocheecía, pero aún no había salido la luna y la creciente oscuridad se hacía sentir como un peso. De súbito, oyó abrir y cerrar la puerta al otro extremo del corredor, y luego unos pasos que se acercaban. Se movió hacia delante llena de esperanza y se acurrucó junto a la rejilla en la parte inferior de la puerta. El ruido de pasos se hizo más intenso. Le latía el corazón con fuerza. ¡Quién sabe!, pensó. Sujetó los barrotes de la reja y trató de mirar, conteniendo la respiración con la esperanza de no verse defraudada.

Recordó que cuando era niña y esperaba una sorpresa, solía cerrar los ojos para no abrirlos hasta que llegase el momento. Lo hizo entonces, impulsivamente, y cuando volvió a abrirlos pudo ver que Bárbara se había sentado en el suelo del pasillo, frente a la puerta, inclinando la cabeza para mirar a través de la reja.

—Chris —la llamó Bárbara en voz baja, casi en un susurro.

—Sí —contestó con vacilación.

—Aún no se puede entrar —explicó Bárbara—, pero pensé que tal vez podríamos hablar un rato.

Chris se sentó con las piernas cruzadas acercándose a la reja cuanto le fue posible.

De momento no dijo nada, pues no sabía bien cómo empezar. Luego comentó:

—Yo en tu lugar no trabajaría aquí.

Bárbara se metió la mano derecha en un bolsillo y sacó un manajo de llaves. Las contempló con gesto expresivo, las hizo resonar y explicó:

—Tengo las llaves, Chris. Puedo irme cuando quiera. Por eso mismo me quedo.

Chris frunció el ceño:

—Bueno, pues yo no me quedaría.

—Y ¿a dónde irías?

—A casa —dijo Chris en voz baja, cargada de emoción.

—Tienes suerte —dijo Bárbara—. Muchas personas ni siquiera tienen casa a donde ir.

—Yo sí —dijo Chris, pero sonó como si tratase de convencerse a sí misma.

Bárbara se incorporó y se acercó más a la puerta, con gesto de contrariedad por no poder mirar a Chris a la cara.

—¿Estás segura de que no volverías a escaparte? —dijo como buscando una confirmación a su pregunta.

Aunque Bárbara no podía verla, Chris asintió con la cabeza.

—Ahora estoy segura —dijo con tranquila firmeza, y después de una breve pausa añadió—: Después de haber pasado por aquí...

Se le llenaron los ojos de lágrimas, y éstas resbalaron por sus mejillas. Procurando que no se le quebrase la voz, agregó:

—Siempre tendré presente que, si me escapo, tendría que volver aquí, ¿no?

—En efecto —respondió Bárbara sin vacilar, sintiendo renacer la esperanza.

—Por eso estoy segura —continuó Chris—. Ya me guardaré yo.

Bárbara estaba casi convencida de que había logrado su objetivo, pero deseaba asegurarse bien. Necesitaba asegurarse. Con deliberada indiferencia, preguntó:

—¿Y tus padres?

—¿Qué pasa con mis padres? —replicó Chris, limpiándose la mejilla.

—Ellos te enviaron aquí, ya sabes.

Chris ahogó un sollozo:

—Lo sé. Pero ahora sería diferente.

—¿Por qué? —insistió Bárbara.

Chris buscó las palabras adecuadas, con la voz ahogada por la emoción. Apretó los puños en su regazo, sin hacer caso del dolor. Era mucho peor estar aislada y tener que reprimirse; el alivio tan esperado hizo que olvidase todas las demás sensaciones.

—Me aplicaré más —susurró— y lograré que lo comprendan.

—¿Cómo? ¿Qué les dirías? ¿Qué dirías si tu mamá estuviese aquí ahora mismo?

Chris alzó la mirada sin poder evitar las lágrimas que ahora corrían libremente.

—Le diría: «Mamá, no puedo volver a ese sitio. Quiero estar contigo» —se le

quebró la voz—. «Te prometo ser buena y no molestar a papá y ayudarte en las faenas».

—Y ¿qué diría ella? —preguntó Bárbara, a punto de llorar ella también.

—Ella diría: «Obedece a papá y no hagas que se enfade, y no vengas con problemas a la hora de las comidas». —Chris rompió a sollozar desconsoladamente y tragó saliva varias veces antes de poder continuar—: Ella me abrazaría y diría: «Todo irá bien ahora, Chrissie», y yo le contaría..., le contaría lo que me ha pasado.

Bárbara apoyó los codos en el suelo y apretó el rostro, tenso de emoción, contra la reja.

—¿Qué ha ocurrido, Chris? —imploró—. ¿Qué ha sido eso tan terrible que te ha pasado? Cuéntamelo, Chris.

Atormentada por los sollozos, Chris murmuró muy bajo, ahogándose:

—Lo que hicieron conmigo.

Bárbara aplastó los nudillos sobre los barrotes.

—¿Quién, Chris? ¿Qué fue lo que hicieron?

—Le contaría lo de Johnny —lloró Chris.

—¡Por favor, Chris! ¡Dime lo que ocurrió! —suplicó Bárbara con los ojos brillantes de llanto.

—¡Mamá! —gritó Chris llena de angustia, echándose al suelo y cogiendo los barrotes—. ¡Mamá! —sollozó—. ¡Me sujetaron! ¡Me hicieron mucho daño!

Entonces, con una explosión final de alivio, todos los diques se rompieron y, en medio de sus lágrimas, Chris desahogó todo el horror de aquella noche en el cuarto de las duchas.

Por fin llegó el día en que Chris salió de la incomunicación. Al paso de las semanas resultó evidente que se había operado en ella un cambio, aunque cada cual lo interpretaba a su manera. Para las chicas, había adquirido cierta categoría; la respetaban por su audaz intento de fuga. No volvió a ser molestada, ni siquiera por Moco o Jax. Sobre todo llamaba la atención el hecho de que aceptasen su mayor aplicación en las clases de Bárbara. Si bien Chris comprendía la necesidad de ser aceptada por sus iguales, la idea que predominaba en su mente era la de salir de la escuela para no volver. No olvidaba ni por un instante que estaba siendo observada por el personal, y procuraba quedar bien evitando al mismo tiempo rivalidades con sus compañeras. Había adoptado una especie de formalidad prematura, en parte por las dolorosas experiencias sufridas, y en parte debido a su firme determinación de salir en libertad.

Había adquirido mucha agudeza y una especie de sexto sentido para adivinar de qué lado podía venirle un peligro.

Se fijó una fecha para la entrevista personal de Chris con el cuadro de tutores, quienes debían determinar la conveniencia y el grado de preparación psicológica para ser autorizada a pasar unos días de prueba bajo la tutela de sus padres. La «reunión» se programó para un viernes por la tarde, inmediatamente después de la comida. Se le ordenó a Chris que se presentase a las dos en punto. Llena de esperanza, se encaminó directamente a su habitación después de comer y se puso las mejores ropas que tenía. Luego se cepilló el cabello hasta sacarle reflejos. Deseaba causar buena impresión y que todo discurriese de un modo perfecto.

No había nadie en los dormitorios, a excepción de Janet, que se había encontrado mal aquel día. Chris sintió alivio; no tenía ganas de charlar con nadie pues estaba demasiado nerviosa. Por suerte, Janet dormía, con sus largos cabellos negros desparramados alrededor de los hombros. Su vientre ya muy dilatado subía y bajaba al ritmo de su respiración. Chris se pasó el cepillo por el pelo por última vez y consultó el despertador que estaba sobre la mesita. Faltaban cinco minutos pero, deseando evitar todo retraso, salió de la habitación andando de puntillas para no despertar a Janet y se encaminó poco a poco hacia la sala de reunión, que estaba al final de la galería.

La puerta estaba cerrada y la galería se le antojó extrañamente silenciosa sin la habitual presencia de las chicas, con sus voces animando los corredores en combinación con los diálogos de la TV y el rítmico batir de la música rock.

Chris comprendió que aún no habían pasado los cinco minutos, y se quedó dudando delante de la puerta. No quería entrar con demasiada anticipación, no porque temiese descubrir su desesperada necesidad de salir de allí, sino porque le parecía que

una entrada precipitada podría ser considerada como una intrusión, y tener un efecto negativo sobre la decisión de la junta. Cuando dicen a las dos, quieren decir a las dos, pensó. Allí todo funcionaba a toque de reloj, y la que se adelantaba o retrasaba perdía puntos. Y Chris estaba determinada a no cometer ninguna equivocación aquel día.

Contemplando la puerta con nerviosismo, pues había perdido ya la noción de la hora, Chris se volvió impulsivamente y regresó corriendo a su habitación para volver a consultar el despertador. Faltaban dos minutos para la hora. Consideró que podría ir contando los segundos por el camino, y después de salir de puntillas reemprendió el recorrido del pasillo y la galería mientras contaba mentalmente.

«¡Caray! —pensó—. Una nunca se figura lo largo que puede resultar un segundo, hasta que empiezas a contarlos». Aún no había llegado hasta sesenta cuando se vio de nuevo delante de la puerta, por lo que se quedó allí contando impacientemente con los dedos. Se le ocurrió que quizás habría sido mejor contar hacia atrás, como en la cuenta atrás para el lanzamiento de un cohete.

Cuando le pareció que eran exactamente las dos, respiró hondo, dio un paso adelante y llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Adelante! —se oyó una voz al otro lado.

Abriendo la puerta despacio, pasó y cerró a sus espaldas para luego lanzar una ojeada a su alrededor. Allí, sentados alrededor de una mesa, estaban los miembros del tribunal en cuyas manos descansaba su destino inmediato. Presidía la mesa la directora adjunta, Cynthia Porter. A su lado estaba Bárbara Clark y luego Emma Lasko, la celadora de los dormitorios; al otro extremo de la mesa vio a Elaine Ferraro, la monitora que había estado presente el día de su intento de fuga. Frente a Bárbara y Emma Lasko había una silla libre. Cynthia exhibió su postiza sonrisa y su expresión de «vamos al grano», indicándole la silla vacía.

—Siéntate, Christine —dijo—. Vamos a empezar en seguida.

Chris vaciló un instante y luego ocupó la silla inclinándose hacia delante con intención de apoyar los brazos sobre la mesa. Pero luego, pensando que tal vez no gustaría tanta familiaridad, puso las manos en el regazo y adoptó una postura rígida. Ojeó disimuladamente los rostros de quienes la rodeaban, con sus miradas fijas en ella. Bárbara estaba seria, pero Chris notó en seguida una corriente de simpatía. Cynthia y Elaine no exteriorizaban emoción alguna; en cambio la mirada de Lasko traicionaba una ligera hostilidad.

—Bien —dijo Cynthia jovialmente—. ¡Manos a la obra!

Luego, volviéndose hacia Lasko, prosiguió:

—Tú eres la celadora, Emma. ¿Quieres ser la primera en darnos tu opinión?

Lasko se tocó el peinado, lo pensó un momento y luego dijo, condescendiente:

—Bien. La niña hace su trabajo, me parece, y ha respetado las normas.

Cynthia se volvió al otro lado de la mesa:

—¿Elaine?

La aludida asintió con la cabeza.

—Suele participar en los juegos. En realidad no tiene afán de competir, pero eso le pasa a la mayoría. Al fin y al cabo, hace poco que salió de incomunicación.

Cynthia frunció el ceño mientras manoseaba un lápiz, diciendo:

—En efecto, después de un intento de fuga lo habitual es cancelar todas las visitas familiares hasta que...

—Lo sabemos, lo sabemos —la interrumpió Bárbara con impaciencia—. Pero ésa no fue una fuga planeada. Fue una reacción emocional por lo ocurrido.

—No existen pruebas de que ocurriese nada —intervino Lasko, ofendida.

—Creí que ya habíamos discutido eso —dijo Bárbara con énfasis.

Lasko miró fijamente a Chris:

—¿Por qué no me hablaste a mí acerca de ese asunto de Johnny? —preguntó acusadoramente.

Chris abrió mucho los ojos, sintiendo que se le formaba un nudo en el estómago. No sabía cómo contestar aquello, pues no había previsto que saliese a relucir. Sonrojándose, bajó la mirada.

Alarmada por la reacción de Chris y viendo que se dejaba intimidar por la celadora, Bárbara intervino con energía:

—¿No habíamos quedado en no mencionar este asunto en presencia de Chris? —dijo en tono cortante.

—Lo siento —se puso a la defensiva Lasko—, lo siento de veras, si ocurrió..., pero es que las chicas lo negaron.

—Pues, ¿qué esperabas? —replicó Bárbara—. ¿Que firmasen una declaración por escrito?

Lasko pareció verdaderamente contrita:

—No puedo permitir que se le haga daño a una de mis chicas —dijo—. Es lo primero para mí.

Notando la tensión y procurando conciliar los ánimos, Cynthia recurrió de nuevo a su lápiz y empezó a darle vueltas.

—En fin, Emma —intervino apaciguadoramente—. Ya nos hacemos cargo de que, con tantas chicas que vigilar, pueden ocurrir cosas así de vez en cuando. Procura extremar tu atención.

—Lo haré —dijo Lasko, cada vez más a la defensiva—. Sólo que me niego a aceptar un hecho no probado.

Entonces Bárbara ya no pudo contener su indignación.

—¡Pues yo me niego a seguir hablando de este asunto! —exclamó con impaciencia—. Lo que hemos de discutir aquí es un permiso para que Chris pase cuatro días en casa de sus padres. Si sale bien, tendrá una oportunidad de quedarse

allí. Sólo una de cada cinco chicas no regresan aquí nunca, y ése puede ser el caso de Chris. Porque ella todavía tiene confianza en sí misma. Quiere ser alguien, quiere hacer algo. Dadle esa oportunidad.

—Pero una estancia en casa de sus padres, a tan pocas semanas de un intento de fuga... —empezó Cynthia con una mirada dubitativa.

Bárbara apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante, con el cuello rígido.

—Puede que demos tanta importancia a los reglamentos —dijo con severidad—, que estemos haciendo más mal que bien. ¡Hagamos una excepción y démosle una oportunidad!

Cynthia meditó en silencio, dando golpecitos con el lápiz sobre la mesa, y luego se volvió hacia Chris:

—Bien, ¿qué dices tú, Christine?

La interpelada tenía la boca seca y removía las manos en el regazo. Se aclaró la garganta:

—Perdón —murmuró a media voz; luego miró a Cynthia de frente y prosiguió—. Creo que mi actitud ha mejorado mucho ahora. Comprendo que he obrado mal, pero me parece que ahora podría merecerlo.

La directora adjunta no hizo ningún comentario, limitándose a dar golpecitos con el lápiz. Elaine compuso un gesto aburrido, como si hubiera preferido hallarse en otra parte. Lasko parecía enfadada, estimándose tratada injustamente. Pero Bárbara le dirigió a Chris una sonrisa para animarla, y ésta le correspondió con una mueca nerviosa.

Por último, Cynthia abandonó el lápiz y miró a Chris.

—En fin —dijo—, creo que la discusión ha terminado por ahora. Retírate a tu habitación, Christine. Antes de la cena te comunicaremos nuestra decisión.

Chris se sujetó al tablero de la mesa y se incorporó.

—¿Me darán una oportunidad? —suplicó.

Cynthia se limitó a sonreír, sin comprometerse.

—Veremos —dijo—. Puedes irte ahora.

Chris miró a Bárbara con nerviosismo, tratando de captar alguna pista, alguna indicación sobre si se le permitiría salir o no. Aunque Bárbara se limitó también a una sonrisa, Chris adivinó que, si había alguna esperanza, ésta se hallaba únicamente en manos de Bárbara Clark.

—Vete, Chris —dijo Bárbara—. Te prometo ser la primera en decírtelo, cualquiera que sea la decisión tomada.

Chris se puso en pie, despacio, y empujó la silla hacia atrás.

—Lo he dicho de veras —dijo—. Creo que puedo merecerlo, ¡lo sé!

Luego, sin esperar respuesta, se encaminó a la puerta, la abrió y salió a la galería,

no sin asegurarse de cerrar con suavidad. Sólo faltaría que se cerrase la puerta de golpe y lo echase todo a perder, pensó.

De repente sintió una súbita necesidad de respirar aire fresco, pero se contuvo. Si salía sin comunicar a nadie a dónde iba, tal vez no podrían encontrarla y tardaría más en conocer la decisión. Ignoraba cuál iba a ser el veredicto, pero esperaba fervientemente que fuese afirmativo. Tenían que darle una oportunidad. Dan oportunidades a los violadores, a los atracadores y a los rateros, pensó con amargura. ¿Por qué no iban a dársela a una niña? ¿A quién he perjudicado yo que no sea tal vez a mí misma? Con estos pensamientos, recorrió el pasillo y se encaminó directamente a su habitación. No podía hacer otra cosa sino esperar.

Mientras aguardaba en su habitación intentó leer con objeto de pasar el rato, pero la ansiedad y la incertidumbre le impedían concentrarse. Las palabras del texto se convertían para ella en jeroglíficos sin sentido, hasta que optó por dejarlo. Todo su ser estaba pendiente de una única idea: ¿Dejarán que me vaya a casa? Pero había algo más: un pensamiento insidioso que se ocultaba en un rincón de su mente como una sombra amenazadora. ¿Qué pasaría si, después de decidir que podían conducirla a casa, no lograban ponerse en contacto con sus padres? ¿Y si éstos estaban peleándose y contestaban a la llamada de Cynthia o del señor Thorpe con alguna palabra inconveniente?

Sentada en su litera con la espalda descansando sobre la almohada, con el libro cerrado en el regazo, Chris intentó apartar de su mente aquellos dilemas. Miró el despertador que estaba sobre la mesita. Su tic-tac parecía más ruidoso que nunca, pero a no ser por el ruido habría jurado que las manecillas no se movían. Con impaciencia, bajó de la litera, salió al pasillo y asomó la cabeza hacia la galería. Estaba desierta. Regresando a la habitación, abrió el cajón de la mesita, repasó su ropa limpia y reunió sus escasos enseres. Necesitaba un cepillo dentífrico nuevo, y a su peine le faltaban varias púas. Arregló y desarregló todas sus cosas varias veces; por último cerró el cajón, se acercó a la ventana, echó una breve ojeada, se volvió y salió de nuevo al pasillo. Nadie se acercaba. Intranquila, se subió otra vez a su litera, no muy segura de si lograría conciliar el sueño para aliviar temporalmente su ansiedad. Sin embargo, lo intentó. Apenas había encontrado una postura cómoda, se dio cuenta de que se había olvidado de quitarse los zapatos.

Segundos después se oyó una leve llamada en la puerta. Chris se irguió como impulsada por un resorte, quedando sentada en la litera.

—¿Puedo entrar? —dijo una voz conocida.

Bajándose de un salto, Chris corrió a la puerta.

Era Bárbara. Chris estaba tan nerviosa que no pudo pronunciar palabra; se quedó quieta con la mirada clavada en el rostro de Bárbara, los ojos muy abiertos e implorantes, y castañeteándole ligeramente los dientes.

Bárbara rompió en una radiante sonrisa y cogió a Chris en sus brazos.

—Mañana —murmuró suavemente, acariciándole el cabello—. Mañana podrás irte a casa.

A primera hora de la tarde del sábado, Chris esperaba impacientemente sentada al borde del sofá, en la sala de recepción. Tenía la espalda rígida, las rodillas juntas, y las manos apretadas en el regazo. A su lado estaba la maleta que contenía todas sus pertenencias. Sólo había otra persona en la habitación, una recepcionista detrás de un mostrador, que charlaba con alguien por teléfono ajena a todo lo demás.

Cuatro días, pensó Chris. Dijeron que podía quedarse el sábado, el domingo, el lunes y el martes; luego, si todo salía bien, no sería necesario que volviese. Se preguntó qué habrían querido decir con aquello de «si todo salía bien». Todo iba a salir bien necesariamente, puesto que sólo dependía de ella. Lo único que podía hacerla regresar allí sería una nueva fuga. Así de sencillo. Si se escapaba otra vez de casa, ello significaba regresar directamente al Reformatorio. Pero, si se quedaba —y eso era precisamente lo que se proponía hacer—, no podrían obligarla a regresar allí en ningún caso.

Miró el reloj de pared. Eran casi las doce y media. Le habían dicho que estuviera dispuesta para las doce, pero a las once ya lo tenía todo listo. ¿Por qué tardaba tanto su padre?, se preguntó. Sabía que iba a venir; le habían dicho que recibió la notificación y que pasaría a recogerla. Volvió la cabeza hacia la puerta y frunció el ceño. ¿Y si mamá se había puesto nerviosa y...? Meneó la cabeza como para expulsar aquel pensamiento de su cerebro.

La recepcionista alzó la mirada.

—Espera un momento —dijo, dirigiéndose a su interlocutor telefónico, y luego, volviéndose hacia Chris—: ¿Te encuentras bien?

Chris se sobresaltó ligeramente y se volvió para mirar a la recepcionista, un poco sofocada.

—Sí, sí. Gracias —respondió.

En ese momento se abrió la puerta que daba al exterior. El corazón de Chris dio un vuelco y se puso a latir con fuerza. Era su padre.

Ben Parker era un hombre robusto de cuarenta y tantos años, de rostro colorado, pelo muy rubio cortado a cepillo y ojos de color azul muy pálido. Vestía de andar por casa, con un pantalón de pana negra y una camisa deportiva vulgar, sin corbata. Chris se puso en pie de un salto y ambos fueron el uno al encuentro del otro. Por un momento pareció como si fuesen a abrazarse, pero luego se detuvieron en seco, mirándose con cierto nerviosismo y vacilación. Había en Parker una actitud reservada y Chris notó en seguida que se sentía violento. Era de esos hombres para quienes toda demostración pública de cariño equivale a un signo de debilidad impropia de su hombría; aunque estaba visiblemente emocionado al encontrarse de nuevo con su hija, se violentaba para disimularlo. Chris se le acercó más y entonces, sin poderlo

remediar, él tendió una mano tragando saliva para vencer su confusión.

Luego retiró la mano, se encogió de hombros, y mirando con incertidumbre a su alrededor, preguntó a su hija:

—¿Ya podemos...? —se interrumpió y luego continuó—: ¿Podemos irnos así, sin más ni más?

Chris asintió con la cabeza para tranquilizarle y dijo:

—Así es.

Luego se volvió para recoger su maleta, pero él se interpuso.

—Yo la llevaré —dijo, manifiestamente satisfecho al poder hacer algo por su hija. Se encaminó a la puerta y Chris le siguió, deteniéndose un segundo en el umbral para volverse hacia la recepcionista.

—Adiós —le dijo.

—Adiós —respondió la mujer.

Chris y su padre se acercaron en silencio al coche, un sedán cuatro puertas último modelo inmaculadamente limpio y brillante. Chris ocupó el asiento delantero mientras su padre guardaba la maleta en el portaequipajes. Apenas podía creerlo. ¡Estaba regresando a casa, por fin!

Ninguno de los dos habló mientras Parker giraba la llave de contacto, arrancando el motor, y enfilaba el camino que conducía a la carretera. Sin embargo, no había mutuo entendimiento en aquel silencio. Chris estaba sentada con mucha formalidad, con las manos juntas en el regazo y la mirada fija en el camino. Cuando llegaron a la carretera y ganaron velocidad, Parker carraspeó y, sin dejar de mirar hacia delante, dijo torpemente:

—Tienes muy buen aspecto.

Chris sonrió con tristeza.

—He engordado —dijo—. La comida es muy... —se interrumpió—, muy sustanciosa, ¿sabes?

Cambiaron una rápida mirada, y luego Parker retornó su atención a la carretera.

—¿Cómo está mamá?

—Bastante bien —repuso Ben Parker, asumiendo una expresión sombría—, aunque ya sabes lo que pasa.

Chris no deseaba hablar de ello, por lo que no contestó. Su padre siguió luchando en busca de palabras con que explicarse:

—Es que se ha puesto un poco nerviosa con lo de tu regreso, ¿entiendes lo que quiero decir? Le pone nerviosa tenerte en casa.

Frunció un poco el ceño, arrepintiéndose de lo que había dicho, y luego mudó el tema en busca de una conversación más ligera. Forzó una sonrisa:

—No has dicho nada del coche. ¿Qué te parece lo suave que rueda?

El automóvil era su razón de vivir. Como muchos hombres, consagraba a una

máquina el cariño y los cuidados que, en realidad, debería dedicar a su familia.

Chris se volvió hacia él y le sonrió.

—Le has cambiado el tubo de escape —dijo. Era una afirmación, no una pregunta. Ben se hinchó de orgullo.

—He ajustado el motor —alardeó—. ¡Escucha! Fino como una seda.

Pese a su actitud engañosamente despreocupada, Ben no pudo contener la pregunta que había estado rondándole la cabeza. Si no se atrevió a hacerla en seguida fue por miedo a recibir una respuesta que no deseaba escuchar. Su sonrisa forzada fue desvaneciéndose. Aunque no se atrevía a confesárselo, iba apoderándose de él un creciente sentimiento de vergüenza.

—No es mal sitio, ¿verdad? Me refiero a la escuela —preguntó, sabiendo en el fondo que sí lo era.

Chris notó una oleada de angustia y le miró. Apartando un segundo la mirada del camino, él le lanzó una rápida ojeada interrogante. Lo más fácil del mundo habría sido decirle lo que él deseaba oír: «Un sitio estupendo, ¡palabra!». Sin embargo, no tuvo fuerzas para decirlo en voz alta y se limitó a mirarle fijamente, sin responder.

Ben volvió a fijarse en la carretera.

—Acércate —dijo, pasando el brazo por encima del respaldo vecino. Era el primer gesto de afecto que demostraba, y Chris obedeció con prontitud, acurrucándose a su lado. Le acudieron lágrimas a los ojos, pero logró reprimirlas. ¡Me quiere!, pensó. ¡Me quiere de verdad! Y está arrepentido de haberme enviado a la escuela. Chris notó como un calor que la invadía, y se apretó más contra su padre.

Los Parker vivían en una modesta casa de estuco blanco y entramado de madera, exactamente igual, salvo pequeñas variaciones, a cualquier otra casa del vecindario. Era como un cajón mal clavado en el que habían abierto puertas y ventanas; como un hongo rectangular y artificial rodeado de otros muchos en un inmenso bosque de vulgaridad. Lo que en algún tiempo pretendió ser el césped aparecía como un espeso colchón de matojos; junto a los muros de la casa había un raquítico jardín de petunias, lirios y aguileñas.

Los neumáticos crujieron sobre la grava mientras Ben rodeaba la casa para detener el automóvil frente a la puerta del garaje. Ésta, al abrirse reveló un cobertizo lleno de herramientas mecánicas, útiles de jardinería y viejas cajas de cartón. Aunque aquella casa había sido escenario de tantas penalidades para Chris, no obstante se le alegró el corazón al verla. Pese a todos sus inconvenientes, era un hogar y el lugar que a ella le correspondía.

—Bien, ya hemos llegado —balbuceó su padre.

Chris se apeó del coche sin responder. Mientras su padre sacaba la maleta, ella se dirigió al porche. Apenas había subido la escalera, se abrió de golpe la puerta y

apareció su madre.

La señora Parker era una morena delgada cuyos ojos estaban rodeados de profundas ojeras y prematuras arrugas de aflicción. Llevaba un vestido de tela floreada vulgar, zapatos de tacón bajo muy gastados, y no usaba medias.

Chris se arrojó en brazos de su madre y ambas se abrazaron estrechamente, procurando contener el llanto.

—¡Qué pena! —exclamó la señora Parker con voz temblorosa—. ¡Ay, niña! ¡Qué pena tan grande!

Se apartaron para mirarse a los ojos interrogadoramente.

—No quiero volver allí —dijo Chris en tono de súplica mientras su padre se acercaba a sus espaldas. La señora Parker asumió un gesto de incertidumbre:

—En fin, no sé —empezó—. Dijeron que sólo serían cuatro días.

—Pero si sale bien me dejarán quedarme —la interrumpió Chris.

Su madre pareció aún más insegura que antes. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego volvió a cerrarla.

—Mamá —suplicó Chris colgándose de los brazos de su madre—, no quiero volver allí. ¡No puedo! ¡No sabes lo horrible que es!

Su padre intervino para tranquilizarla, poniéndole una mano en el hombro.

—¡Eh! ¡Quién iba a decirlo! —exclamó en un intento, manifiestamente forzado, de aparentar jovialidad—. No hace un minuto que hemos llegado y ya estáis llorando. Vamos, entrad en casa.

Los tres pasaron a la cocina.

—Sentaos un momento, que vuelvo en seguida —dijo Ben, dejando a su mujer y a su hija en la cocina.

Chris miró a su madre con desconfianza. No le había gustado el tono de su voz cuando mencionó lo de los cuatro días. Chris tendría que convencerla de que había venido para quedarse.

—Ten por seguro que no deseo volver allí, mamá —dijo en tono decidido, aunque procurando no parecer demasiado beligerante.

—Bueno, nosotros no deseábamos enviarte allí —dijo Ben desde la habitación contigua—. No creas que fue fácil para nosotros, ¿sabes? —añadió en tono defensivo.

—Lo sé —replicó Chris, sin convicción.

—No te hicieron ningún daño, ¿verdad? —preguntó Ben entrando de nuevo en la cocina y deteniéndose a espaldas de Chris.

Ella sintió un nudo en la garganta, pero estaba decidida a no revelar sus emociones. Cerró los ojos y meneó ligeramente la cabeza.

—No, papá —murmuró.

—¿Lo oyes? —dijo Ben, dando la vuelta alrededor de la mesa para sentarse al lado de su mujer—. ¿Lo oyes? Dice que no le hicieron ningún daño.

Hablaba confiadamente, como para demostrar que había obrado con acierto. Pero tanto él como su mujer y Chris sabían que únicamente lo afirmaba porque deseaba creer en ello. Miró a su mujer buscando un signo de ánimo o de asentimiento. Meneando el dedo con énfasis, prosiguió:

—Es lo que yo le pregunté al juez. «¿Les pegan?», dije, y él dijo que no. Y yo le advertí: «Más vale que me haya dicho la verdad». Tenía que asegurarme de que mi niña iba a ser bien tratada; de lo contrario no habría dejado que se la llevaran.

Chris tuvo ganas de gritar. Habría preferido cambiar de conversación. Apretó los puños, cerró los ojos y, después de respirar hondo, dijo en voz firme pero tranquila:

—Nadie me ha pegado, papá.

La señora Parker, disgustada por la culpabilidad de su esposo, le miró fríamente y murmuró:

—Nadie le pega nunca, sino tú.

Ben frunció el ceño.

—Bueno, bueno —lanzó rápidamente, con un asomo de amenaza en la voz—. No la tomes conmigo ahora.

La madre de Chris contuvo el aliento.

—No..., no... Quise decir que...

—¡Ya te he entendido! —ladró Ben. Se volvió hacia Chris con gesto acusador—: ¡Lo mismo que tú cuando andaba por aquí tu hermano! Siempre os dabais la razón y era yo el que estaba equivocado —se puso a gritar con creciente irritación.

Chris y su madre cambiaron nerviosas miradas. La primera se puso a doblar el borde del mantel de plástico.

—Mira, Ben —suplicó la señora Parker—. No empecemos otra vez, ahora que la niña está en casa.

Ben contempló las expresiones aprensivas de su mujer y su hija, y trató de dominarse. Era difícil bregar con una mujer, pero con dos... No quería jaleos; no el primer día, al menos. Tendría que contemporizar un poco, o no le dejarían tranquilo. Haciendo un esfuerzo por disimular su contrariedad, se volvió hacia Chris y le dijo en un tono más tranquilo:

—Puede que me haya equivocado algunas veces —se encogió de hombros, con testarudez—. Pero mi intención era buena, ¿comprendes? Trato de hacer lo mejor para todos.

Deseando aprovechar la ventaja momentánea, la madre de Chris intervino:

—En fin, la niña está en casa y eso es lo que importa. Dejémoslo ya. —Luego se dirigió a Chris—: ¿Quieres irte a descansar?

Chris asintió, aliviada ante la oportunidad de alejarse un rato y evitar más disgustos. Empujó la silla hacia atrás y se puso en pie; luego se detuvo.

—¿Sabéis algo de Tom? —preguntó.

—Sí —contestó su madre—. Se ha ido a vivir cerca de Tuscon.

Chris la oyó con interés; en su mente había empezado a germinar una idea.

—¿Tenéis sus señas? —preguntó con la mayor indiferencia que pudo aparentar.

—Pues sí —replicó su madre con ligero tonillo de amor propio maternal ofendido—. La primera tarjeta postal al cabo de seis meses.

Se puso en pie y se acercó al armario de la cocina. Después de revolver en un montón de facturas, sacó una postal.

—¿Puedo verla? —dijo Chris acercándose a su madre.

La señora Parker le tendió la postal, y Chris se puso a leerla con rapidez. Con el rostro ensombrecido por un gesto de desaprobación, Ben comentó:

—Parece que se muda todos los meses.

—¿Ha enviado fotografías? —preguntó Chris.

—No —contestó la señora Parker con aprensión, temiendo que aquello degenerase en otra pelea.

—Ni siquiera he podido conocer a mi nieto —gruñó Ben con la mueca de un niño que ha sido excluido por sus compañeros de un partido de pelota.

Chris no les hizo mucho caso y se alejó con una sonrisa, mientras releía la postal.

Su madre la llamó cuando ya alcanzaba la puerta.

—Tus amigas Carol y Ellen preguntaron por ti.

Pero Chris ni siquiera respondió.

Entrando en su habitación, paseó una ojeada por los objetos familiares y sonrió de nuevo. Su oso de peluche estaba sobre la almohada, exactamente tal y como lo había dejado. Su Diario de cinco años presidía la mesita de noche, cerrado con llave. Las fotografías de ella misma y de sus amigas, sujetas al marco de nogal de su espejo de tocador: nadie las había tocado.

Se acercó a la ventana. ¡Qué vista tan maravillosa!, pensó. Sin rejas ni telas metálicas. Descorrió las cortinas, abrió la ventana y se quedó un rato mirando el césped y los árboles. Soplaba una ligera brisa, que acarició sus mejillas e hizo ondear las cortinas. Luego, al oír un crujido en el descansillo frente a su habitación, se volvió.

Era su madre.

—Chris —empezó con una nota de confusión en la voz—. Ellas no saben dónde has estado..., tus amigas, quiero decir. Les dijimos que estabas pasando una temporada en casa de tu hermano.

Chris asintió en señal de comprensión y dijo:

—¿Sabes una cosa, mamá? Es donde me gustaría estar en realidad. ¿Por qué no dejáis que me vaya allí?

La señora Parker se precipitó hacia ella impulsivamente, con los brazos tendidos.

—¡Niña! —empezó.

Chris alzó una mano para detenerla.

—Vale, vale —dijo en tono de fatiga, al tiempo que retrocedía. Se sentó en la cama, dándose cuenta de la intranquilidad de su madre. Queriendo evitar disgustos, cruzó los brazos, miró a su madre con aire de fingida severidad y dijo—: Pues entonces las comidas tendrán que ser exactamente a las doce menos cuarto, y que nadie fume sin mi permiso. Además, he preparado algunos trabajitos para que tengas con qué distraerte.

Aquella broma rompió la tensión y ambas sonrieron.

—¡Descarada! —fingió reñirla su madre, sonriendo mientras se volvía para salir. Chris la detuvo gritándole:

—¡Y además, prohíbo el empleo de malas palabras!

Sonriendo mientras su madre se alejaba, Chris se dejó caer sobre la cama y dio varios saltos de alegría diciéndose que por fin estaba en su cama, tan blanda y confortable, y no en una estrecha litera donde habían dormido cientos de desconocidas antes que ella.

De súbito se sentó, saltó de la cama y corrió hacia la ventana de nuevo. ¡Qué libre y hermoso le parecía todo! Los espacios abiertos, la ausencia de imposiciones, el no verse encerrada la hicieron estremecerse de satisfacción. Alargó la mano al exterior y luego la retiró. Sólo el pensar que podía entrar y salir a su antojo bastaba para llenarla de júbilo. Ahora estaba más convencida que nunca; no tendría que regresar a esa escuela jamás, ¡jamás!

Más tarde, Chris se acomodó en un escalón del porche, mientras bebía una botella de naranjada, y se puso a mirar a su padre mientras éste trabajaba en el motor de su automóvil.

—¿Tienes algo especial previsto para hoy? —preguntó él sin volverse.

—Estoy esperando a mamá —contestó Chris—. Nos vamos de compras.

—¿Para qué? —preguntó Ben, distraído, sin dejar de hurgar con sus herramientas.

—Vestidos —explicó Chris, y luego se volvió para gritar a través de la puerta abierta—: ¡Vamos, mamá!

Con el aliento entrecortado, meneó la cabeza y comentó irreflexivamente:

—¡Lleva más de una hora arreglándose!

Su padre se incorporó, se limpió lentamente una mancha de grasa que tenía en la frente y frunció el ceño.

—No estará ahí dentro empinando el codo, ¿eh? —interrogó.

—No —respondió Chris con rapidez, tratando de disimular su propia inquietud; luego volvió a llamar—: ¡Mamá!

Después de mirar un rato a Chris, dubitativo, Ben decidió que a lo mejor le había dicho la verdad.

—Oye —empezó—, cuando volváis podríamos ir a dar una vuelta con el coche. Ya sabes, para comprar unas pizzas o algo así.

Hablaba en tono incierto y cauteloso, con una expresión desconfiada.

—¡Eh! ¡Buena idea! —dijo Chris con una sonrisa, aliviada al comprobar que no parecía enfadado.

Ben cogió una llave inglesa y se inclinó de nuevo sobre el motor. Al verle trabajar en aquella postura, Chris imaginó a un hombre metiendo la cabeza en las fauces de algún monstruo fantástico.

—Apuesto a que no te daban pizza en esa escuela, ¿eh? —preguntó.

—A pan y agua nos tenían, oye.

—¡Hum! —murmuró Ben—. ¿Estaba bueno el pan?

—Mohoso.

—Pero el agua no sería mala, ¿verdad?

—No mucho —replicó Chris sin poner ninguna entonación en su voz—, para ser agua salada.

Era un antiguo juego que solían practicar en otros tiempos y que casi habían olvidado después de tantos disgustos, como un antiguo disco humorístico enterrado en un montón de escombros.

Ben sacó la cabeza del compartimiento del motor y se volvió para mirar a su hija, con los ojos risueños. En ese preciso instante se abrió la puerta del porche detrás de Chris, y ambos dirigieron la atención hacia la señora Parker, quien se tambaleaba ligeramente al salir.

—No encuentro mi monedero —dijo con voz torpe—. ¿Dónde estará mi monedero?

La inseguridad de sus pasos y el hablar estropajoso la traicionaban. Había estado bebiendo.

El corazón de Chris dio un vuelco:

—¡Mamá! —exclamó sin saber qué hacer. Su padre arrojó la llave inglesa al suelo, pasó de largo y corrió hacia la entrada, iracundo. Tenía el rostro encendido de rabia. Chris se puso en pie de un salto y trató de retenerle, sin conseguirlo.

—¡Espera, papá! —gritó—. ¡Yo cuidaré de ella! ¡No vayas!

Era como si se hubiese dirigido a un toro furioso, para el caso que le hizo. Agarrando del brazo a su mujer, Ben Parker la empujó al interior de la casa. Se oyó un fuerte bofetón acompañado de un grito de dolor. Chris se encogió, angustiada, sintiendo miedo, tristeza y frustración. Era como ver por enésima vez una película mala; una siempre se figuraba que esta vez sería mejor, pero ello no sucedía nunca. ¿Por qué no trataban de llevarse mejor? ¿Por qué tenían que comportarse así y estropearlo todo?

Ben salió corriendo de la casa con el furor pintado en su rostro, ahora lívido.

Cuando estaba así, Chris le tenía miedo. Sin embargo, realizó un intento desesperado por arreglar las cosas, porque se olvidase lo ocurrido... Sabía que estaba en su mano lograrlo, si ellos la escuchaban.

—¡Yo cuidaré de ella, papá! —chilló de nuevo. Mas Ben pasó de largo evitándola con un gesto, por lo que su mano tendida no encontró sino el vacío.

—Espera, papá. Daremos nuestro paseo más tarde —continuó, procurando serenar la voz.

Sin aflojar el paso, él se dirigió al coche, cerró el capó con un estampido y abrió la puerta. Volviéndose hacia Chris, bramó:

—¡Sólo faltaba que vosotras dos me estropeaseis mi único día libre! ¡Trabajo y disgustos, eso es todo lo que habéis sabido darme! Primero tu hermano, y luego tú.

Con esto, se puso al volante y cerró de un portazo. Pero aún no había terminado. Asomándose por la ventanilla y sin dejar de fijar la mirada en Chris, la acusó con fiereza:

—¡Tú no deberías estar aquí! Dijeron que permanecerías en ese sitio cuatro meses por lo menos. Creí que te serviría de lección, ¡y ahora resulta que has vuelto, sólo para darme disgustos!

Los ojos de Chris se llenaron de lágrimas, y corrió hacia el coche:

—¡No, papá! ¡Por favor!... —empezó.

—¡Por eso no quieres volver allí! —aulló—. Porque te hacen ir bien derecha, ¿no?, y obedecer sin rechistar. Pues voy a decirte una cosa: ¡tendrás que volver, te guste o no!

—¡No puedo! ¡No puedo volver allí, papá!

—¡Ya lo veremos! —cortó Ben.

Ella se aferró al cristal de la ventanilla, con el rostro bañado de llanto.

—¡No puedo!... Por favor, papá. ¡No lo hagas!

—Pues, ¿qué tiene de malo, eh? —replicó—. ¿Te crees demasiado señorita, o algo así?

—¿Quieres saber por qué no puedo volver? —sollozó ella, a punto de estallar—. Pues voy a decírtelo. ¡Te voy a contar todo lo que pasa en esa escuela! Las chicas de allí...

Él la interrumpió.

—Adelante —gruñó—. Cuéntame la primera mentira que se te ocurra; cualquier cosa, con tal de no tener que volver allá y aprender un poco de disciplina. Es eso lo que no puedes soportar, ¿eh?

Comprendió que no había manera de hacerle entrar en razón. No deseaba escucharla; se había convencido a sí mismo y no quería oír otra cosa. Chris retrocedió con amarga decepción mientras él ponía en marcha el coche, pisando el acelerador hasta hacer patinar las ruedas. Luego desapareció, dejándola sola, cubierta de polvo y

de lágrimas.

Entonces resurgió en Chris el antiguo y conocido impulso de salir corriendo para irse a cualquier parte. Recordó lo que Moco había dicho aquel día en la clase de Bárbara: montar a caballo y correr, ¡correr! ¡Santo Cielo! ¡Si pudiera irse bien lejos, lejos de la escuela, lejos de todo!

Echó a andar hacia la calle, pero luego, súbitamente, se acordó de su madre. Seguramente estaría en un rincón, llorando sola. Se volvió y empezó a regresar hacia su casa, caminando lentamente.

De algún modo, Chris y sus padres consiguieron pasar lo que restaba del fin de semana. Tal vez fue porque el padre de Chris no se dejó ver mucho por casa. El lunes por la mañana pareció reinar una atmósfera de calma. Él estaba trabajando, por lo que de momento no había el peligro de verle aparecer poniendo el grito en el cielo por cualquier motivo.

La señora Parker, vestida con una bata vieja, estaba sentada a la mesa de la cocina fumándose un cigarrillo y sorbiendo una taza de café. Chris la acompañaba. Distraídamente, la señora Parker le ofreció un cigarrillo que ella, no menos ausente, aceptó.

—En la escuela teníamos una maestra bastante simpática, ¿sabes? —empezó Chris, tratando de iniciar una conversación intrascendente—. Y una chica que se llama...

—Por favor; no hablemos de ese lugar durante los dos días que nos quedan —interrumpió la señora Parker con impaciencia, aplastando la colilla en el cenicero.

El rostro de Chris se ensombreció.

—Mamá —comenzó, pero se interrumpió al ver algo raro en la expresión de su madre. Ésta miraba una mancha que había en la mesa, con gesto de incertidumbre, como si no supiera cómo empezar. Por último, y sin atreverse a mirar a Chris de frente, dijo:

—Ha sido todo muy diferente aquí, Chris. Él procuraba ser un poco más amable...

—¿Quieres decir mientras yo no estaba? —lanzó Chris con amargura, dando una larga chupada a su cigarrillo, el primero desde hacía mucho tiempo—. Entonces, ¿por qué llamasteis a la policía cuando me fui?

Ignorando la objeción, y tratando de sacarle las palabras que ella deseaba escuchar, la madre de Chris se decidió por fin a mirar a su hija:

—¿No era lo mejor para ti?

Chris apenas daba crédito a sus oídos. ¡Realmente, no lo entendían! ¡No tenían la menor idea de lo horrible que era! ¿Cómo podría hacérselo entender? Vaciló un momento, al no saber qué podía decir para persuadir a su madre. Con un hondo suspiro, adelantó el busto y la miró de hito en hito.

—No, mamá —dijo lenta y deliberadamente—. No ha sido lo mejor para mí. No ha podido ser peor.

La señora Parker no la escuchaba sino a medias; como su marido, sólo entendía lo que le interesaba entender.

—Pensé que...

Se interrumpió. Chris, viendo que de aquel modo no iban a ninguna parte, apartó

la silla y se puso en pie.

—Me voy a casa de Carol —murmuró, y sin más despedida dejó a su madre y salió.

La señora Parker se quedó mirándola un momento y luego bajó la mirada hacia su taza de café. Con movimientos mecánicos, encendió otro cigarrillo. «Tal vez podría irme a mi habitación y tomar un trago —pensó—. Un poquito nada más; lo justo para templar los nervios». No es que no quisieran a Chris, se dijo. No es que no desearan tenerla en casa. Pero aquella niña no se hacía cargo de las cosas. Lo que necesitaba era un poco de disciplina; por eso, aquella escuela era la solución ideal. Lo había dicho Ben y, al fin y al cabo, ¿quién iba a saberlo mejor que él? Había hablado con el juez, y ciertamente un juez no iba a mentirle.

Con un suspiro de autocompasión, la señora Parker empujó tristemente la silla y se levantó. Consultó el reloj de la cocina. Aún le daba tiempo a tomar aquel trago, pensó, y luego perfumarse el aliento antes de que Ben volviera del trabajo.

Cuando Chris regresó a casa era ya de noche. Cruzó despacio el césped y se acercó a los escalones del porche, prestando atención al canto de los grillos. Subió y alargó la mano hacia la puerta, para luego quedarse inmóvil. Aunque no hacía frío, se sintió súbitamente helada. Sus padres se estaban peleando otra vez. Entreabrió la puerta y escuchó.

—Lo sé, Ben; lo sé —sollozaba su madre.

—¡Lo sabes! —repitió él con sarcasmo—. Lo sabes, pero no haces nada.

—Lo intento...

—¡Una mierda lo intentas!

—¡Te lo juro! —insistió ella—. Por favor, Ben, no la tomes conmigo.

Una losa de tristeza de abatió sobre Chris. Otra vez la estaba riñendo por su afición a la bebida. Como conocía muy bien el humor de su padre, temió que su aparición atrajese sobre ella una de sus explosiones.

No era posible entrar sin ser vista, pero tal vez —sólo tal vez— podría dominar la situación. Asumiendo un aire indiferente, empujó la puerta y entró como si no supiera nada de lo que estaba pasando ahí dentro.

—¡Hola! —saludó con jovialidad, proponiéndose pasar sin detenerse en la cocina, y hasta llegar a su habitación.

Su madre le lanzó una mirada de espanto, y su padre le clavó la mirada con expresión fría y hostil.

—¡Oye, tú! —exclamó severamente. Ella entendió el mensaje: era una intimación a detenerse y prestarle atención. Se volvió para mirarle, nerviosa. La expresión de él se hizo más sombría.

—Por favor, Ben —susurró la madre, inquieta.

—He de hablar con mi hija ahora mismo —anunció en tono tenso y cortante—. ¿De acuerdo?

La señora Parker meneó la cabeza con amargura, parpadeando para contener las lágrimas.

—De acuerdo —murmuró. Sin dirigir una sola palabra a Chris, se puso en pie y salió. No se atrevió a dispensar a su hija ni una mirada siquiera. También esta escena era familiar para Chris. Su madre estaba aterrorizada, como siempre que su marido se ponía de aquella manera. Chris pensó: ojalá pudiera convencerla para que se quedase. Entre las dos, a lo mejor podríamos quitarle esas ideas negras de la cabeza.

—¡Mamá! —exclamó, pero su madre ya había salido. Tragó saliva y se paró para enfrentarse a la siniestra mirada de su padre.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Aún no son las diez —replicó Chris en un tono que no distaba mucho de parecer desafiante.

—He preguntado qué hora es —repitió Ben, con los ojos convertidos en dos rendijas.

Chris se encogió de hombros.

—Las diez menos cuarto —dijo—. A las diez en casa es la norma, ¿no?

Parker fingió no haber oído:

—Has estado fuera de casa cuatro horas —acusó, poniéndose en pie y acercándose—. ¿Se puede saber con quién?

Chris volvió a encoger los hombros:

—Con Carol y su hermano.

—¿Y con la pandilla?

—No —dijo Chris, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su fastidio. Hizo ademán de ir a marcharse.

—¿Qué estabais haciendo? —continuó su padre, enfureciéndose en seguida al ver que ella se proponía salir—. ¡Eh! ¡Te estoy hablando! —ladró. Ella se detuvo y le miró fijamente. Ben tenía la frente bañada en sudor.

—Fíjate en esos pantalones —gritó, señalando con el dedo—. Tan estrechos que se te ve todo. Los encogéis a propósito, ¿verdad?, tú y tu amiga Carol.

—No —contestó Chris con hastío.

—¡Embustera! —aulló, acercándose más.

Chris empezó a asustarse al ver que su padre estaba mucho más irritado de lo que ella habla previsto.

—Es que he engordado un poco, papá —aventuró.

Ben estaba dejándose arrastrar por su mal genio. Tenía el rostro enrojecido y alterado hasta el punto de parecer una fea caricatura de sí mismo:

—¡Vas a decirme lo que has hecho durante todas esas horas! —exigió.

—Yo... no..., no he hecho nada —tartamudeó, nerviosa. Dando un paso lateral, evitó a su padre y se acercó a la mesa para coger una taza medio llena de café, con intención de tomar un sorbo. No era que tuviese muchas ganas de tomar aquel brebaje tibio y amargo, pero necesitaba hacer algo, cualquier cosa, con tal de serenarse.

De repente, sin previo aviso, Ben le asestó un violento manotazo que barrió la taza y se la arrancó de las manos. El recipiente se hizo añicos en el suelo. Fue más de lo que Chris podía soportar, y empezó a temblar incontrolablemente, conteniendo el llanto y refugiándose en un rincón, con la seguridad de que iba a ser golpeada.

En la habitación contigua, su madre rompió a sollozar intensamente.

Ben se irguió frente a Chris como un gigante.

—¡Vas a decirme lo que hicisteis todo ese tiempo tú y Carol y su hermano! —gritó con voz áspera y enronquecida por su furor irracional.

Chris rompió a llorar; entre sollozos, consiguió articular:

—Estuvimos poniendo discos... y hablando...

La tomó con violencia de la barbilla para obligarla a levantar la cabeza. Le corrían las lágrimas por las mejillas.

—¡Mírame a los ojos y júrame que mi hija sigue virgen!

Aquellas palabras la golpearon como una pedrada. Abrió mucho los ojos mientras acudía a su mente la imagen de aquella horrible noche en las duchas, y empezó a nublársele la vista. ¡Si llegase a saberlo!, pensó, horrorizada. Ante la situación, el recuerdo de aquella noche se deformó asumiendo un cariz grotesco, y estalló en una histérica mezcla de carcajadas y sollozos convulsivos e incontrolables. Ben quedó sorprendido y confuso. Su rabia creció aún más. La abofeteó con fuerza, dejándole la marca de su mano en la cara, pero no consiguió sino que arreciase la tempestad nerviosa. Le cruzó la cara de nuevo y ella lanzó un grito estremecedor; luego le esquivó y echó a correr ciegamente, buscando la puerta.

—¡Eh! ¡Vuelve en seguida! —ladró Parker—. ¡He dicho que vuelvas ahora mismo!

Corrió tras ella. Cuando salió a la calle, se detuvo de súbito, mirando a su alrededor. La oscuridad de la noche era total. Chris había desaparecido.

El autobús frenó bruscamente bajo la fría luz de las lámparas de mercurio, junto a las desiertas cocheras. El conductor se apeó con gesto de fatiga, y aguardó pacientemente a que bajaran los escasos viajeros. Apareció primero un hombre que estiró las piernas, bostezó y se encaminó hacia las cocheras; luego Chris, con los ojos hinchados y enrojecidos, y un feo morado en la mejilla izquierda. Anduvo algunos pasos, mirando ansiosamente a su alrededor por si veía alguna cara conocida. Al no ver a nadie, se dirigió directamente a las cocheras, entró y registró con la mirada el cavernoso interior de la sala de espera. Todas las taquillas estaban cerradas, y los fluorescentes del techo bañaban el recinto con una luz azulada y fría.

De súbito, la expresión angustiada de Chris se convirtió en otra de alivio y júbilo radiante. Por detrás de una columna acababa de aparecer su hermano Tom, quien ahora se acercaba a ella. Llevaba unos tejanos azules, mocasines y una vieja camisa blanca. Era un muchacho alto y desgarbado de diecinueve años, con un rostro simpático cubierto de pecas y una gran mata de pelo rojizo y enmarañado. Sonrió levemente mientras tendía los brazos, en los que Chris se arrojó impulsivamente.

—¡Oh, Tom, Tom! —lloró, inundada de lágrimas de alegría. Por primera vez en muchos meses le pareció estar segura y protegida. Estaba con la única persona del mundo en quien creía, en quien podía confiar para franquearle su corazón y contarle sus miserias, hasta vaciar de su alma el último jirón de sus penas.

Tom deshizo suavemente el abrazo y retrocedió para contemplar a su hermana menor. Hizo una mueca cuando se fijó en la contusión. No le hizo falta preguntar qué había ocurrido; demasiado bien lo sabía. Aún no había olvidado sus propias cicatrices.

—¡Le odio, maldita sea! —murmuró Tom apretando los dientes.

—¡Ah! ¡Qué contenta estoy de hallarme aquí! —exclamó Chris, abrazándole de nuevo.

Se separaron y volvieron a contemplarse, sonrientes.

—Hay que ver lo que ha crecido, señorita —bromeó Tom, estudiándola con admiración. Apenas podía creer que su hermana pequeña, a la que recordaba como un diablillo gordinflón y travieso (le parecía ayer mismo), hubiera florecido hasta hacerse toda una mujer, salvo algún resto de gordura infantil.

Rodeándole la cintura con el brazo, la condujo al interior de la sala de espera. Ella se apretó contra él, sintiéndose tan libre y segura que no le afectó la atmósfera deprimente de aquel lugar. Estaba con Tom y eso era lo importante. Habría sido lo mismo en cualquier parte. Él cuidaría de ella; estaba protegida y ni su padre, ni el tribunal de menores, ni la policía podrían hacerle nada. Podía olvidarlos a todos como se olvida un desecho arrojado a la basura. Entraron en un local contiguo a la sala de

espera y reservado a las consumiciones; a lo largo de las paredes se alineaban las máquinas automáticas de venta, juego y cambio de moneda. El lugar estaba desierto, a excepción de un marino que echaba una partida en un billar eléctrico.

—¿Tienes hambre? —preguntó Tom con un gesto hacia la hilera de máquinas expendedoras de bocadillos, paquetes de galletas, helados, bebidas refrescantes y sopas enlatadas. Chris meneó la cabeza; estaba demasiado excitada para pensar en comer. Ya tendrían tiempo de hacerlo cuando llegasen a casa. Se preguntó cómo sería la casa de Tom. Ya se figuraba que no podía ser muy grande; al fin y al cabo, él estaba empezando. Tenía miles de preguntas que hacerle, de proyectos que consultar con él.

Muy unidos, enlazándose mutuamente la cintura, se movieron entre las filas de mesas cromadas, con sus tableros de plástico, hasta elegir la situada en el rincón más escondido, junto a una voluminosa máquina expendedora de bocadillos que ostentaba un letrero torcido de «NO FUNCIONA» torpemente pintado a mano. Ocuparon asientos opuestos y pusieron los codos sobre la mesa. Chris estaba tan llena de emoción, que no reparó en la disimulada inquietud de su hermano.

—Esta noche telefoneó mamá —empezó éste sin rodeos; luego se le ensombreció el rostro y bajó la voz—: También me llamó la policía.

¿Y qué?, pensó. Ahora no pueden hacerme nada. Una expresión apenada cruzó por las facciones de Tom.

—Hubiera sido mejor que no te escapases de casa ahora, Chrissie —tanteó, dubitativo.

Ella le tomó de la mano, con una mirada suplicante.

—Tuve que hacerlo —insistió—. ¿No lo comprendes?

Tom pareció dudar:

—Pero ahora... —se le quebró la voz—. Tenías una oportunidad de salir de ese Reformatorio, Chris. Ahora tendrás que volver.

—¡No! —exclamó Chris, casi levantándose de la silla—. No he de volver. No, si me quedo contigo.

Sus ojos vagaron con nerviosismo a través del local, evitando la mirada de Chris, como si alguien le hubiera pillado mirando por encima del hombro de otra persona para leer una carta que no fuese de su incumbencia.

—Serán sólo unos días, Tommy —suplicó ella—. Te prometo que no me quedaré más que unos días. Dormiré en el suelo... y vigilaré al pequeño Tommy...

Su voz se apagó al observar la cerrada expresión del rostro de su hermano.

Tom suspiró, como si le atormentasen los remordimientos.

—¿Qué quieres que haga, Chrissie? —preguntó—. Tengo dos personas a mi cargo.

—Buscaré trabajo —dijo ella, animándose.

—¿Qué clase de trabajo? —replicó, fatalista—. Una niña de catorce años... Vamos, Chris, ¿cómo quieres que te deje al cuidado de mi hijo, si acabas de salir del Reformatorio? ¿Qué crees que diría Janie de eso?

Chris no daba crédito a sus oídos. El que hablaba así no era Tom, sino algún desconocido que se le parecía. Le miró con una expresión de asombro e incredulidad.

—Y ¿qué dices de eso tú, Tom? —le preguntó en voz baja.

Él no respondió en seguida; sus ojos estaban nublados de resignación. Miraba por encima de ella, a un punto distante. Por fin fijó la mirada en ella, meneó la cabeza y dijo, buscando con esfuerzo las expresiones adecuadas:

—No saldría bien, Chrissie. Además, ya te dije que me había telefoneado la policía.

—¿Y qué? —replicó, apretando sus diminutos puños—. No he violado la ley.

Le miró fijamente, con atención. Sus facciones estaban desfiguradas por la ansiedad.

—¿No lo comprendes, Chris? —dijo—. En modo alguno permitirán que te quedes en mi casa. Sólo tengo diecinueve años. Ni siquiera tengo edad suficiente para ser tutor tuyo. Se te llevarán sin remedio.

Chris se desmoronó en la silla, expresando toda la decepción que acababa de sufrir. Después de haber soñado tantas veces aquella entrevista, ahora se convertía en una pesadilla. Aquel no era el Tom que solía protegerla siempre, el que la mecía y la consolaba cuando ella estaba triste. No era el Tom que la defendía frente a su padre cuando éste desahogaba una de sus rabietas; ni el Tom que se interponía entre ella y su madre cuando ésta, borracha, daba tumbos por la casa.

Él no sabía qué especie de infierno era aquella escuela. ¡Eso era lo que pasaba! Si lo supiera, no se atrevería a abandonarla. La protegería como hizo siempre. Cuando le cuente cómo ha sido, pensó, será capaz de hacer cualquier cosa, cualquier cosa, para no verme encerrada allí.

Se inclinó hacia delante, apoyando las manos con fuerza sobre el tablero.

—Oye, Tom —dijo en voz baja, como si planease una conspiración—. La poli no sabe que estoy aquí, ¿verdad? Cuando se enteren de dónde estoy, me encontrarán atendiendo tu casa, atendiendo a tu niño, y entonces comprenderán que papá y mamá tuvieron la culpa de que escapase otra vez.

Tom la escuchaba sólo a medias. Miraba al aire, con una expresión de tristeza indescriptible pintada en el rostro. Apenas podía hablar. Humillado por la vergüenza, odiándose a sí mismo por cada una de las palabras que iba a decir, murmuró débilmente:

—No saldría bien. Ya no es lo de antes, Chrissie... Tú y yo somos diferentes —agregó, partiéndosele el corazón.

Aquellas palabras sacudieron a Chris como una descarga eléctrica. Era capaz de

soportar cualquier cosa, menos aquello. Podía aguantar a centenares de Dennys, Mocos y Jaxes, ¡pero no una traición semejante de su propio hermano!

—Debo atender a mi familia —se disculpó penosamente él.

Había algo en los modales de Tom, en el tono de su voz, en sus miradas, que hizo ponerse rígida en su asiento a Chris. Poco a poco fue abriéndose paso en su mente la horrible idea de que Tom no estaba mirando al vacío como creyó, sino que estaba mirando algo.

Se volvió de repente, con un sabor agrio en la boca. Un agente de policía avanzaba hacia ellos. Sintió que el mundo se hundía para ella. Su corazón empezó a latir con violencia, y se le subió la sangre a la cabeza. ¡No era posible! ¡No podía ser!

Atónita de horror, se volvió hacia su hermano. Era la traición definitiva.

—¡Oh, Tom! —gritó—. ¡Tú también! ¡Tú también!

Le habría dolido menos si la hubiera amenazado con pegarle un tiro. Eso, al menos, habría sido un acto de clemencia.

El policía se detuvo ante la mesa y miró a Tom. Con indiferencia, preguntó:

—¿Es ella?

Lo que restaba del alma de Chris se encogió y, como una pompa de jabón que se rompe, los últimos sueños y esperanzas que había tratado de preservar se disiparon y desaparecieron cual nubecillas de humo.

No había la menor muestra de emoción en el rostro de Chris mientras se sometía, impasible, al rutinario registro de Emma Lasko. Aunque estaba reviviendo una pesadilla, no volvió a sentir las oleadas de repulsión y vergüenza que había experimentado la primera vez. Se limitó a esperar pasivamente mientras la celadora hurgaba en ella con el aire impersonal de un inspector de fábrica comprobando el estado de una máquina.

—Lo convenido era que ibas a quedarte en casa —comentó Lasko sin interrumpir su registro, en voz indiferente—. Algunas de vosotras parece que no sepáis vivir, si no es en el pesebre... Abre las piernas.

Chris obedeció como un autómatas, sin decir nada, con la mirada vacía de expresión.

Lasko dio por terminado su examen, se incorporó y miró a Chris.

—Se ve que os gusta este lugar —observó con una nota de sarcasmo en la voz—, ¿o es que venís a verme a mí?

Viendo que no evocaba ninguna respuesta, alargó a Chris la botella de plástico del jabón desinfectante.

—Ahora la ducha, ya sabes.

Con lo cual se giró y salió.

Cuando Chris acabó era ya casi hora de comer. Sabía que le tocaba volver a la celda de incomunicación, pero decidió pedir permiso para asistir una vez al comedor antes de pasar al encierro. En pocos segundos, recorrió la escasa distancia entre las duchas y su habitación. Acercándose a la ventana cubierta de tela metálica, contempló el poco atractivo paisaje. Dentro y fuera todo parecía gris y lúgubre.

Se preguntó cómo sería lo de estar muerta, y en ese instante se presentó a su imaginación el rostro de Janet. Janet, con su largo cabello negro brillante, sus pómulos pronunciados y sus ojos hundidos llenos de tristeza. Había que ser muy valiente para tratar de quitarse la vida, pensó Chris, pero cuando las cosas se ponían insoportables y no quedaban esperanzas de mejorar, tal vez fuese lo más sencillo al fin y al cabo. Chris se preguntó si a Janet le habría dolido mucho cuando se abrió las venas de las muñecas. Juntó las manos, con las palmas hacia arriba, y alzó las muñecas a la altura de los ojos. Así aprenderían, pensó. Su padre, su madre, e incluso Tom. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas de autocompasión, rabia y odio.

Una ruidosa carcajada en el pasillo la hizo volver de sus pensamientos, y decidió pasar al comedor. Recorrió la galería, ahuecándose con las manos los cabellos mojados para que se le secaran más pronto; le molestaba llevarlos colgando húmedos y fríos hasta el cuello. Observó que Lasko y Cynthia estaban delante de la puerta del comedor, hablando en voz baja, vueltas de espaldas. Pasó con rapidez, confiando en

que no la viesen. Al entrar vio a Janet, que llevaba un delantal de cocinera. Hubo una expresión de pesar en su rostro cuando vio a Chris que se acercaba.

—¡Ah! Había rezado por ti, Chris —dijo.

—Gracias —contestó, bajando la mirada y dibujando un círculo imaginario en el suelo con la punta del pie—. No salió bien.

Hizo una pausa y luego miró a Janet:

—¿Cómo va el niño?

Janet se encogió de hombros:

—Me mareo todas las mañanas.

Chris recorrió con la mirada el comedor desierto con sus largas hileras de mesas desocupadas, y luego se volvió de nuevo hacia Janet:

—Es lo natural —dijo con acento de ironía—. Lo primero que hace un hijo es poner enferma a su madre. —Su voz adquirió un tono de amargura—: La mía todavía se pone enferma cada vez que me...

Se le quebró la voz, y las palabras concluyeron con un suspiro de hastío mucho más elocuente que cualquier discurso.

Janet asumió una expresión de incertidumbre:

—Me han preguntado si querré quedármelo cuando nazca —explicó—. Pero todavía no lo he decidido.

Chris la miró, pensativa; luego, con un súbito impulso de emoción, exclamó:

—¡Quédatelo, Janet, y quíerelo mucho! Cántale canciones..., juega con él. ¡Hazlo aunque parezca una tontería! Compra un cochecito y sácalo a pasear. Y cuando aprenda a hablar, escúchale. Escúchale de verdad. Y ¡hazle reír y sonreír, Janet!

Chris se quedó aún más sorprendida que la propia Janet ante ese desahogo; ésta devolvió la intensa mirada de Chris con otra de alivio y creciente admiración. Chris sonrió a su vez, y por un instante sintieron una mutua confianza, una comprensión antes desconocida y enormemente consoladora. El encanto se rompió cuando se abrió la puerta del comedor. Lasko asomó la cabeza y exclamó con severidad:

—¡Chris!

Janet se puso nerviosa:

—Ya hablaremos luego, en la habitación —murmuró.

—Hoy no podremos —respondió Chris sin rodeos—. Estoy incomunicada por escaparme.

Una mueca de pena cruzó el rostro de Janet mientras Chris se volvía para salir del comedor, cuya puerta mantenía abierta la celadora.

Cuando se cerró con un estampido la puerta de la celda, Chris experimentó la enloquecedora sensación de no haber salido nunca de allí. Mientras contemplaba aquel horrible recinto, recordó una película que había visto en el colegio, *Incident at*

*Owl Creek Bridge*. Era un episodio de la guerra civil sobre un soldado que estaba a punto de ser ahorcado y lograba escapar justo antes de que abatiesen la trampilla. Entonces echaba a correr, lleno de júbilo por haber escapado a una muerte tan inminente, y le sucedían toda clase de aventuras. Al fin, cuando ya se creía definitivamente libre, resultaba que todo había ocurrido en su imaginación, y ahí estaba otra vez cuando, con un crujido espantoso, se abatía la trampa y quedaba colgando de la soga.

Chris se estremeció. Así se sentía ella ahora, precisamente. ¡Ay, Dios! Ojalá todo hubiera sido únicamente una horrible pesadilla, un engaño de la imaginación. ¿Y si no hubiera ocurrido en realidad? Entonces aún podría regresar a casa, donde tal vez hubiera cambiado todo. O, por lo menos, a casa de Tom.

Se sobrepuso y, avanzando unos pasos, dio un iracundo puntapié al colchón. ¡Esperanzas vanas! Todo había ocurrido, y nada había cambiado. Ella no importaba a nadie; sin duda, tampoco les importaría si hubiera muerto. Más bien se alegrarían de verse libres de ella. Desde luego, llorarían y harían mucha comedia, contándole a la gente cuánto lo sentían y lo arrepentidos que estaban. Pero en el fondo se alegrarían, sabiendo que Chris ya no podía regresar para recordarles todas esas cosas que no deseaban recordar.

Muy bien, pensó. Si eso es lo que quieren, lo tendrán. Que se vayan a la mierda, se repitió una y otra vez para sus adentros. En otros tiempos, nunca se habría atrevido a decir una cosa semejante, ni siquiera a pensarla. Pero ahora no le importaba. Uno de estos días me largaré de aquí, y no volverán a verme. Buscaré una familia adoptiva; muchas chicas lo han intentado y les salió bien. Y buscaré trabajo, y ahorraré, y si no estoy a gusto me largaré a una ciudad grande tan pronto como haya ahorrado lo necesario, a Nueva York o a Los Angeles, por ejemplo, donde nadie podrá encontrarme... Me echaré años... y además cambiaré de nombre... y me teñiré el pelo. Y nunca más tendré que estar enjaulada. ¡Nunca! ¡Nunca!

Esa idea hizo que se sintiera mejor y, mientras daba vueltas por la celda, recordó una canciocilla medio olvidada. Empezó a tararear en voz baja, chasqueando los dedos, sin darse cuenta, al ritmo de la canción. De súbito, Chris se inmovilizó al oír pasos en el corredor, e inclinó la cabeza para escuchar.

—¿Chris?

Era la voz de Bárbara Clark.

A pesar suyo, Chris se emocionó, pero aguardó sin moverse y sin responder. Fuera, Bárbara sintió un peso en el estómago. El inconsciente tarareo de Chris era como la locura de Ofelia.

—¿Qué ocurrió, Chris? —preguntó con amabilidad.

Chris se puso de cara a la pared, sin mirar a un lado ni a otro, luchando con las lágrimas. Luego, en voz baja y monótona, respondió:

—No nos llevábamos bien —y luego hizo una pausa, pues aún restaba decir lo más doloroso—. Y mi hermano no quiso saber nada de mí.

Bárbara estaba trastornada. ¡Señor, qué habían hecho con aquella criatura!

—Lo siento —murmuró, notando la insuficiencia de las palabras, pero sin ocurrírsele nada más acertado que decir. Luego, en tono de fingida animación, agregó —: La próxima vez lo intentaremos con un hogar adoptivo.

Al principio Chris no reaccionó; luego se apartó de la pared y empezó a mecerse, castañeteando de nuevo con los dedos.

—Te será fácil recuperar una buena calificación —dijo Bárbara, procurando parecer persuasiva. Pero sus palabras le hacían daño a Chris; para no perder el control de sus nervios, se puso a canturrear cada vez más fuerte. Quería que Bárbara se marchase; no deseaba escuchar a nadie, a nadie.

—Ya sabes que tienes buena capacidad para los estudios —insistió Bárbara.

Chris cerró los oídos a sus palabras aumentando el volumen de su tarareo. Al otro lado de la puerta de acero, Bárbara temblaba de frustración. Se veía excluida y rechazada, lo mismo que Chris había sido rechazada por todos. Pero ella tenía que intentarlo, y ganarse de nuevo su confianza. Era preciso vencer la profunda y traumática resignación de Chris.

—Chris —la llamó de nuevo, tratando de romper el hielo, de atraer su atención. Pero Chris reaccionó poniéndose a cantar aún más fuerte. Inició unos pasos de baile, marcando el ritmo con palmadas.

Bárbara se acercó impulsivamente a la puerta de la celda, pero se contuvo a medio camino. Sabía que era imposible conseguir nada en ese momento. Su impotencia en aquella situación le pareció insoportable; necesitaba salir para recapacitar sus pensamientos. Volviéndose con tristeza, salió en silencio, notando una creciente angustia claustrofóbica.

«¿Qué me retiene en este lugar?», se preguntó con amargura. Recordó que Chris le había dirigido aquella misma pregunta pocos días atrás. Metió la mano en el bolsillo, tocando las llaves. En algunas ocasiones, como aquélla, le daban ganas de echarlo todo a rodar, de poner entre aquel lugar y ella tanta distancia como fuese posible. ¡Dios mío!, pensó, algunas veces parece todo tan inútil, tan desesperado.

Al irse Bárbara, Chris percibió más agudamente su soledad y, en un desesperado intento por evitar el desencadenamiento completo de sus emociones, se puso a cantar cada vez más alto, dando palmadas y agitándose frenéticamente por la celda. Pese a todos los esfuerzos por controlarse, sintió que la inundaba una terrible oleada de pánico. Era demasiada su agitación; la desolación, la tristeza y la amargura al verse rechazada por todo el mundo pudieron más que toda su resolución. La voz se le quebró en sofocados gritos de angustia, y golpeó la pared en un arranque de frustración desesperada, poniendo en ello todas sus fuerzas. Un dolor súbito invadió

todo su brazo, y retiró la mano mirándosela con aprensión, temiendo —y al mismo tiempo, casi esperando— habérsela roto.

Contuvo las lágrimas y volvió a dar vueltas por la celda mientras se le calmaba el dolor de la mano. Se detuvo junto a la ventana y se pasó la mano dolorida por el cabello. Entonces tocó un objeto duro y metálico. Era un pasador que la matrona de la sección de incomunicación no había sabido hallar durante el registro. Se lo sacó del pelo y lo estudió brevemente; luego desdobló el metal y empezó a frotar uno de sus extremos sobre la pared de cemento, hasta que la punta redonda se convirtió en un filo dentado, de feo aspecto.

Apoyando el brazo izquierdo en la pared, sujetó cuidadosamente entre el índice y el pulgar de su mano derecha el pasador así afilado, sin hacer caso del dolor producido por el golpe de antes. De un modo lento y deliberado, se clavó la punta en la carne del brazo izquierdo. Mientras le rechinaban los dientes por efecto del daño que se hacía, grabó en su piel una «C» mayúscula, irregular y sangrienta. Siempre sin reparar en el dolor ni en la sangre, dibujó una «P» no menos irregular a la derecha de la «C». Luego, mientras contemplaba en un raptó de fascinación morbosa los resultados de aquel desesperado acto de automutilación, empezó a temblar, y el pasador se escapó de sus dedos cayendo al suelo.

Al día siguiente Chris, notando que su mano derecha seguía contusionada y dolorida, removi6 los dedos varias veces hasta convencerse de que no se había roto ningún hueso. Cuando llegó la hora del ejercicio, se pasó la mayor parte de la misma sentada en un rincón del patio, con las rodillas encogidas, la cabeza echada hacia atrás y mirando sin expresión hacia el cielo.

Al regresar a la celda experimentó un salvaje deseo de hacer añicos el orinal, rasgar a tiras el colchón y pisotear la jarra de plástico. Pero se llamó al orden con un resto de buen sentido. Era preciso dominarse, si quería salir alguna vez de aquella mazmorra de cemento. El dar libre curso a las emociones no serviría para devolverle su libertad. Serían capaces de encerrarla en una celda desnuda, y metida en una camisa de fuerza. Se estremeció al pensarlo. ¡No faltaba más!

El tiempo dejó de existir para Chris. No supo cuánto tiempo permanecía con la espalda apoyada contra el muro de la celda, mirando a través de la ventana enrejada los áridos terrenos al otro lado.

Como una hora después de la comida, oyó ruido en el corredor. Se volvió para escuchar, y su pulso se aceleró al notar que descorrían el cerrojo para abrir la puerta. Era Bárbara Clark, quien se volvió hacia otra persona no visible para Chris, diciendo: —Espera aquí.

Bárbara entró en la celda y se acercó a Chris, que la miraba con hostilidad, no manifestando satisfacción alguna por el hecho de recibir la visita de otro ser humano.

Bárbara también estaba muy seria. Durante unos momentos, ambas guardaron silencio; luego Chris le volvió la espalda a Bárbara y se puso a mirar por la ventana.

—Creí que no se podían recibir visitas estando incomunicada —observó con indiferencia.

—Sólo en casos muy excepcionales —replicó Bárbara, procurando hablar con neutralidad.

Chris hizo una mueca de desdén, aunque Bárbara no podía verla.

—¿Como yo? —dijo, sarcástica.

La maestra avanzó un paso hacia Chris.

—Sí —dijo con firmeza, dejando transparentar la intensidad de sus sentimientos—. Como tú.

—Christine Parker, una fugitiva —dijo Chris amargamente—. Métnla en el pesebre y pongan una tapadera para que no pueda salir. —Se volvió para enfrentarse a Bárbara—: Es lo que hacen los padres cuando no quieren que los niños les molesten, ¿no? Meterlos en una guardería.

Bárbara endureció su expresión.

—Te escapaste mientras estabas a prueba —le recordó—. Te fugaste de tu casa. Es la verdad, y no puedes negarlo.

Chris le volvió la espalda de nuevo.

—Tus verdades son escuchadas y creídas —replicó—. Las mías, no.

Bárbara se quedó un momento sin saber qué responder. Aquella no era la misma Chris en quien tanto había confiado. Pocos días antes aún había sido una personalidad, con un porvenir definido; ahora se había convertido, con su cinismo, en una copia de las demás. Bárbara se sintió más derrotada que nunca. De repente, se fijó en el brazo izquierdo de Chris y ahogó una exclamación, cogiéndolo impulsivamente y contemplando horrorizada las sangrientas iniciales. Chris trató de soltarse de un tirón, pero Bárbara seguía cogiéndola, con una mirada de angustia y decepción.

—¡Estás perdiendo algo importante! —exclamó—. ¡Vas a perder a Chris, pero yo quiero que la salves! ¡Es importante, muy importante!

Chris se soltó al fin y miró fijamente al rostro de Bárbara, con ojos vacíos de cordialidad y una mueca amarga en los labios.

—¿Para quién? —exigió—. Anda, contéstame a eso. ¿Para quién?

La chispa de esperanza que Bárbara había alimentado con tanto afán decayó y se apagó. Nada podía contestar. Cerró los ojos, movió tristemente la cabeza y se volvió para irse. Chris la contempló, impasible, mientras se encaminaba hacia la puerta, notando sin demasiada curiosidad que no la cerraba al salir.

—Entra —oyó que decía Bárbara una vez fuera.

Chris se quedó helada de sorpresa al ver aparecer a Janet en el umbral. No daba

crédito a sus ojos. Janet sonrió cordialmente.

—Hola.

—Hola —contestó Chris, sinceramente contenta de ver a su compañera de habitación, pero incapaz de manifestar de palabra sus sentimientos. Janet cruzó sus largos y finos dedos sobre su vientre hinchado. Su rostro expresó una profunda emoción, que en seguida fue captada y compartida por Chris. Janet guardó silencio un momento, mirándose el vientre; luego alzó la mirada para fijarla en Chris. Le costaba hablar; finalmente articuló poco a poco, con el aliento entrecortado:

—He decidido quedarme con la criatura..., pero no quiero estar sola. Quiero que me hagas compañía, Chris...

Ésta sintió una oleada de calor que casi le hizo olvidar su anterior frialdad de ánimo.

—¿Por qué? —acertó a preguntar.

Janet pareció turbada. Una sonrisa tímida y patética se insinuaba en sus labios cuando replicó:

—Nadie habla bien de mi hijo. Quiero que le digan cosas bonitas..., cosas como las que tú dijiste.

Se encogió de hombros, dirigiéndole a Chris una mueca cordial, aunque algo nerviosa. Chris le devolvió la sonrisa, con una mirada de amor. Bárbara tenía razón. Había una persona que la necesitaba. Alguien para quien realmente ella era importante.

—Por favor, Chris —susurró Janet—. Procura que te saquen de la incomunicación, ¿quieres? Hazlo por el niño, Chris, y por mí.

Chris asintió vigorosamente con la cabeza, con un desesperado esfuerzo por contener el llanto: sus primeras lágrimas de felicidad en mucho tiempo.

Cuando se le levantó la incomunicación, y en los días sucesivos, Chris fue adquiriendo un control cada vez mayor de sí misma. Se limitaba a cumplir con lo que le pedían; ni más, ni menos. Dándose perfecta cuenta de que estaba siendo observada por el personal, procuraba sobre todo dar la impresión de que participaba de buena gana en todas las actividades exigidas por la situación, bien se tratase de las labores, los juegos deportivos o los trabajos escolares. Aunque no parecía tan reservada como al principio, jamás salía de ella una iniciativa, sobre todo durante los ratos libres que pasaba con sus compañeras. Sin embargo, procuró evitar que sus amigas de los primeros días, como Josie y Ria, se dieran cuenta de que había cambiado algo entre ellas. Janet era la única con quien tenía alguna intimidad y, aunque sus conversaciones solían ser breves y espaciadas por largos silencios, el lazo de tácita amistad que había entre ellas se reforzaba cada vez más.

Lasko notó el importante cambio que se operaba en Chris, pero lo atribuyó a una mejor adaptación por parte de la muchacha, y hasta depuso su primitiva actitud de sospecha y desconfianza. A la celadora no le gustaba crear favoritismos entre sus pupilas y, por más que interiormente fuese capaz de sentir compasión, evitaba con mucho escrúpulo toda demostración pública de simpatía. Ella consideraba —en lo que pensaba igual que las internas a su cargo— que tales manifestaciones habrían constituido un signo de debilidad, susceptible de minar su autoridad y, por tanto, su capacidad para mantener el orden.

De todo el personal, Bárbara Clark era la única en sentir angustia ante los cambios que observaba en Chris. Había una frialdad en la mirada, una ligera arrogancia en sus gestos, y en su comportamiento una coraza defensiva, discreta pero eficaz. Al verla, Bárbara siempre se acordaba de la bandera de los antiguos colonizadores: la serpiente de cascabel con la leyenda «cuidado con pisarme». Cuando estuvo por primera vez en la escuela, Chris no había fumado sino en muy escasas ocasiones; ahora, cuando encendía un cigarrillo y le daba una larga chupada, ponía en ello el gesto lánguido de quien está habituado al vicio desde toda la vida.

Bárbara había intentado más de una vez hablar con Chris, empleando para ello todas las estratagemas que se le ocurrieron. Pero Chris había edificado una muralla a su alrededor. No se retrasaba nunca al final de la clase; no le daba pie a Bárbara para iniciar una conversación. Sin embargo, Chris ya no intentaba disimular su mayor capacidad para las tareas escolares. Como su intento de fuga le había ganado el respeto de las demás, sutilmente convertía lo que al principio habría sido una desventaja en un factor de positiva superioridad.

El tiempo pasó sin incidentes de importancia, hasta que por fin llegó uno de los días de visita que establecía el reglamento del Reformatorio. Para algunas

representaba un tiempo de júbilo y expectación; para otras, un período deprimente de tensiones, aprensión y melancolía. Emma Lasko odiaba los días de visita. Le recordaban una época de su juventud que había sido particularmente solitaria; ella estudiaba sociología en una universidad muy alejada de su ciudad natal, y se había visto abandonada a sus propios recursos para empollar por su cuenta y aburrirse durante las comidas a solas, los interminables días sin ningún plan y las horas vacías, mientras sus compañeras gozaban del calor de las reuniones familiares, las fiestas de los fines de semana y las despreocupadas alegrías de las vacaciones.

Aquel día los dormitorios estaban más tranquilos que de costumbre. La mayoría de las chicas que tenían visita habían salido, recorriendo la zona deportiva, unas merendando y otras sentadas en el césped enfrascadas en sus conversaciones; las demás aprovechaban la relajación general de la disciplina para tratar de romper un poco la rutina diaria.

En la semioscuridad del comedor, Chris y Janet se habían tumbado en el sofá para mirar la televisión. Ninguna de las dos prestaba mucha atención al movimiento de las imágenes en la pantalla, cada una profundamente absorta en sus propios pensamientos. Lasko se presentó en la puerta a sus espaldas. Permaneció allí unos momentos, nerviosa, arreglándose la blusa; luego dijo:

—Están aquí tus padres.

Despertando de sus ensoñaciones, Chris y Janet se volvieron; la segunda, lenta y fatigosamente, y la primera con rápido sobresalto. Lasko ya se había retirado y no se la veía en ninguna parte.

—¿De quién? —gritó Chris con el rostro tenso de aprensión—. ¿De cuál de las dos?

—De Janet —salió la voz de Lasko de algún lugar.

Las dos chicas se miraron brevemente. Janet se levantó del sofá con indiferencia y salió. Chris volvió a tumbarse y siguió mirando la pantalla del televisor, aunque sin ver ni oír nada. Cuando aún no hacía dos minutos que estaba a solas, entró Denny y se dejó caer en el extremo opuesto al que ocupaba Chris, quien le lanzó una rápida mirada y volvió luego su atención al televisor. Denny cambió de postura, intranquila, y se sacó del bolsillo un paquete de tabaco, con gestos nerviosos. Su mano temblaba un poco cuando le alargó el paquete a Chris, diciendo:

—¿Un cigarrillo?

Sin mirar, Chris alargó la mano a su vez y cogió uno. Denny contempló el suyo y luego, volviéndose en su asiento, gritó:

—¡Lasko!

La celadora se dejó ver, con un gesto de aguda contrariedad en su rostro.

—Ven a darme fuego —dijo Denny, lacónica.

Lasko se sacó del bolsillo un viejo encendedor y dio fuego primero a Denny, y

después a Chris. Se quedó un momento mirando el televisor:

—¿Qué están dando? —preguntó, no porque le importase, sino tratando de apaciguar la tensión que flotaba en el aire.

—Nada —dijo Chris con gesto despectivo. En ese instante, Josie entró corriendo en la habitación. Lasko se volvió a mirarla. El rostro normalmente alegre de Josie era una máscara de dolor, y los ojos le brillaban de lágrimas. Corrió para dar la vuelta al sofá y se dejó caer entre Chris y Denny, tratando de contener sus sollozos y sin hacer caso de nadie.

—¿Qué pasa? —dijo Lasko frunciendo el ceño.

Chris suspiró con impaciencia y, sin apartar la mirada del televisor, dijo:

—Más vale que nos dejes a solas, Lasko.

La celadora meneó la cabeza y cruzó el comedor para ocupar una mesa alejada, junto a la ventana.

—Señor, cómo odio los días de visita —dijo a media voz.

Sin dejar de mirar la televisión, Chris inhaló profundamente el humo del cigarrillo y se lo pasó a Josie, quien lo tomó haciendo copa con las manos, como si fuese un pitillo de marihuana. Lo chupó y luego exhaló el humo poco a poco. Devolvió el cigarrillo a Chris, y dijo sin mirar a nadie en particular:

—¡Dios mío, cómo me gustaría que mi madre dejara de visitarme! Vosotras tenéis suerte, que nadie viene a veros.

Lasko miró a las tres chicas con expresión de honda tristeza.

—¿Hacemos una partida de cartas? —ofreció—. ¿Qué te parece, Denny?

—No —saltó Denny, nerviosa—. Estoy esperando a alguien.

Lasko frunció de nuevo el ceño y consultó el reloj de pulsera.

—Se hace tarde —comentó.

—Puede que vengan todavía —replicó Denny, con un asomo de angustia en la voz.

Chris cruzó las piernas y sonrió con amargura.

—¿Por qué no te echas un solitario, Lasko? —dijo desdeñosamente.

—Sólo pretendía ayudar —replicó Lasko en tono que revelaba una sincera preocupación.

—Tú nunca ayudas —cortó Chris.

Lasko se puso en pie de un salto y apretó los puños, ofendida.

—¡Te prohíbo que me hables así! —exclamó—. ¡Qué sabrás tú! Hace años que aguanto estos días de visita. —Sus propias emociones largo tiempo contenidas estaban venciendo ahora, y se volvió hacia Denny—: ¿Cuántas veces te he acunado entre mis brazos, Denny, los días de visita? ¡Anda, díselo! ¿Cuántas veces?

La muchacha se puso en pie, volviéndose con violencia, los ojos muy abiertos echando chispas de emoción:

—¡Te digo que espero a alguien hoy! —gritó—. ¡No te necesito para nada!

Lasko cerró los ojos un momento para no ver la miseria que reflejaban los de Denny. ¿Quién podría curar las heridas, borrar las cicatrices indeleblemente grabadas en el alma de aquella criatura temblorosa? ¡Si fuese posible hacerle comprender la realidad...!

—No ha de venir nadie —dijo Lasko con tristeza—, y tú lo sabes.

Chris descargó el puño sobre el brazo del sofá.

—¡Pues ahora vas a decir que vendrán, Lasko! —gritó—. ¡Dilo! ¡Di que vendrán ahora mismo!

—Pero si no es verdad —insistió la celadora, incapaz de expresar la compasión que sentía, y acercándose a Denny para rodearla con los brazos. Pero Denny se soltó de un tirón y se giró quedando replegada sobre sí misma.

—¡Lo que pasa es que no quieres que vengan! —aulló—. ¡Cerde asquerosa!

Perdiendo el control de sí misma un instante, Lasko la abofeteó. En seguida se arrepintió de su acción. Aturdida, salió a toda prisa del comedor, en silencio, deseando desesperadamente que su propia vulnerabilidad no estuviese tan a flor de piel y que la traicionase tan fácilmente.

Al día siguiente, todo había vuelto a la rutina normal: levantarse, comer, trabajar y jugar a toque de reloj.

Aquella tarde hubo en la clase de Bárbara Clark un ambiente de fiesta y de confianza. Janet era el centro de la atención de todas. Ocupaba una silla baja junto a la pared, y parecía un fruto maduro a punto de abrirse para derramar nueva vida. Estaba visiblemente conmovida y encantada con el montón de regalos que las chicas habían reunido para ella y para su hijo aún no nacido. Desplegó un juego de cuna bordado a mano, levantándolo para que todas pudieran verlo. Muchas se habían reunido en un grupo a su alrededor, para compartir su entusiasmo a medida que iba abriendo los regalos.

Paula, normalmente tímida y reservada, aparecía radiante de orgullo ante la acogida dispensaba al juego de cuna que ella había bordado para Janet, y dijo con excitación:

—Está en rosa y azul, para que pueda servir en cualquier caso.

—¡Qué bonito! —exclamó Bárbara, sentada detrás de su pupitre.

—¡Bonito! —criticó Chris—. ¡Hermoso!, eso es. Mira; hay más cosas.

Chris se había sentado sobre la mesa del modo que solía hacerlo Bárbara, y miraba a la clase con aire enérgico, de seguridad en sí misma. Bárbara le dio apoyo diciendo:

—Nos vendría bien un poco de música... Tú mandas, Chris.

Chris se fijó en Moco, que estaba sentada con aire hosco junto al piano, y leía una

novela.

—Moco —ordenó, dando una palmada de atención—. ¡Toca el piano!

—Estoy leyendo —cortó Moco sin levantar la mirada del libro. La primera intención de Chris había sido desafiar a Moco y tomar su negativa como pretexto para una discusión; pero luego prefirió no estropear la felicidad de Janet. Afortunadamente, las chicas se distrajeron al oír el ruido del papel mientras Janet desenvolvía otro regalo. Apartando el envoltorio, levantó una caja de pañales y las chicas rieron gozosamente. Josie, radiante, comentó sin dirigirse a nadie en particular:

—Este niño será el más feliz del mundo, porque va a tener un montón de hermanas mayores.

Lanzando una mirada irónica hacia el piano, Chris añadió:

—Y Moco será el hermano mayor.

La observación fue acogida con una carcajada general.

—Muy graciosa —gruñó la aludida.

—Cuando hayamos salido todas —se dirigió Chris al grupo—, visitaremos a Janet por turnos.

—¡Eso! —asintió Josie con entusiasmo.

Chris se apoyó sobre el tablero y se inclinó hacia delante para dar más énfasis a sus palabras:

—Realmente, durante los próximos veinte años estaremos muy ocupadas cuidando de Janet y del niño.

Bárbara disfrutaba viendo que Chris salía de su reserva hasta el punto de dirigir la conversación. Chris siguió hablando en tono de innegable sinceridad:

—Nos mantendremos siempre informadas de dónde están y qué necesitan, para ayudarles.

—Yo robaré todo lo que te haga falta, Janet —se ofreció Ria sonriendo. Su comentario fue celebrado por las demás, excepto Moco, quien leía su libro con obstinación. A Bárbara le habría gustado hacerla participar, pero no ignoraba que eso era muy difícil. Hacía mucho tiempo que había descubierto la incapacidad de relacionarse que era el origen del aislamiento de Moco.

Bea corrió su silla hacia delante y se dirigió a Janet.

—Vigilaremos al fulano con quien te cases —dijo, mirando a su alrededor con expresión traviesa—. Si es que te casas, quiero decir.

Hubo más risas, y entonces Chris observó con un acento cortante en la voz:

—Sí, y más le valdrá portarse bien con la criatura.

Las chicas se quedaron calladas una a una, fijando su atención en Janet con creciente intensidad. Sus grandes y luminosos ojos brillaban llenos de lágrimas, y había en sus labios una sonrisa triste. Estaba demasiado conmovida para hablar.

Para que el ambiente no degenerase en un sentimentalismo sensiblero, Bárbara intervino:

—Vamos, Moco. Toca un poco de música.

—Tócala tú —despreció la otra, cogiendo su libro con fuerza.

Chris le lanzó una ojeada:

—Pues tienes que hacer algo, Moco. Al fin y al cabo, eres el hombre de la casa.

Hubo un cascabeleo de risas, aunque Moco se había puesto en pie de un salto. Chris sonrió y alzó una mano para evitar el libro que le había arrojado a la cabeza con furia. Luego, de repente, Moco se quedó inmóvil y miró largo rato a Janet. A continuación se volvió lentamente hacia el piano y sus largos dedos se movieron con agilidad sobre las teclas. Los acordes de la Marcha Nupcial se mezclaron con las risas y las palabras amistosas, y hubo música en la clase.

Era la hora de cenar, dos noches más tarde. El ruido de los cubiertos y las bandejas en el comedor resonaba mezclado con el de remover sillas y arrastrar los pies, junto con la despreocupada charla de las chicas. Chris y Janet ocupaban una mesa con Josie, Ria y Bea a un lado, y Crash, Jax, Denny, Moco y Paula al otro.

—¿Qué es esta bazofia? —preguntó Crash torciendo el gesto con repugnancia.

—Cierra el pico —salto Jax medio en broma—. Yo he ayudado a guisarla.

—¡Puaf! —hizo Denny, arrugando la nariz y llevándose una mano a la garganta, fingiendo que se ahogaba.

Paula intentó mudar la conversación:

—Me he enterado de que el director ha recibido hoy a dos familias que quieren adoptar.

Josie le lanzó una mirada desdeñosa:

—Siempre están hablando de eso.

—Sí —añadió Bea—. Algunos sólo vienen buscando una esclava.

Ria dejó caer el tenedor con indignación:

—¡Uf! ¡Cállate, Bea! Nunca tienes un comentario amable.

No deseando verse envuelta en la discusión, Chris guardó silencio y contempló la bandeja de Janet. No parecía tener mucha comida. Y ahora tenía que comer por dos. Tratando de dar a su gesto la mayor naturalidad posible, cogió una porción de su propio plato y la puso en el de Janet. Sentada al otro lado de ésta, Josie se sintió conmovida por el gesto y, sin decir palabra, imitó el ejemplo de Chris. Aunque realmente no tenía tanta hambre, Janet quedó impresionada por el altruismo de sus amigas; pero como era muy tímida, no dijo nada.

Moco, en frente de Chris, dejó de comer al observar lo que estaban haciendo. Con su acostumbrada expresión huraña, alzó la mirada y comentó:

—¡Vaya! ¿Por qué le toca más a ella?

—Tú ya sabes por qué —dijo Chris.

—Gran cosa..., una criatura —murmuró Moco.

Chris procuró no alzar la voz para no asustar a Janet.

—Es una gran cosa —dijo, pensando que por qué se metería Moco en lo que no le importaba. Pero ésta no quiso ceder. Se apoyó sobre los codos, mirándolas a ambas con sus ojos un poco saltones. Luego se puso en pie y acercó su rostro al de Janet.

—Hasta una perra puede quedarse preñada —profirió con desprecio. Dicho esto volvió a sentarse, creyendo que la cuestión quedaba zanjada con sus palabras.

Janet y Chris alzaron las cabezas al unísono. La primera se sonrojó, de vergüenza. Sin poder contenerse, Chris se incorporó de un salto y, al mismo tiempo, con rápido movimiento, estampó su bandeja en la cara de Moco. Algunas de las chicas gritaron

pero Chris, ciega de rabia, no hizo caso. Cogió otra bandeja que estaba a su lado y la vertió también sobre la cabeza de la atónita Moco, duchándola con una pastosa y viscosa mezcla de puré de patatas, verduras y salsa. Todas las miradas convergieron sobre ella, y las voces se alzaron hasta una aguda nota de excitación.

De súbito, Crash tomó de su propio plato un puñado de patatas y las aplastó sobre el rostro de Chris. Entonces Janet, poniéndose en pie trabajosamente como si despertara de un trance, le arrojó su bandeja a Moco antes de que ésta pudiera esquivarla. Fue como una chispa sobre un barril de pólvora. En un instante, todo el comedor estalló en un caos de chillidos, gritos, maldiciones y puntapiés; las bandejas volaron por el aire, estrellándose contra las paredes o en el suelo. Se volcaron mesas, se arrojaron sillas, y mientras las más asustadizas buscaban refugio, Chris y Janet, completamente olvidadas entre el desbordamiento de muchas hostilidades largamente contenidas, acudieron a cuantos objetos tenían a su alcance para bombardear y golpear a la desventurada Moco. Ésta, medio ciega por la mezcla gelatinosa que le inundaba el rostro, apenas pudo hacer otra cosa sino cubrirse con los brazos y retroceder, con objeto de escapar a la furia de sus atacantes.

Alarmada por el tumulto, que asumía ya las proporciones de verdadero motín, Lasko entró corriendo para intervenir en la pelea, acompañada de la aturdida cocinera, a quien se le salían los ojos de sus órbitas. Durante algunos momentos su llegada pasó inadvertida, mas poco a poco el caos disminuyó y las chicas que se habían escondido empezaron a emerger, entre confusas y aliviadas. Algunas de las que no habían tenido que ver en la pelea huyeron hacia la puerta como pájaros espantados, con afán de evitar la confrontación fatal.

Abriéndose paso entre el destrozo y las chicas que huían, iracunda, Lasko separó a Chris y Moco, que estaban revolcándose por el suelo entre los restos de comida y de platos hechos añicos, chillando, profiriendo insultos y tirándose de los cabellos. Janet las miraba con los ojos muy abiertos y llorosos, atemorizada. Sin decir palabra, Lasko agarró del brazo a Moco y a Chris, y las sacó del comedor, no sin volverse para decirle a Janet:

—Y tú también.

El castigo iba a ser su postre de aquel día.

A primera hora de la mañana siguiente, todas las chicas del dormitorio permanecían temporalmente recluidas en sus habitaciones, en espera de una decisión final sobre el incidente. Bárbara Clark hablaba a solas con Emma Lasko en el despacho de ésta. Lasko estaba sentada detrás del escritorio, removiendo un gran montón de papeles. Bárbara paseaba nerviosamente arriba y abajo.

—Sólo puedo atenerme a lo que vi —decía Lasko—. Janet y Chris empezaron con lo de arrojar cosas.

—Pero si a Janet le queda muy poco —le recordó Bárbara—. Además, ambas son las primeras de la clase.

Lasko apartó los papeles con un gesto impaciente, y, al tiempo que contestaba, miró a Bárbara con expresión de fastidio.

—Esas razones no son excusa —insistió—. Si se salen con la suya, las demás chicas van a figurarse que...

—Bien, pues que permanezcan confinadas en la habitación —la interrumpió Bárbara—. Pero no incomunicadas. La incomunicación será contraproducente, Emma.

La contrariedad de Lasko aumentó. Le molestaban las continuas intromisiones de Bárbara en su modo de dirigir los dormitorios, especialmente cuando el asunto tenía algo que ver con Chris Parker.

—De acuerdo, pero no eres tú la celadora de los dormitorios —replicó—. Y el tenerlas incomunicadas me ayudará a mí a mantener el orden.

—¿Es eso lo más importante, pues? —preguntó Bárbara, airada—. ¿Es todo lo que te preocupa? ¿No tener problemas..., mantener el orden? Será por eso que abofeteaste a Denny, para poder...

—¡Eh! ¡Espera un momento! —la interrumpió Lasko, herida por la acusación implícita.

—¿Te ayudó eso a mantener el orden? —insistió Bárbara machacando la cuestión.

Lasko se puso en pie súbitamente y se adelantó sobre el escritorio, con los nudillos blancos y un gesto tenso en su rostro fatigado.

—Ahora no quieras dar a entender que soy alguna especie de... monstruo... —titubeó, espantándose al aplicarse a sí misma tal calificativo—. ¡No se te ocurra!

Se tranquilizó un poco y continuó:

—Siento lo de Denny. Pocas veces pierdo el control de mí misma... —Se interrumpió de repente, al ver que Bárbara se apartaba con repugnancia—. ¡Escúchame! —suplicó Lasko desesperada y a la defensiva—. Hace diez años, yo luché para desterrar de la institución las camisas de fuerza y las palizas. Yo protegía a esas chicas, ¿te enteras?

Bárbara se volvió de nuevo hacia la celadora; en sus ojos, la ira había cedido a la comprensión. No era su intención hacer de Lasko una culpable; ella no era más que otro peón en el juego, demasiado asustado para aventurar un movimiento que pudiese resultar erróneo.

—Sí, Emma —la conjuró—. Ya sé que antes era peor. ¿Y qué? Queda el hecho de que esas criaturas están encerradas porque nadie las quiere. Ése es su delito.

Lasko desvió la mirada. Sabía lo que era vivir sin que nadie la quisiera a una. Se sintió abatida, derrotada.

—Eso no podemos remediarlo —dijo débilmente.

—Tenemos hogares para animales abandonados —continuó Bárbara—, y hogares para ancianos abandonados. En cambio, para los niños abandonados tenemos reformatorios.

Lasko le devolvió la mirada, con un nuevo fuego brillando en sus ojos:

—Reformatorios, sí —declaró—; pero esto es coser y cantar comparado con lo que eran antes.

Bárbara sacudió la cabeza con impaciencia:

—¿Qué me dices de ahora, Emma? ¿Qué haces por ellas ahora?

«¡Santo Dios! —pensó Lasko—. ¿Cómo podría hacérselo entender? ¿Cómo darle una idea de hasta qué punto han mejorado las cosas?». Le dirigió a Bárbara una mirada penetrante y dijo, golpeándose el pecho para subrayar sus palabras:

—Yo les doy un lugar donde vivir. Dormitorios limpios, y comida. Y procuro que nadie les haga daño..., al contrario de lo que les ocurre ahí fuera —y apuntó con el pulgar hacia la ventana para completar el sentido de su frase.

Pero Bárbara no se dejaba convencer con facilidad.

—Eso no basta —insistió—. Admítelo, no basta, porque no rompe los módulos acostumbrados. Ellas entran y salen, y tienen hijos a los que no quieren, los cuales acaban como ellas, yendo a parar aquí... —Se interrumpió a la mitad de lo que pensaba decir, rodeó el escritorio y agarró a Lasko del brazo, mirándola con ojos desolados—. Emma —suplicó—, ayúdame a romper ese círculo vicioso. Tratemos de salvar..., aunque sólo sea a una de las chicas, ¡por favor, Emma!

Mientras lo decía, Bárbara supo que la chica en quien pensaba era Chris Parker. De algún modo, pensó, podía ser salvada todavía.

Lasko estaba conmovida por aquella discusión, pero había vivido demasiadas cosas; hacía años que había perdido sus ilusiones. Con frecuencia se preguntaba qué la obligaba a quedarse en aquel lugar, no atreviéndose a reconocer la verdad: que estaba tan cogida como las chicas a quienes cuidaba. Se puso en pie y miró fríamente a Bárbara. En la maestra vio un reflejo de lo que ella misma había sido años atrás..., antes de que el tiempo y las realidades se cobrasen su tributo.

—Crees que vas a realizar una buena acción, ¿eh? —dijo sin mala intención—. Quieres salvar a una chica, regenerarla. Sólo a una. Y ¿qué me dices de las demás? ¿Qué les diré mañana, cuando me reúna con ellas, sobre eso de salvar a una? Cuando una de ellas merezca la incomunicación, ¿cómo se lo explicaré? ¿He de decirle que ella no merece la pena de ser salvada?

Acercando la silla al escritorio, Lasko se volvió y se encaminó a la puerta. Se detuvo brevemente para mirar a Bárbara:

—Contéstame a eso nada más... Mañana, ¿qué?

Y salió sin aguardar respuesta.

Más tarde, aquella misma mañana, Chris y Janet fueron encerradas en celdas de incomunicación distintas, la una frente a la otra. Chris no sintió el menor remordimiento por lo que había hecho. Aquel marimacho de Moco se lo estaba buscando desde hacía mucho tiempo, sólo que nadie había tenido narices para hacerlo.

Chris lo sentía únicamente por Janet. ¡Cristo, qué personal tan incapaz tenían en aquella escuela! ¿Cómo se les ocurría encerrar a esa chica embarazada de siete meses en una celda fría, destartalada y miserable..., sobre todo tratándose de alguien que ya había intentado suicidarse una vez? Chris se echó a temblar recordando cosas que había oído..., dolencias que sufrían los niños por las cosas ocurridas a sus madres durante el embarazo. Muy bien si actuaban según su estúpido reglamento, pensó, pero podían hacer una excepción en el caso de Janet. A nadie habrían perjudicado limitándose a confinarla en su habitación; la única que podía ofenderse era Moco. Chris dio un puntapié a un objeto imaginario sobre el frío suelo de la celda. Acercándose a la puerta, se puso en cuclillas y apretó la cara sobre la reja.

—¿Janet? —llamó en voz baja.

—¿Sí? —contestó Janet al otro lado del corredor.

—Quiero cambiar de celda contigo.

—¿Por qué?

—Porque ya he leído todas las paredes de la mía —dijo Chris, haciendo un esfuerzo por poner una nota de humor en la voz.

Hubo un silencio, y luego Janet dijo en tono plañidero:

—Lo siento, Chris.

—No fue culpa tuya —le aseguró Chris.

—Ahora perderemos calificación. —Hubo una pausa—. Y yo quería estar en casa cuando naciera el niño —murmuró.

—No te preocupes —explicó Chris—. Te dejarán salir.

—¿Qué pasará contigo?

El humor de Chris se volvió sombrío.

—No lo sé, pero no me importa, Janet. No te preocupes.

El resto del día se les hizo muy largo a ambas. Chris rogó a la matrona que les dejara pasar juntas la hora de ejercicio, pero su petición fue rechazada.

—Incomunicación significa incomunicación —dijo la matrona—. Esto no es un recreo, para que te enteres.

Cuando Chris trató de explicarle que el único motivo de querer acompañar a Janet era el de cuidar de ella, recibió una seca negativa.

—No es la primera chica embarazada. Tú ocúpate de tus asuntos. Ella es fuerte

como un caballo. Ocúpate de tus asuntos.

Para entonces Chris ya estaba tan acostumbrada a la celda de incomunicación que le resultó fácil conciliar el sueño. En cambio, para Janet la cosa fue muy diferente. Había sentido náuseas todo el día; le dolía la cabeza y experimentaba dolores lancinantes en la espalda. Por más que lo intentó le fue imposible hallar una postura cómoda sobre el raído colchón. Cogió frío, y no halló manera de entrar en calor; empezó a temblar y a castañetear los dientes. No sabía qué hora era. Todo estaba silencioso y oscuro. Intentó llamar a Chris dos o tres veces, pero al no recibir respuesta supuso que estaría durmiendo.

Mientras yacía de espaldas mirando al techo en tinieblas, su malestar empezó a hacerse más intenso. El dolor de su espalda se hizo más agudo; trató de cambiar de postura, y entonces sintió una punzada de dolor, como si se hubiera roto algo dentro de ella. Rompió a sudar y a temblar como una hoja sacudida por el viento.

—¡Oh, no! —murmuró—. ¡Oh, no!

El dolor de su vientre aumentaba por momentos.

—¡Chris! ¡Chris! —gimió. Trató de incorporarse, pero no pudo. El dolor ardía dentro de ella como un fuego, y cuando alzó la mano para secarse el sudor de la frente, notó que tenía el rostro ardiendo. Luchando con todas sus fuerzas para alzarse sobre los codos, chilló:

—¡Chris! ¡Chris!

La voz de Janet penetró en el cerebro de Chris, amodorrado por el sueño, despertándola a medias.

—¡Chris! —oyó que gritaba Janet.

Sentándose sobre el colchón, medio dormida aún y no muy segura de si lo había soñado o no, Chris miró la reja de la puerta.

—¿Qué? —murmuró—. ¿Qué pasa?

—¡Algo va mal! —sollozó Janet con angustia.

Chris saltó del colchón y se arrastró hasta la reja.

—¿Qué es lo que va mal? —preguntó.

—¡Algo va mal con el niño!

Chris miró a su alrededor con movimientos rápidos y sobresaltados, como un animal cogido en la trampa.

—¡Janet! —gritó, cerrando los puños en torno a los barrotes—. ¡No sé qué hacer!

—¡Estoy sangrando, Chris! ¡Estoy sangrando!

Chris empezó a martillar la puerta de la celda con los puños. El eco resonó, apagado, en el corredor desierto.

—¡Eh! ¡Socorro! ¡Necesitamos ayuda! —gritó, y luego, dirigiéndose a Janet—: ¡Haré que vengan, Janet! Espera... ¡Haré que vengan! ¡Haré que vengan!

—¡Por favor! ¡Por favor! —suplicó Janet.

Chris golpeó la puerta con más fuerza, con todas sus fuerzas.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó.

Al otro lado de la puerta de la sección, la matrona dormitaba sobre su escritorio, con una vieja revista entre las manos. Alzando ligeramente la cabeza en dirección del ruido, miró con ligera contrariedad hacia el corredor de las celdas, y luego volvió a dormir.

Chris estaba ya frenética. Dando patadas y puñetazos a la puerta, gritaba a plena pulmón:

—¡Socorro! ¡Que venga alguien!

Janet se arrastraba por el suelo, retorciéndose de dolor, medio fuera del colchón, con las manos sobre el estómago y luchando por recobrar el aliento. Las oleadas de náuseas atormentaban su cuerpo alternando con sacudidas de dolor insoportable. Se sentía arder, y al mismo tiempo tenía la vaga impresión de una pérdida húmeda y pegajosa.

Chris continuó el redoble de puntapiés y puñetazos, sin dejar de gritar:

—¡Vengan! ¡Vengan en seguida!

Cogió la jarra del agua y la estampó contra la puerta, seguida del vaso. No hubo respuesta. Descargó una lluvia de patadas contra la puerta, y nada. Entonces, cogiendo el orinal lo arrojó contra la puerta de acero, donde se hizo pedazos con fuerte estrépito.

—¡Por favor! —aulló, redoblando con los puños—. ¡Socorro, por favor!

Completamente despierta ahora, la matrona se dio cuenta de que aquellos estampidos no provenían de ninguna cañería estropeada, sino del jaleo que armaban aquellas condenadas criaturas, vaya usted a saber por qué. Molesta por la interrupción, echó atrás la silla, cogió las llaves y se encaminó hacia las celdas. El redoble se hizo más intenso al abrir la puerta del corredor. Murmuró una maldición, ensordecida por los frenéticos gritos de Chris y por los golpes en la puerta a medida que avanzaba hacia las celdas.

Descorrió con rabia el cerrojo de la celda de Chris y abrió de par en par.

—¿Qué pasa aquí, veamos? —preguntó la matrona.

Chris quiso cruzar de largo la puerta mientras gritaba con voz ronca:

—¡Janet! ¡Janet!

Por fin, la idea de que ocurría algo grave penetró en el cerebro de la matrona y, apartando a Chris a un lado, descorrió el cerrojo de la puerta de Janet y la abrió con enérgico movimiento.

—¡Dios mío! —jadeó, deteniéndose de súbito como si acabara de tropezar con un muro de cristal. Luego pasó al lado de Chris como si ésta hubiera dejado de existir y corrió pasillo abajo.

Chris entró en la celda de Janet, se arrodilló en el suelo y la cogió en brazos.

Sollozaba de modo incontenible, y se agarró a Chris llena de terror.

Janet fue conducida al hospital a toda prisa, y a Chris se le permitió regresar a su habitación, donde permaneció echada sobre su litera hasta el amanecer, llorando a ratos silenciosamente, o mirando al vacío.

Turbada y conmovida por la noticia de lo que le había ocurrido a Janet, y atormentada por sentimientos de culpabilidad, Emma Lasko tampoco pudo dormir aquella noche. Después de agitarse y dar vueltas durante varias horas, se puso una bata y, tras comprobar que todas las chicas estaban en sus habitaciones, se encaminó hacia el comedor desierto. Sentándose en el sofá frente al televisor, conectó éste con la esperanza de distraerse un rato y olvidar los pensamientos inquietantes que torturaban su cerebro. Finalmente cayó en un sopor intranquilo.

El resplandor rojizo del amanecer penetraba por las ventanas cuando Lasko despertó sobresaltada por el timbre del teléfono, que sonaba en su despacho. Aturdida, se ciñó la bata y salió corriendo del comedor, precipitándose galería abajo hacia la pequeña oficina. Mientras corría, las chicas empezaron a asomarse por las puertas, ansiosas. Entró en el despacho y descolgó a la novena llamada.

—Sección tercera —dijo con voz ronca—. Sí... ¡Qué desgracia! Sí..., descuide..., descuide...

Colgó lentamente y se volvió hacia la puerta, con una expresión de honda tristeza en el rostro. Fuera había seis o siete chicas formando un silencioso grupo, esperando noticias con impaciencia.

—Janet habrá de permanecer en el hospital unos días más —les dijo con voz quebrada—. El niño murió.

Nadie habló; los rostros expresaban congoja e indignación al mismo tiempo. Chris, ligeramente aparte de las demás, quiso alzar un grito de reproche, pero no pudo. Sus emociones la habían dejado sin fuerzas. Su mirada se cruzó con la de Lasko, en silencio, y por un breve instante compartieron el sentimiento de la pérdida sufrida. Luego Chris se giró bruscamente y echó a andar por el pasillo. Deteniéndose frente a una puerta abierta, miró al interior de la habitación e hizo ademán de pasar de largo. Pero luego, cambiando de parecer, entró. Crash estaba en pie junto al tocador, en pijama, y su rostro reflejó la sorpresa que le producía la inesperada intrusión de Chris. Moco se había sentado al borde de su litera, medio dormida aún. Chris la contempló con amargura.

—El niño no sobrevivió —anunció en voz baja y monótona.

Sus palabras tardaron algunos segundos en hacer su efecto. Moco parpadeó, en un desesperado esfuerzo por mantener la calma. Abrió la boca, pero no pudo articular palabra. Sus labios empezaron a temblar, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Chris nunca había visto a Moco manifestar otra emoción sino la ira, y el ver a aquella chica

hombruna y dura llorando fue demasiado para ella. No pudo resistirlo. Salió al corredor y se dirigió a su propia habitación, a paso lento, con el corazón entorpecido por el exceso de pena.

El sol caía a plomo de un cielo sin nubes sobre el amarillo y rechoncho autobús escolar que avanzaba a trompicones por un camino estrecho y lleno de baches, flanqueado de terreno pardo, reseco y pedregoso. El autobús estaba lleno de muchachas de rostro huraño; eran las de la sección tercera amigas de Janet. Miraban por las ventanillas sin decir nada y tenían un aire común de aplastante tristeza, que se extendía a sus cuatro acompañantes adultas: Bárbara Clark, Emma Lasko, su ayudante Betty Ramos, y Cynthia Porter.

Después de dar tumbos durante unos tres cuartos de hora, el autobús enfiló bruscamente un polvoriento sendero lateral que serpenteaba por entre pedregales y matas de monte bajo. Atacando una ligera pendiente, llegó ante un pequeño cementerio rodeado por una gran verja de hierro forjado negro.

Alrededor de una pequeña sepultura recién cavada había un grupo de personas, incluyendo varios indios de rostro solemne y un sacerdote con larga sotana negra. En medio del grupo se veía a Janet, con su rostro melancólico, rodeada de su familia. Cuando el autobús se detuvo frente a la verja de hierro del cementerio, los componentes del duelo alzaron unas miradas inexpresivas mientras se abría la puerta del vehículo. Las chicas se apearon y fueron aproximándose a la sepultura. Una brisa caliente y seca levantaba pequeños remolinos de polvo. Las compañeras de Janet desfilaron frente al pequeño ataúd depositado en el suelo; algunas llevaban flores, que fueron dejando suavemente sobre el mismo. Ria se arrodilló brevemente, se persignó y depositó, doblado, el juego de cuna rosa y azul. Chris, con los ojos nublados, se inclinó cuando llegó su turno y ofrendó una sola rosa blanca de tallo largo.

Janet miraba sin ver, entorpecida, con el dolor grabado en el rostro, mientras las chicas formaban en círculo alrededor de la tumba llenando el hueco dejado por los demás componentes del duelo. Lasko se unió a ellas, con la mano apoyada en el transmisor-receptor que llevaba al cinto. Bárbara y Cynthia avanzaron hasta llegar junto a la sepultura, a ambos lados del sacerdote. Hubo un incómodo arrastrar de pies, algunas toses, y nada más. Bárbara lanzó una mirada al cura y éste le hizo una inclinación con la cabeza. Parecía nerviosa y al borde del llanto. Miró un instante la sepultura y luego alzó la mirada hacia el autobús que aguardaba fuera, donde se había quedado Betty Ramos. Ésta se apoyaba contra la carrocería, y un rayo de sol arrancaba reflejos al cromado de su transmisor-receptor.

Bárbara contempló brevemente a Janet y a la familia de ésta. Janet intentó sin éxito dirigirle una débil sonrisa. Entonces la maestra miró a las demás jóvenes. Se aclaró la garganta y empezó a hablar, procurando dirigirse a sus alumnas como si les hablase una a una, individualmente.

—Sé que este niño significaba algo muy especial para vosotras. —Se interrumpió

y luego prosiguió—: Cuando salgáis de la escuela, espero que hayáis conservado ese sentimiento... No dejéis que se pierda. —La voz se le volvía torpe de emoción—. Habrá más niños, tal vez de Janet..., o tal vez de todas vosotras. Habrá más razones... —Se le quebró la voz y tragó saliva, obligándose a sí misma a continuar —: Más razones para que deseéis lograrlo y salir de allí.

Las lágrimas le brillaban en los ojos. No tenía más que decir.

Entonces le tocó el turno a Cynthia. Adelantándose con la soltura de un orador consumado, hizo una inclinación a Janet y su familia y luego se dirigió a las chicas.

—He expresado ya la profunda condolencia y el sentimiento de la escuela —dijo con solemnidad—. Para la comprensión de lo ocurrido hemos de comprender al pueblo de Janet, un pueblo digno y firme. —Se interrumpió para subrayar el efecto, mirando de nuevo a los parientes de Janet. Ninguno de ellos dio la menor muestra de emoción. Cynthia continuó dramáticamente—: Por eso, cuando le llegó su hora, soportó su dolor en silencio, conforme a la tradición...

De súbito, Chris dio un paso adelante con el rostro alterado por la angustia, y exclamó:

—¡Mentira! ¡No paró de gritar!

No había podido aguantar el diluvio de tópicos emitido por aquella funcionaria postiza, que ni siquiera estuvo presente cuando se desencadenó la tragedia.

Totalmente cogida por sorpresa, Cynthia se descompuso y murmuró, confusa:

—Entiendo que... no lo hizo hasta que ya fue demasiado tarde...

—¡Mentira! ¡Ella gritó! —aulló Chris aún más fuerte que antes.

Janet se echó a llorar, y su madre le rodeó los hombros con el brazo para consolarla. Bárbara se volvió y se dirigió hacia Chris.

—¡Ella gritó! —seguía repitiendo Chris histéricamente—. ¡Gritó..., ella gritó!

Entonces Bárbara la cogió de los hombros y se la llevó al autobús. Tan agitada estaba Chris, que ni siquiera logró hallar refugio en las lágrimas.

La consecuencia inmediata de la tragedia de Janet fue una notable calma entre quienes habían tenido más contacto con ella, tanto las chicas como el personal de la escuela. Hubo menos charlas durante las comidas, y los recreos transcurrían con evidente contención en los juegos. Hasta Bárbara Clark daba sus clases con un aire más autoritario. Los responsables juzgaron que era un período de introspección reflexiva. Aunque era imposible adivinar si ello conduciría a un mayor discernimiento personal por parte de las chicas, o haría que reforzasen su escudo defensivo de cinismo.

Pasaron las semanas, y los vestigios exteriores del drama fueron borrándose a medida que las actividades diarias reanudaban su rutina familiar. Moco había recuperado su habitual personalidad huraña y fanfarrona, siempre a punto de armarla por cualquier motivo; su satélite Crash le seguía los pasos, desempeñando su papel, que era una involuntaria caricatura de los cortesanos aduladores de épocas pasadas. Denny volvió a sus cambios de humor, en los que tan pronto era una mariposa retozona, como una ensimismada profetisa de desgracias.

Sólo Chris parecía haber experimentado una transformación completa. La mirada observadora de Bárbara Clark, que había llegado a considerar a Chris como un caso de responsabilidad personal, notaba pequeños detalles reveladores de que Chris había perdido para siempre aquella timidez simpática, aquella vulnerabilidad tan característica en ella cuando llegó por primera vez a la escuela. Su modo de andar, su comportamiento frente a situaciones que encerrasen una posibilidad de peligro, su actitud general en clase, todo manifestaba un carácter mucho más duro y vigilante. Había un aire deliberado en todo lo que decía, y un constante autocontrol en todas sus acciones; era como una caldera hirviente con la tapadera bien atornillada. A esa transformación cada vez más permanente, Bárbara asistía sin poder hacer nada, aunque también sin perder del todo la esperanza.

Pasaron varias semanas sin que nadie aludiese a Janet ni siquiera casualmente, como tampoco a la dramática noche que fue la causa de que aquélla retornase con su familia. Si las chicas guardaban de ello algún recuerdo, era imposible de saber. A juzgar por las apariencias exteriores, era como si Janet jamás hubiera existido.

Anocheecía ya. Varias muchachas estaban tumbadas en el sofá del comedor, viendo la televisión. Al otro lado, Paula ocupaba un asiento junto a una lámpara, como siempre esforzándose en acabar una informe prenda de punto. Lasko se había sentado en un brazo del sillón, ayudando a Paula a desenredar las madejas y cogiéndole las agujas de vez en cuando para guiarla.

Lasko meneó la cabeza:

—Ya no veo nada —dijo—. Si no lo dejamos ahora, vamos a sacar tres mangas.

Paula emitió una risita. Ninguna de las dos se fijó en Chris, que entraba arrastrando los pies, en delantal y zapatillas, con los cabellos colgándole sueltos sobre los hombros. Dirigiéndose a Lasko, le dijo tranquilamente:

—Necesito el champú.

Lasko se sobresaltó ligeramente y se volvió. Una fugaz expresión de fastidio pasó por sus facciones. Consultó su reloj y luego alzó la mirada:

—¿Por qué no me lo pedías antes? Ahora ya he cerrado el armario.

Chris cerró los ojos y luego volvió a abrirlos, con el gesto de quien se arma de paciencia.

—Estaba ocupada en la cocina —dijo en el tono de un adulto dando una explicación a una criatura obstinada, o sea, como si en realidad toda explicación estuviera de más—. ¿Quieres darme el champú? Lo necesito.

El diálogo atrajo la atención de Josie, que estaba viendo la televisión desde el sofá:

—Caray, qué perezosa eres, Lasko —observó sin mala intención.

No muy segura de si Josie había hablado en serio o en broma, Lasko se volvió a mirarla y dijo:

—Me duelen las piernas de ir y volver por esa galería cien veces cada día.

«Qué mujer tan pelma», pensó Josie, volviéndose para seguir mirando la televisión.

Moco, que acompañada de Jax se había puesto a mirar discos, dejó lo que estaba haciendo y se enfrentó con Lasko. Jax la siguió. Moco, poniéndose desafiadoramente en jarras, sacó la mandíbula y dijo en tono mordaz:

—Dale ya el condenado champú.

—Sí, Lasko —la imitó Jax como un loro.

Lasko se puso en pie de un salto y miró alternativamente a sus dos antagonistas, sacudiendo la cabeza con expresivos movimientos.

—¡Trae el champú! —las remedó—. Dame fuego, firma esta nota, haz esto y lo otro. ¿No podríais dejarme en paz un rato?

No había humor en la voz de Josie esta vez:

—Pero Lasko —declaró—, si no haces nunca nada...

Paula dejó su labor en el regazo y se puso a mirar, nerviosa, primero a Chris, que contemplaba a la celadora con un brillo irónico en la mirada, y luego a la propia Lasko, quien lanzó una ojeada iracunda a Josie y replicó:

—Cuido bien de vosotras. No tenéis de qué quejaros.

—No cuidaste bien de Janet.

Denny había pronunciado estas palabras con una voz tan tranquila, que la

acusación contenida en ellas quedó colgando en el aire como un grito estridente.

Un murmullo de sorpresa recorrió toda la habitación. Durante unos momentos, no se oyó ruido alguno sino la algarabía del televisor. Lasko se encaró con Denny, con los ojos lanzando rayos de furor y pena.

—¡No fue culpa mía! —protestó.

Denny insistió en su punto de vista:

—Tú la castigaste a incomunicación —dijo fríamente.

—Sí, Lasko —corroboró Josie.

—Escuchad... —empezó Lasko con los nervios a punto de estallar, pero no pudo concluir la frase.

Chris, con una decisión reforzada al observar que las demás estaban claramente de su parte, la interrumpió con tozudez:

—Tengo que lavarme el cabello.

Ahora Lasko no quiso ceder, por lo que replicó:

—Mañana te lo lavarás.

Chris, aparentando exteriormente una calma glacial y sin levantar la voz, cedió a un súbito impulso retador:

—Me gustaría lavármelo ahora, por favor —dijo, no sin silabear las palabras «por favor» de un modo que las hacía sonar, no como una fórmula de cortesía, sino como un insulto.

Bea, que hasta ese momento se había mantenido aparte de la discusión, se puso a gritar súbitamente con todas sus fuerzas:

—¡Qué sitio tan imbécil es éste! —y luego, como si hubiera llegado al colmo de su paciencia, exclamó—: ¡No somos críos pequeños!

—¿Quieres hacer el favor de darme el champú? —repitió Chris, ignorando la intervención de Bea.

Sintiéndose en peligro inminente de perder el control de la situación, y con la desagradable impresión de tener todas las miradas fijadas en ella, Lasko se dio cuenta de que no le quedaba más remedio sino mantenerse en sus trece.

—Mañana, he dicho —silabeó con energía.

Nadie habló. Paula se puso a dar vueltas a su labor; Jax y Moco, con los brazos cruzados sobre el pecho y la hostilidad ardiendo en la mirada, se inclinaron hacia delante. Denny apretó los puños, mientras Josie y Bea se incorporaban y se acercaban a Chris y Lasko, que se miraban con mutuo desafío.

—Lasko —empezó Chris en tono suave.

—¿Qué quieres? —replicó la celadora, con la voz ronca de aprensión.

—Quiero lavarme el cabello —replicó Chris, siempre sin alzar el tono y luchando para no traicionar su creciente alarma. De súbito deseó no haber insistido tanto en aquella cuestión. Tenía poco que ganar y mucho que perder, pero ahora ya no podía

volverse atrás.

Lasko adivinó el sutil cambio en la actitud de Chris; al ver que la muchacha bajaba la mirada, comprendió que ya no estaba segura de sí misma.

—¿Qué te parecerían unos cuantos días de arresto en tu habitación? —dijo calmosamente, en un intento de inclinar la balanza a su favor.

—No. Sólo digo que me des el champú, por favor.

Lasko entrecerró los ojos.

—Estás a punto de perder tu grado —la advirtió.

Chris empezó a temblar imperceptiblemente; su voz se convirtió casi en un susurro:

—¿Quieres darme el champú, por favor, Lasko? —murmuró.

Exasperada hasta la desesperación, Lasko alargó el brazo derecho apuntándola con un índice largo y huesudo.

—¡Con eso basta! —aulló—. ¡A tu habitación, ahora mismo!

Chris no respondió ni se movió. Lasko, decidida a terminar de una vez con el desplante, la tomó del brazo y empezó a sacarla del comedor. Entonces, con una súbita, inesperada explosión de rabia, con el rostro hecho una máscara lívida de furor, Chris se soltó de un tirón y saltó con la agilidad de una fiera acorralada.

—¡No! —gritó.

Cerrando con fuerza el puño derecho, atacó por sorpresa con la soltura de un experto boxeador y golpeó a Lasko en la cara. Las chicas que asistían a la escena rompieron en jadeos de horror y aprobación cuando Lasko, momentáneamente aturrida por el golpe, trastabilló hacia atrás perdiendo el equilibrio y cayendo atravesada en un sillón.

Perdido ya el control, Chris golpeó a la indefensa Lasko sin dejar de chillar «¡No! ¡No!», a toda voz, descargando una lluvia de salvajes puñetazos sobre la víctima de sus iras.

Lasko levantó las manos para protegerse, mientras las chicas formaban alrededor de ella un círculo amenazador. De algún modo, la celadora logró sujetar los brazos de Chris y, con un poderoso esfuerzo, la apartó a un lado, pero la fuerza de los tirones de Chris hizo que ambas cayesen al suelo. Chocaron con una mesa, rompiéndole una pata, con lo que el mueble también se vino abajo. Chris quedó a horcajadas sobre Lasko, sin dejar de gritar ni de lanzar golpes a ciegas. Todas sus compañeras gritaron simultáneamente cuando los puños de Chris conectaron de nuevo con la mandíbula de Lasko. Con un movimiento relampagueante, como una víbora, Chris arrancó el manojito de llaves que tenía Lasko en el cinturón y, sacudida por sollozos de rabia, echó a correr hacia la puerta.

Poniéndose en pie con dificultad, Lasko trató de perseguir a Chris, pero le cortó el paso Moco, con gesto ceñudo.

—Quítate de mi camino —silbó Lasko. Antes de que Moco pudiera reaccionar, Denny asió una lámpara de mesa y descargó la peana de la misma contra la sien de la celadora.

El aire se llenó de gritos cuando Lasko cayó sin sentido sobre el sofá y resbaló luego hacia el suelo, con un corte en la sien que manaba sangre. Paula corrió para arrodillarse a su lado, con un sollozo. Sin soltar aún la lámpara, Denny se tambaleó ligeramente, con la mirada vidriosa y una expresión de locura en la cara. Sin previo aviso se volvió, enarboló la lámpara como un bate de béisbol y la estrelló contra la pantalla del televisor. El ruido del cristal haciéndose añicos se mezcló con los chasquidos y el chisporroteo de los cortocircuitos eléctricos. De la caja destrozada salieron nubes de humo sofocante, y en ese momento estalló en el comedor una orgía de gritos histéricos y destrucción. Entre chillidos e insultos, con loco afán de venganza, las internas arrancaron cortinas, rompieron cristales, rasgaron, rajaron y destruyeron sistemáticamente cuanto estaba a su alcance. Moco vaciló un segundo ante el tocadiscos, y ya iba a cogerlo, cuando Ria alargó una mano para frenarla.

—No, eso no —dijo. Moco asintió lentamente con la cabeza, comprendiendo lo que había querido decir, y volvió a dejar el tocadiscos en su puesto.

Poco después, mientras el tumulto aún continuaba a su alrededor, Lasko empezó a volver en sí poco a poco. Al abrir los ojos no supo si dar crédito a aquella visión de pesadilla: ¡sus niñas, alborotando a su alrededor como una reencarnación de las hordas mogólicas! Trató penosamente de incorporarse, mientras Paula llorosa, procuraba ayudarla.

En pie frente al armario del cuarto de baño, Chris, sin prestar oídos al tumulto procedente del comedor, derribaba frascos y botes en un frenético esfuerzo por encontrar el champú. Josie y Moco entraron corriendo de repente.

—¡Larguémonos de aquí! —jadeó Josie, alargando la mano hacia las llaves, que colgaban de la puerta del armario.

—¡Date prisa! —la urgió Moco. Josie sacó las llaves de la cerradura y ambas echaron a correr hacia la puerta. Entonces rasgó el aire un timbre de alarma. Josie se paró en seco.

—¿Qué te pasa? —preguntó Moco, impaciente—. Date prisa; vamos a salir de aquí.

—No puedo —susurró Josie roncamente—. ¡No puedo!

Con un juramento ahogado, Moco le arrancó el llavero sin hacer caso de su llanto y salió, con Chris pisándole los talones.

Moco voló sin aliento hasta la puerta principal y empezó a tantear con las llaves. No sabía cuál era la que servía, y le temblaban tanto las manos que apenas acertaba a sostener el llavero.

—¡Vamos! ¡Date prisa! —la azuzó Chris. En ese momento se les unieron otras

cinco o seis chicas que habían salido del comedor, con ansias de romper el encierro y escapar en la noche.

—¡No puedo abrir! —sollozó Moco—. ¡No puedo! —y con esto, todas las muchachas se pusieron a aporrear la puerta con furia.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —gritaba Moco, desvalida, viendo que la puerta no se movía ni un milímetro. Y, mientras no cesaba de sonar el timbre de alarma, el estrépito de la destrucción del comedor empezó a disminuir. Pronto, el redoble sobre la puerta se convirtió en un golpeteo fatigado y, agotadas, las chicas se dejaron caer al suelo renunciando a sus esperanzas de libertad.

Después de varios días de investigaciones previas, se estableció que, si bien había sido Chris la instigadora del motín, aún quedaba cierto número de factores por determinar. Por lo que se refería a las demás chicas, se convino en que habían actuado movidas por un frenesí colectivo, con intervención de factores psicológicos que habían madurado la explosión. Aunque ninguna de las responsables se atrevió a decirlo con franqueza, la realidad era que el episodio había catalizado las emociones de las muchachas. La mayoría de ellas se hallaban en mejores condiciones mentales que antes del motín. Al purgarse de sus hostilidades más urgentes y poder desahogar sus frustraciones, quedaban, como grupo, más dispuestas a aceptar la autoridad. En cierto número de casos, el sentimiento restante de culpabilidad produjo un importante efecto sobre sus actitudes. Esto se puso de manifiesto, sobre todo, al organizar brigadas de trabajo para quitar los escombros y ayudar en las faenas de reparación. Pero, a pesar de aquella calma subsiguiente a la tempestad, el personal de la escuela sabía que no se había producido ni iba a producirse ningún cambio auténtico, y que sólo era cuestión de tiempo el que otro incidente igualmente trivial desencadenase otra escena, aparentemente absurda, de destrucción, y tal vez con secuelas aún peores.

Pero la preocupación más inmediata era la de tratar de sondear a Chris para determinar qué motivos la habían inducido a convertirse en la chispa que dio lugar a tan peligrosa conflagración.

El día de la reunión definitiva, la zona del comedor quedó aislada del resto de la sección tercera. Después de reconstruir todos los detalles del caso durante varias horas, la junta calificadora, formada por Cynthia Porter, Elaine Ferraro, Betty Ramos y Bárbara Clark, se dispuso a entrevistarse personalmente con Chris. La llamaron al comedor y fue invitada a sentarse a la mesa; se trataba de darle una oportunidad de hablar sin sentirse cohibida por la presencia de Emma Lasko.

Chris tomó asiento, afectando seriedad, con la cara recién lavada y la ropa limpia y bien arreglada.

Parecía tranquila, segura de sí misma, y la perfecta imagen de una adolescente formal.

Cynthia, garabateando distraídamente sobre un bloc de papel amarillo que tenía ante sí, dijo:

—Bien, Chris. Ahora que se han calmado los ánimos, por decirlo así, tal vez podamos aclarar el trasfondo de este asunto. ¿Estás dispuesta a ayudarnos?

—Sí —respondió, obediente.

Elaine frunció el ceño:

—No entiendo nada de esto —dijo—. Chris no había creado problemas desde

hacía meses.

Betty se volvió hacia ella:

—¡Por favor! —le reprochó—. La señorita Lasko aún lleva las señales para demostrar lo que ocurrió.

—Sí, sí —dijo Cynthia, golpeando con el lápiz—. Pero estamos aquí para demostrar por qué ocurrió.

—¿Sólo porque no quería darle el champú? —observó Betty dubitativamente.

—¡Ah, no! —dijo Chris, adelantándose con gesto de sinceridad y uniendo las manos sobre la mesa—. Ella me abofeteó primero.

—¡No lo hizo! —saltó Betty.

Chris miró a Cynthia:

—Sé que Betty no me cree, pero...

—¿La señorita Lasko te abofeteó? —la interrumpió Bárbara, mirándola fijamente. En los modales de Chris había algo indefinible que la hacía temblar. Bárbara notó que estaban siendo víctimas por parte de Chris de una mentira audaz, pero tremendamente astuta, y eso la entristecía profundamente.

—No tenías ganas de ir a buscar el champú, y se enfadó conmigo cuando le insistí por favor en que me lo diera —se encogió un poco de hombros.

Betty no estaba convencida:

—Creo que miente, y que las demás chicas han mentido también para ayudarla.

Chris se volvió para mirar a los ojos a Betty, y suspiró con la voz repleta de franqueza:

—Lamento de veras que no me crea.

—Deseamos escucharte sin prejuicios, Chris —dijo Cynthia. Estaba satisfecha porque había oído exactamente las palabras que deseaba oír. Chris le parecía la imagen ideal de una adolescente arrepentida. Mirando a las demás, dijo:

—No conocemos ningún precedente de que Chris sea mentirosa...

—Verdad es que Emma reparte bofetones algunas veces —concedió Elaine.

Bárbara guardó silencio, cada vez más segura de su escalofriante intuición; sentía asimismo una frustración tan honda, que le daba ganas de echarse a llorar.

—Las otras veces que Chris tuvo dificultades —dijo Cynthia—, confesó francamente lo que había hecho.

Se interrumpió para mirar a Chris, quien bajó la mirada y tragó saliva, con una expresión de profundo arrepentimiento en todos sus rasgos.

Cynthia casi pareció disculparse cuando dijo:

—Temo que perderás toda tu calificación ahora, lo mismo que todas las demás que tomaron parte en el incidente.

Chris se inclinó hacia Cynthia, implorante.

—Por favor —dijo—. Estaba en cuarto grado. He figurado en el cuadro de honor

durante muchas semanas. Por favor, no lo olviden. ¡Se lo ruego!

Bárbara entrecerró los ojos, pero no dijo nada.

—No lo olvidaremos, Chris —le aseguró Cynthia.

Betty hizo una mueca de contrariedad:

—¿Después de lo que hiciste? —preguntó, mirando a Chris con dura expresión.

Chris no replicó al principio, limitándose a mirarla en silencio con aire lastimado. Abrió la boca y volvió a cerrarla, tragando con dificultad. Parecía hallarse al borde del llanto. Se aferró con ambas manos al borde de la mesa y dijo en voz baja y forzada:

—Me abofeteó. Entonces yo perdí los estribos y yo... lo siento. Lo siento de veras.

Hizo una pausa para producir más efecto, y luego continuó:

—Creo que algunas de las chicas perdieron la cabeza. Ojalá pudiera hacer que nada de esto hubiese ocurrido. Ya sé que aún debo corregirme mucho, pero mi..., mi actitud ha mejorado bastante desde que estoy aquí... —fijó su mirada en los ojos de Cynthia y continuó—: Esta escuela ha sido para mí una gran ayuda...

Bárbara sintió náuseas en la boca del estómago. «¡No puedo creerlo! —pensó—. ¡No puedo creerlo!».

Chris aún estaba mirando a Cynthia con gesto sincero:

—Creo que si me dan otra oportunidad y..., y no me rebajan la puntuación, sabré comportarme aquí y fuera de aquí.

Por el rabillo del ojo vio que Elaine Ferraro la escuchaba con simpatía, moviendo la cabeza en señal de aprobación.

Haciendo una pausa para comprobar la impresión causada por sus palabras, Chris paseó sobre sus oyentes la más contrita de sus miradas, y luego se volvió de nuevo a Cynthia:

—Y, sobre todo —continuó, acudiendo a toda su persuasión—, desearía presentar mis disculpas a la señorita Lasko.

Cynthia asintió, debidamente impresionada:

—Bien —dijo—. Te haremos saber nuestra decisión, Chris. Parece que tu actitud es buena y creo que hay... propósito de enmienda. Ya te lo comunicaremos.

Luego, volviéndose a las demás, dijo:

—Hablaremos con las demás después de comer.

Chris supo que aquello era la despedida. Su breve aparición bajo los focos había terminado, conque había llegado el momento de saludar al público y hacer su salida.

—Muchas gracias —dijo suavemente—. Gracias por escucharme.

Echó atrás su silla, se puso en pie y esperó a ser conducida fuera de la habitación. Betty Ramos se levantó y, con un ceño de disgusto en la cara, indicando claramente que no le creía ni una palabra, hizo salir a Chris.

Hacía sol afuera. Betty y Chris iban caminando hasta un campo deportivo vallado, junto a los dormitorios. Un grupo de chicas las siguieron con la mirada mientras se aproximaban. Chris hizo ademán de reunirse con ellas, pero Bárbara la detuvo poniéndole la mano en el brazo.

—Chris. Espera un minuto —dijo—. Quiero hablar con ella —agregó, dirigiéndose a Betty. Asintiendo con la cabeza, y con una mirada hostil hacia Chris, Betty las dejó a solas y fue a reunirse con el grupo.

Chris se volvió hasta mirar a Bárbara de frente. Se contemplaron durante unos segundos, y Bárbara vio cómo la mirada de inocencia cándida que Chris había ostentado durante la entrevista desaparecía, cediendo a una dura coraza de desconfianza.

—Has mentido —dijo Bárbara sin alzar la voz.

El rostro de Chris no expresó la menor emoción.

Se limitó a sostener su mirada, con las manos hundidas en los bolsillos de sus tejanos.

—Menudo rollo —murmuró.

Bárbara trató de hallar las palabras adecuadas, pero todo lo que le salió fue:

—Yo..., yo ya no sé qué hacer contigo.

—¿Qué importa eso? —dijo Chris, encogiéndose de hombros, y sin otras palabras se volvió y se alejó para reunirse con sus amigas.

Las chicas hicieron corro alrededor de Chris, y ésta chasqueó los dedos con indiferencia.

—Dame un cigarrillo. Moco.

La aludida obedeció, y luego Chris se volvió hacia Betty:

—Fuego, por favor.

Bárbara contempló la escena con la melancolía pintada en el rostro.

—¡Eh, mamá! ¿Vendrás luego? —le gritó Josie, irónicamente.

Pero Bárbara no respondió; no podía.

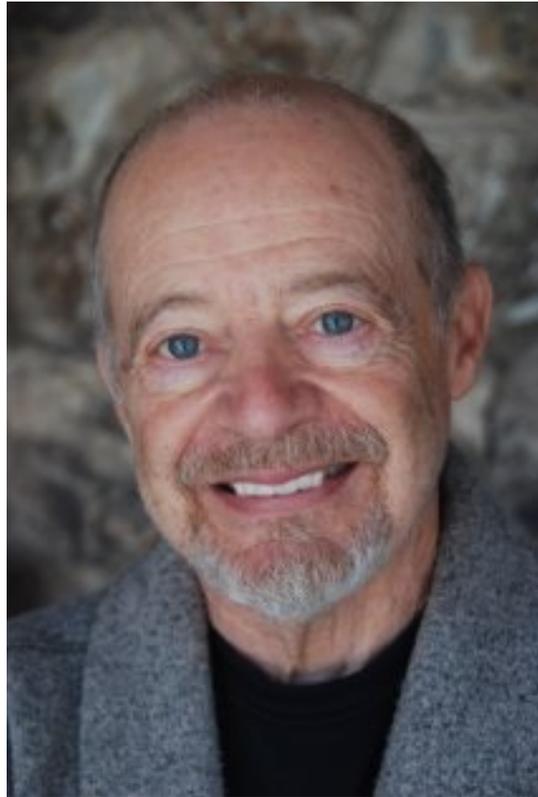
—Hasta luego, mamá —dijo Moco.

—Oye, mamá, ¿cómo es que no estás en clase esta tarde? —preguntó Jax.

Bárbara seguía sin decir nada. Chris miró por encima del hombro y contempló, impasible, cómo la mujer empezaba a sollozar silenciosamente. Una tristeza invencible se apoderaba de la maestra al ver a Chris en su nueva posición de jefe del grupo. Lloraba por la pérdida de la inocencia, por la frustración y por el fracaso al que ahora Bárbara tenía que resignarse por fin.

Había alargado la mano en la oscuridad con afán de retener brevemente una pequeña llama de esperanza, pero sólo para verla vacilar y morir como una vela al viento. No habría una segunda ocasión de encenderla; el viento soplaba cada vez con

más fuerza y la última cerilla se había gastado hacía mucho tiempo...



GERALD DI PEGO (Flint, Michigan, 1941), escritor, guionista y dramaturgo americano, ha trabajado para el cine y la televisión, con títulos como *Los olvidados* o varias TV-Movies de *El increíble Hulk*. Graduado en la Universidad de Illinois en 1963, fue periodista, especialista en relaciones públicas y periodismo y profesor de inglés antes de mudarse a California en 1970 con su familia, inspirado por un curso de escritura de guiones en la Universidad de Missouri. En lo literario es conocido por su adaptación del guión de la TV-Movie *Nacida inocente*.

BERNHARDT J. HURWOOD (1926 - 1987) fue un escritor americano, conocido principalmente por sus novelas e historias sobrenaturales y de vampiros. También conocido como «Mallory T. Knight». Nacido en Nueva York, se graduó de la Universidad de Northwestern en 1949, después de haber interrumpido su educación por su servicio en la Marina Mercante entre 1945-47. Llevó a cabo una gran variedad de trabajos a través de la década de 1950, pero surgió en 1962 como escritor a tiempo completo. Su primer libro, el *Terror by Night*, fue publicado en 1963. Aunque su carrera literaria cubrió muchos temas, dos fueron los que dominaron su escritura; el sexo y lo sobrenatural. En 1965 publicó su primera colección de historias sobrenaturales, *Monsters galore*, que fue seguida por *Monsters and nightmares* (1967), *Vampires, werewolves and ghouls* (1968), *Ghosts, ghouls and other horrors* (1971), *Haunted houses* (1972), *Vampires, werewolves, and other demons* (1972), *Chilling ghost stories* (1973), y *Eerie tales of terror and dread* (1973). Además escribió Pasaporte para lo sobrenatural (*Passport to the supernatural*, 1972), un

popular libro sobre temas sobrenaturales, con relatos procedentes de todos los tiempos y países.